



Volumen XIII

Nº 157

LOTERIA

DICIEMBRE, 1968

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

BIBLIOTECA: JUAN A. SUSTO

ADMINISTRACION

ARTURO SUCRE PEREIRA
DIRECTOR GENERAL

JUNTA DIRECTIVA

Dr. José Renán Esquivel
(Presidente)
Ministro de Trabajo, Previsión
Social y Salud Pública.

Sr. Don Henry Ford
Presidente de la Cruz Roja
Nacional.

Dr. Luis Eduardo Valdés
(Suplente)
Vice Ministro de Trabajo, Previsión
Social y Salud Pública.

Sra. Doña Luz Robles de Vannucci
(Suplente)
Secretaria de la Cruz Roja
Nacional.

Sr. Don Luis Carlos Endara
Comandante Primer Jefe
del Cuerpo de Bomberos.

Dr. Alfredo Hidrovo Chávez
Director Médico del Hospital
Santo Tomás.

Lic. Fernando Díaz G.
Gerente General del Banco
Nacional.

Carlos De Janón III
Presidente de la Cámara de
Comercio, Industria y
Agricultura.

Reverendo Padre Juan Aldo
Director del Instituto Técnico
"Don Bosco".

Señor Don José Félix Gómez
Secretario.

SUMARIO

Editorial:

Salomón Ponce Aguilera	3
------------------------------	---

Homenaje:

Monseñor José Quinzada	4
En el centenario de Salomón Ponce Aguilera, por la Dra. Luisa Aguilera de Santos	5
Bibliografía de Salomón Ponce Aguilera	8
Julio Flores y sus HORAS, por Salomón Ponce Aguilera	9

La Filosofía en América:

La Presencia de Panamá en la Filosofía Americana, por Julio César Moreno Davis	21
José Imbelloni y sus estudios sobre las religiones americanas, por la Dra. Mercedes Luisa Vidal Fraitts	30

Economía e Integración:

Aspectos Económicos de las Comunicaciones y sus Relaciones con la Integración, por el Lic. Gasparino Martínez S.	36
---	----

La Acción Misionera:

Palabras de S.E.R. Monseñor Daniel E. Núñez, Obispo de David, el día de la Inauguración del Hospital "San José", en la ciudad de Tolé ..	43
--	----

Página de Literatura y Poesía:

Ay, Señor, llega la Nochebuena, por D. Lola C. de Tapia	50
La Virgen de la Inmaculada en la Lotería	53

Del Pasado:

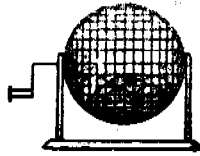
Cabos Suelos, por Ernesto J. Castellero R.	55
---	----

Letras Hispánicas:

A Otra Cosa (poesía)	64
Unión y Realidad en Tres Novelas de Carmen Laforet, por Gloria Guardia de Alfaro	65
Bibliografía	29, 35, 42 y 50

Impreso en los Talleres de "Impresora Panamá, S. A."

LOTERIA



Director:
Lic. Arturo Sucre
Pereira

Editores:
Juan A. Susto
Rodrigo Miró

II Epoca

Panamá, R. de Panamá — Diciembre de 1968

Nº 157

SALOMON PONCE AGUILERA

En momentos en que vive el país una de sus más profundas crisis políticas se ha cumplido el centenario del nacimiento de Salomón Ponce Aguilera, alta cifra de nuestra historia intelectual y moral, y, sin embargo, figura poco menos que desconocida para las generaciones actuales, a las que toca el flaco destino de vivir en un país aquejado de amnesia.

Ponce Aguilera había nacido en Antón, el 10. de diciembre de 1868. Y en su nativo solar murió el año de 1945, cuando hacía dos décadas se encontraba prácticamente marginado del mundo. Pero nos queda un estimable legado de sus días beligerantes, legado que se inicia con los escritos literarios de su juventud bogotana, que lo presentan cuentista y crítico literario, cuando fue nervio y motor de la primera etapa de la Revista Gris (1892-1894), se continúa con las páginas polémicas de fin de siglo, durante su gestión ciudadana como político activo y Secretario de Instrucción Pública del Departamento, de cuya actuación hallamos constancia ejemplar en las dos Memorias que presentó en tal carácter (1896 y 1898), y se completa con sus escritos políticos y literarios de principios de la República, entre los que destaca su carta al Presidente Marroquín, formidable alegato de justificación de los hechos de noviembre de 1903, testimonio además de un temple moral poco frecuente.

Con estos antecedentes Ponce Aguilera parecía destinado a una brillante carrera. Fue postergado, empero, incomprendiblemente, privándose a la nación panameña de los servicios de uno de sus hijos más capaces.

En la historia de nuestro país no son muchos los hombres que pueden ofrecer una tan sólida formación intelectual ni más sustantivas ejecutorias. De ahí el que sea más de lamentar la ignorancia en que respecto de su significación hemos vivido, y la imposibilidad de consultar sus escritos, fundamento mayor de todo lo que aquí se afirma.

Dentro de la breve lista de los nombres que podrían sustentar la Biblioteca Panameña Mínima Fundamental que muestre lo vivo y permanente de la obra escrita por los hijos de esta tierra, el de Salmón Ponce Aguilera brilla por derecho propio.

MONSEÑOR JOSE QUINZADA

Por Juan Antonio Susto Lara

El Ilustrísimo Monseñor **José Quinzada**, nació en la heroica Villa de Los Santos, el día 1º de Diciembre del año de 1868.



Cursó sus estudios Sacerdotales en el Seminario, en la ciudad de Panamá, donde el 31 de julio de 1892 recibió la Orden Sacerdotal, sirviendo en varias parroquias del interior del país. En 1902 se encargó de la Iglesia Parroquial de La Merced, en esta capital. Fue Secretario de la Curia, Vicario General y Capitular. Por fallecimiento del Arzobispo de Panamá, Dr. Guillermo Rojas y Arrieta en 1933, gobernó la Arquidiócesis.

Fue condecorado con la Cruz "Pro Ecclesia el Pontífice".

Murió en la ciudad de Panamá el 8 de julio de 1941.

Sobre Monseñor Quinzada escribimos en el "Diario Nacional, de 28 de enero de 1938; en "Epocas" en el Nº 1 de agosto de 1946 y en la revista "Lotería", número 27 de junio de 1949.

EL DOCTOR SALOMON PONCE AGUILERA EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

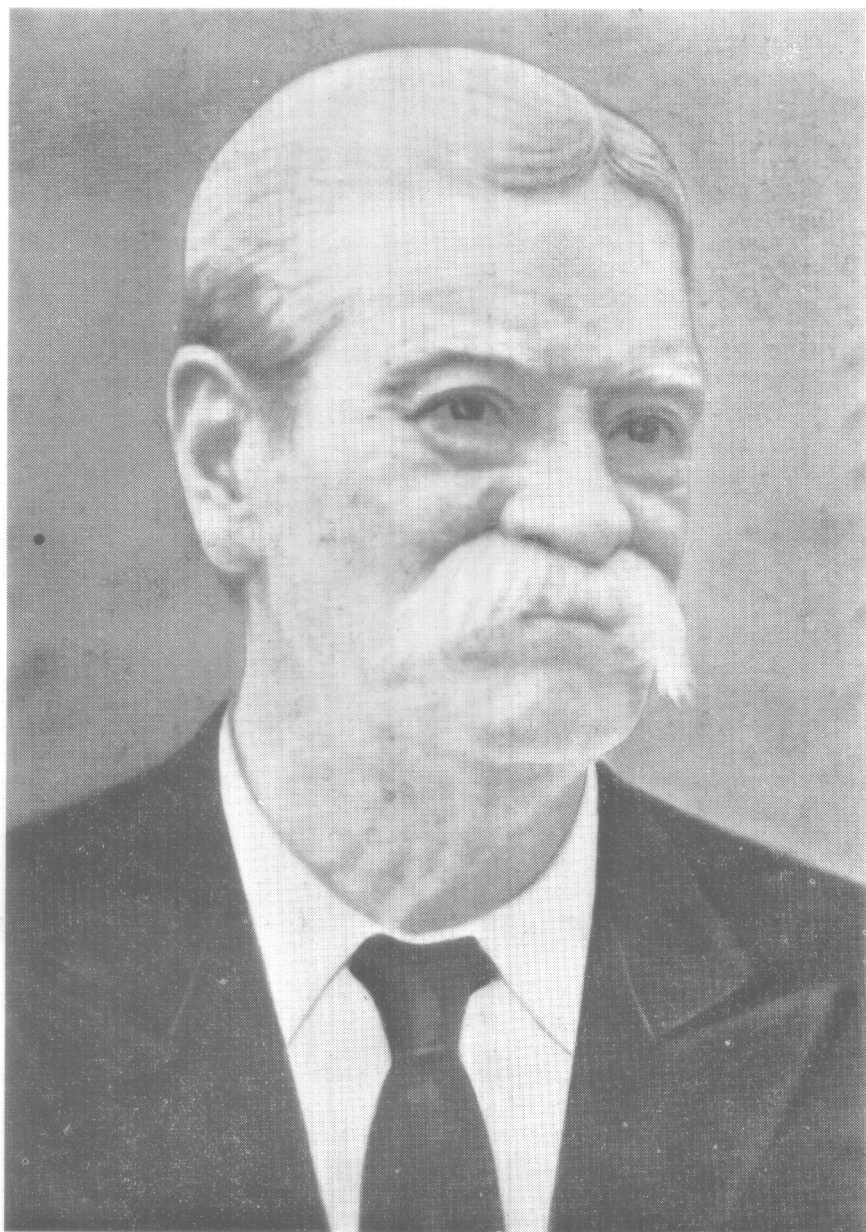
Por la Dra. Luisa Aguilera de Santos

Oriundo de Antón, en donde nace el 1º de diciembre de 1868, muestra desde muy niño, una viva afición a las bellas letras. Enviado por sus padres a estudiar a Bogotá, donde se recibe de Bachiller en Filosofía primero, y de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas después, encuentra allí, en la capital de Colombia, el campo propicio para que su musa despliegue las alas y se eche a volar por los sugestivos mundos del arte literario.

Como cuentista, como crítico, como ensayista, el Dr. Ponce Aguilera brilla con luces exclusivamente propias, pues no obstante su apasionada admiración por Zola y la fuerte influencia que el escritor francés ejerce sobre él, su realismo se haya siempre dentro de los límites de la moralidad y de la más estricta ortodoxia católica.

"De la Gleba", la más conocida de sus producciones, es un joyel de maravillas en donde la imaginación fecunda y el arte de describir y de narrar, corren parejas con un lenguaje hermoso en el que a veces es posible advertir las mágicas resonancias del modernismo. Un secreto y singular encanto se desprende de estas narraciones cortas, de estos pequeños cuadros que dentro de la variedad de sus temas se presentan unidos por el lazo común de lo popular, lo costumbrista y lo rural, y que muestran de un modo palpable el apego del autor a la tierra; el cariño a su tierra anterior (Anzurema) recordada con especial deleite a través de nombres específicos de lugares; a través de hechos y de episodios; a través de personajes y tradiciones populares.

Fundador, con Max Grillo y Ricardo Tirado García, de la Revista Gris en la que aparecen sus primeras y numerosas producciones, el Dr. Ponce Aguilera muestra en ellas, así como en sus composiciones posteriores, la versatilidad de su talento capaz de hacer surgir de un tema baladí o de otro trascendente, un delicioso cuento, un sabroso comentario, una agradable crónica, un cuidadoso ensayo, una aguda crítica, en un lenguaje terso y diáfano; en un estilo armonioso y claro, tras el cual es posible vislumbrar un espíritu selecto; un alma idealista y soñadora; la personalidad magnífica de un hombre refinado y culto; sencillo y afable, pero firme en sus convicciones, exento de dobleces y valiente defensor de toda causa justa.



SALOMON PONCE AGUILERA
(1868-1945)

Observador sagaz y minucioso, muestra el Dr. Ponce Aguilera un don especial para la crítica, sea de tipo social o literario. Para la primera, emplea con gran éxito el resorte del contraste, en la segunda, su extraordinaria sensibilidad y su depurado buen gusto, le hacen encontrar la belleza y el defecto doquier se encuentran; mas sus críticas nunca ofenden. Delicado en el decir y fino en la expresión, su proceder está a tono con el principio que pregoniza en este pensamiento: "la crítica jamás debe abandonar su elevado sitio, y menos convertirse en vulgar censura. Destruir es fácil; crear, difícil." De ahí que si su crítica puede ser severa, su tono es en todo momento mesurado, y la censura justa y desapasionada.

En las letras panameñas tiene el Dr. Ponce Aguilera el mérito indiscutible de ser el creador de nuestro cuento. Y si bien es ción moderna de tal género, no es menos cierto que hay en él, maestría en la pintura de personajes; en la presentación del paisaje hay realismo y color, y el estilo, muy simple a veces, otras sonoro y hasta musical, tiene en ciertas ocasiones un extraordinario poder de evocación. Ello se palpa con entera nitidez en "El árbol viejo", linda narración en la que sentimos que retrocedemos en el espacio y en el tiempo para revivir con el autor, bajo la sombra del naranjo añoso, los días felices de su niñez, plenos de dulzuras, de tristezas y alegrías.

Un sitio de honor tiene el Dr. Ponce Aguilera en el campo de la literatura y de la educación panameñas; pero debe tenerlo también en la galería de los grandes ciudadanos. Sin embargo, la República no ha sido generosa con uno de sus hijos más preclaros. Su "Defensa de Panamá", carta dirigida al Presidente Marroquín en la que con viril sinceridad y una entereza moral difícil de sustentar en aquellos días, señala las fallas de Colombia; las injusticias de su administración respecto a Panamá, y defiende el derecho del Istmo a desear y procurar su independencia, es un documento histórico que agiganta la figura del Dr. Ponce Aguilera, y la hace brillar con la aureola del verdadero y auténtico patriota.

Santiago, Dic. de 1968

BIBLIOGRAFIA DE SALOMON PONCE AGUILERA

Además de su colaboración en la Revista Gris y "El Observador" de Bogotá; en "El Mercurio" y "El Cronista", periódicos panameños de fin de siglo, lo mismo que en las revista "El Heraldo del Istmo" y "Nuevos Ritos", de la aurora republicana, donde se encuentra la mayor parte de su obra dispersa. Ponce Aguilera publicó los textos siguientes:

Informe del Secretario de Instrucción Pública al Gobernador del Departamento.— Panamá, Tipografía Casís y Cía. 10, Calle de Miranda 10, 1896.

- **Rectificaciones al Folleto "Más Sobre Panamá".**— Imprenta "El Mercurio", Panamá. 1897. 42 Págs.

Informe del Secretario de Instrucción Pública al Gobernador del Departamento.— Panamá, Tipografía Casís y Cía. 10, Calle de Miranda, 10, 1898.

La Defensa de Panamá.— Septiembre de 1901.— Bogotá, Imprenta Nacional. 39 Págs.

La Carta al Presidente Marroquín, de 20 de noviembre de 1903, fue publicada en la prensa de Bogotá entonces. Reproducida por "La Estrella de Panamá" entre el 4 y 9 de marzo de 1904, se reprodujo cuarenta y dos años después en el No. 32 de la revista "Universidad", correspondiente al segundo semestre 1952-53, y finalmente en los **Documentos Fundamentales para la Historia de la Nación Panameña**, publicados por la Junta Nacional de Cincuentenario en el año de 1953.

Acerca de la obra de Salomón Ponce Aguilera se han realizado no menos de tres trabajos de graduación por alumnos del Departamento de Español de la Facultad de Filosofía, Letras y Educación de la Universidad de Panamá.

JULIO FLOREZ Y SUS "HORAS"

Por SALOMON PONCE AGUILERA

I

No estaría en lo cierto si afirmara que fui uno de los primeros en leer las **Horas** del señor Flórez; más sí nadie podrá disputarme, en orden á una admiración justa y racional, mayor entusiasmo que el que ha despertado siempre en mí el autor de **Frueibk**. El tiempo, que apenas me concede breves instantes para mis aficiones literarias, privóme de satisfacer un apetito tan irresistible como el que despertaron en mí los anuncios que vi fijados en las esquinas una mañana que salía del aula universitaria. Pero llegé el momento que anhelaba con verdadera ansia, me fui a la librería Torres Caicedo, donde estaba á la venta el libro del señor Flórez y pedí un ejemplar.

Vaya que la impresión no sale del cuerpo todavía! Yo esperaba encontrarme con un libro de versos, como decían los anuncios, con un tomo donde estuvieran recogidas las producciones todas del joven poeta, al cual me proponía leer muchas veces, y con tales ideas y tamaños propósitos, fácil será comprender cómo sería mi desilusión al ver que era poco, muy poco lo que nos regalaba su musa original y hermosa.

Después he pensado que el señor Flórez sea de los que creen, con razón hasta cierto punto, que las obras de uno deben vivir regadas, por el mundo, en libros y periódicos, nunca reunidos en un solo cuerpo, el libro en donde la personalidad del autor se estudia y analiza en todas sus grandezas y debilidades.

Y cierto: la obra del autor es, por decirlo así, una cárcel estrecha, voluntariamente aceptada por lo común en que se presenta maniatado a la sanción severa de la crítica. Sin embargo, cuando ésta es lo que en realidad debe ser, cuando no abandona su puesto siempre elevado, para encanallarse con el vulgar ropaje de la censura, entonces ni el rigor se hace temible, ni el autor tiene por qué sentir herido su amor propio cuando se le señala algún defecto. Nada más fácil, por lo menos en intención, que destruir; lo difícil o imposible está en crear aquello mismo que todos, aún los que somos vulgo, tratamos de arañar convencidos de una habilidad que ni por asomos aparece en la tarea que nos imponemos.

He leído con positiva complacencia las **Horas**, y si voy á ocuparme en un estudio de ellas, quiero de antemano advertir á los que me lean que no hago ninguna crítica de obra tan primorosa, sino, que expreso simplemente las impresiones personales que su lectura me ha ocasionado. Bien lejos estoy de pensar que un

ligero artículo mío llegue á considerarse como opinión de gente ilustrada, ó sea como un voto en asuntos de los que ahora requiere mi atención. Lo que digo, volveré á repetirlo, es un concepto mío, inocente si se quiere, sin pretensiones de ningún género, y que se halla, por consiguiente, á distancia inmensa de revestir el carácter de crítica, magisterio á gusto al cual a los profanos como yo no les es dado ni aspirar siquiera.

Decir únicamente que Julio Flórez es poeta verdadero, sería casi una perogrullada, porque no creo que haya quien le niegue dones tan excelsos como los que Dios y la naturaleza le han concebido para que vacie en formas admirables el pensamiento que concibe. Yo quiero decir algo más de lo que todo el mundo sabe, y es que Flórez me parece un poeta original, hasta donde cabe la relatividad del vocablo, de raro talento y de exquisito tacto para hacer de sus versos, por lo general, miniaturas de no poco valor artístico.

Si alguna cosa me ha disgustado siempre en éste poeta, es, lo diré con franqueza, cierto pesimismo materialista que se respira en cuanto escribe; pesimismo y materialismo tanto más lamentables cuando profundamente arraigados en su alma, impidiéndole, por consecuencia, elevarse á las alturas que busca el espíritu en las obras de la inteligencia. Es ésto negar al poeta su mérito ó por lo menos tratar del menoscabo de su gloria? De ningún modo. Flórez se lleva tras sí mi admiración, aún cuando siga pensando, como hoy; lo que yo desearía es verlo más completo, y en eso no hay sino buena voluntad y simpatía de mi parte.

Digan lo que quieran algunos críticos —Revilla entre otros— el materialismo nunca será fuente inspiradora de grandes maravillas en asuntos de arte; y la razón para mí es bastante clara, á pesar de que ya me parece ver la risilla de algún ilustrado lector, impaciente por preguntarme si sé quién es Bartrina ó para no ir tan lejos, el mejicano Manuel Acuña.

Que el materialismo es causa poderosa que lejos de elevar el entendimiento y la imaginación á regiones serenas y hermosas, los entraba de tal modo que es poco lo que llegan a producir, me parece tan fuera de duda, que apenas puedo inclinarme á suponer que haya quienes opinen lo contrario. Y adviértase que digo poco no en el sentido de que las producciones artísticas se limiten á escasa cifra numérica, sino á las ideas, materia prima transformable, en cuya variedad existe, por consecuencia lógica, la variedad y riqueza de esas mismas producciones. El materialista ignora ó finge ignorar que hay mucho bello que explorar en el campo de lo psicológico, allí precisamente donde termina la hermosura de la forma y principia lo impalpable de lo espiritual y lo subjetivo. Por eso sus obras, que en el punto de vista de lo bello sensible pueden ser y son en efecto, primores de valor inestimable,

para el alma, que busca en el arte no solo impresiones aisladas, vienen á ser por lo común algo como una mujer-estatua que por más perfecto que se le suponga, nunca tendrá la gracia, cosa intangible y por lo mismo más apreciable que el modelo vivo que el escultor reproduce.

Cierto que el espíritu, inclinado naturalmente á la abstracción y á las verdades de un orden superior, ve siempre algo que no existe en la envoltura material de las obras de arte, algo que se desprende de ellas, pero que al mismo tiempo es más noble, más grande que el objeto de donde emana. Ese algo es lo bello en el sentido estricto de la palabra, que anda en el conjunto y los detalles de la materia para deleitar no solo la vista del contemplador, sí que también para conmoverle y hacerle gozar con la emoción estética.

El arte no es sino la finalidad de los medios obtenidos para producir la belleza de la misma. Por esto me inclino á pensar con los positivistas que la belleza, para ser conocida, "es necesario estudiar la expresión que los objetos producen en el sujeto". Si, Mientras más hermosa sea la emoción que en nosotros despierte el objeto contemplado, tanto más bella puede decirse que es la obra de la naturaleza ó del artista.

El arte por la belleza es la fórmula estética de los que todo lo piden á las encarnaciones materiales del sentimiento ó de la mera vista. Y si parece que la razón está con los que tales principios sostienen, es innegable que no andan en todo camino de la verdad, por la confusión que resulta al tomar la belleza en un sentido más en armonía con el concepto ontológico de la palabra que el propiamente estético que le dá la crítica. Hecha tal salvedad, fácil es comprender por qué dos obras de arte que se supongan igualmente perfectas en la ejecución o desarrollo no son, sin embargo, igualmente bellas. Maravillas de arte como lo son rembranescos cuadros de Goya o las Tres Gracias de Rubens, no dudo que haya no solo profanos sino aun artistas que los pospongan, verbigracia, a El Ave María de Millet. Podrá otro inteligente conocedor del arte reírse del que manifieste semejante gusto; podrá parecerle más digno de admiración el enérgico realismo del primero o la deslumbrada viveza del segundo, que todo cuanto se conoce hasta hoy en las escuelas. Doy por sentado que sea la verdad lo que afirma, y sin embargo, me parece que no tendría qué replicar á quien le observase: "muy bien está eso que decís; pero ninguno de esos cuadros que alabáis tanto embellece mi alma como la obra del francés, y por eso lo prefiero". Indudablemente que ésta es una razón de mucha fuerza, porque si bien el artista, como tal, sabe mejor que los que no lo son donde existe el mérito de la obra material, en cambio se ve obligado, ante confesión tan ingenua del sentimiento de la

belleza, no solo á reconocer sino hasta a aplaudir la elección de quien vea en las creaciones del arte pictórico algo más que lienzo y colores.

Lo que se dice de las bellas artes en general, acaso con más propiedad le convenga, como atributo esencialísimo, á la poesía, la más sublime de ellas. La poesía, por marcado que sea el rumbo que quiere imprimirle alguna moderna escuela francesa, no llegará nunca á convertirse en simple música de ritmos y en ingeniosos efectos de palabra. Si algo la distingue de sus hermanas, las demás artes, es el vivir más cerca del corazón, el ser más pura y espiritual, puesto que está destinada, por razón de su excelencia, deleitar las facultades más nobles del hombre.

La poesía materialista, si es que cabe juntar términos tan opuestos, creo que no llene jamás el ideal que como arte se propone, porque al encerrarse, por decirlo así, en un campo reducido y estrecho, apenas consigue revolotear, con ricos atavíos si se quiere, pero no se levanta á las alturas del mundo psíquico, ni vierte de sus ánforas divinas el licor de los dioses inmortales.

Y si el materialismo considerado en su aspecto filosófico conduce á la postración de la excelsa poesía, el materialismo en el arte, que no es otra cosa que el culto exagerado por la forma, tiende también, á su modo, á empobrecerla cuando todo lo sacrifica al ropaje exterior, funesto síntoma de las literaturas decadentes. Pocos habrá tan enamorados de la forma como el que esto escribe; sin embargo, mi afición no va hasta rayar en desorden cuando se trata de saber si hay que rendir ante ella únicamente el homenaje supremo que se debe al arte. En igualdad de circunstancias, creo haberlo dicho en otra ocasión, soy de los que prefiero una poesía de hermosa forma y sin mucha alma á una incorrecta y desatinada, por grande que se adivine su fondo. No es esto decir que prefiero en absoluto uno de los elementos que constituyen el ideal artístico; lo que afirmo, por insulso que parezca repetirlo, es que de las dos cosas escogería aquella en que el artista puede lucir mejor sus habilidades y talento. Y en la forma, elemento plástico de la poesía, es donde cabe, hasta cierto punto, la belleza sensible de las otras artes.

Quizás alguno piense que á pesar de lo que acabo de decir, no me guío en mis apreciaciones sino por un criterio ortodoxo. No tacharé de falsa en absoluto esa suposición, yá que es una imposibilidad moral desprenderse uno por completo de las ideas que tiene profundamente arraigadas, cuando se trata de discutir un asunto, sea el que fuere, donde hay muchos que lo consideran desde diversos puntos de vista. Aparte de eso, digo, bueno será advertir que la cuestión que he querido tocar hoy por vía de pasatiempo, no la considero sino en su justo lugar, es decir,

en el terreno exclusivo del arte, campo vastísimo y fecundo á donde son llamados sin distinción los que han sentido y admirado la belleza.

Yo me explico sin esfuerzo ninguno, que los poetas pesimistas ó atcos hagan versos armoniosos, completos, muy bellos, si he de decirlo todo de una vez; lo que si no comprendo es por qué no inspiran sentimientos levantados y nobles como los que no lo son. No dejarán de escribirse poesías, y aún mejores, como aquella de Acuña **Ante un cadáver**, donde andan de la mano, la fantasía creadora, y la química, ciencia netamente experimental; lo que si llegaría á ser un verdadero milagro en tales poetas, es que hicieran brotar á sus libros un acorde tan apacible y delicioso como una estrofa de la **Oración por todos** ó **Aures**, propongo por caso.

Pero hay aún otra cosa que atrae mi atención de un modo más particular, y es el hecho de que siempre, por regla general, lo mejor en los poetas á que vengo refiriéndome es aquello en que precisamente no solo no hacen ostentación de sus ideas filosóficas, sino que parecen estar á distancia extrema de ellas. ●

Dónde se encuentra en Acuña, se me ocurre preguntar, algo más profundamente bello que lo que dicen estos cortos renglones de sus versos **Entonces y hoy**:

“Mi Madre, la que vive todavía
puesto que vivó yo?”

Para los que buscan en la poesía ideas elevadas, para los que quieren ver convertida la divina poesía en arte docente, sin acordarse quizás de que no todo lo útil es bello, no habrá inconveniente en reconocer la bondad de ese pensamiento altísimo que induce á meditar, pero también á sentir muy hondo. Yo lo que sé decir es que esos versos me han conmovido vivamente, que me han hecho saborear todo un poema de infinitas ternezas, y que la fe del desgraciado bardo mejicano que relampagueó con claridad soberbia en ellos vale más, mucho más que la pensada duda de **El Hombre**, ó la negación audaz de **La Apoteosis** de Merced Morales.

Admiradores y muchos tiene Batrina, poeta que no ha dejado de meter ruido entre la gente docta. Yo querría, sin embargo (y perdónese la franqueza de mi osadía), que alguno me mostrase las bellezas artísticas de sus versos, que se me antojan pesados en lo general y con cierta monotonía que ofende hasta el tímpano. No he de negar la profundidad de ideas que en ellos se encierra: pero es que yo pienso que la filosofía (si es que á esto se refiere todo el mérito de las poesías del español) considerada en su misión exclusiva de ciencia docente, debe andar mejor en textos didácticos de pura prosa y no usurparse domi-

nios que no le pertenecen. Y Campoamor no es también poeta-filósofo? Sí. Lo que hay es que el gran ingenio de este último ha sabido hermanar con admirable acierto la trascendencia del pensamiento y la forma perfecta que el arte se merece. Campoamor es poeta á pesar de su filosofía; lo que no impide que algunos admiremos su estilo original y fecundo más en los **Pequeños poemas** que en las graves **Doloras**. Por otra parte, cuánta distancia entre el autor de **Quién supiera escribir!** y el de **De omnire scibili!**

Bartrina para sus admiradores será hasta un genio. Quédense ellos con las honduras materialistas y sarcásticas que esbozan las páginas de **Algo**, que yo me deleito acá, á solas, con los hermosos pensamientos y las emociones dulcísimas que me inspiran cosas tan pequeñas como **Belleza ideal**, del eximio Caro, ó **Los maderos de San Juan** de J. A. Silva, ó **En Colonia**, de Arciniegas.

Se me dirá tal vez que cada poeta tiene su modo especial de comprender la poesía, y que exigencia absurda es la de querer nivelarlos cuando se les pide igualmente a todos algo que viene á ser un imposible. Declaro que muy lejos está de ser esa mi intención, y que la cuestión estética, para decirlo de una vez, se induce simplemente á una cosa, y es á saber por qué los unos aparecen impotentes para embellecer el alma, objeto que los otros alcanzan sin dificultades, por triviales que sean los asuntos elegidos. O mejor dicho ¿dónde está la causa de la emoción artística? Está sólo en la belleza sensible de la forma, ó en la belleza del fondo, ó en el consorcio armónico de los dos elementos? Y aun resueltos esos puntos, cabe preguntar todavía: es indiferente á la poesía la escogencia de asunto, siempre que haya colorido, combinación de líneas, relieve, originalidad en la expresión, etc., que es lo que el gusto de muchos se contenta con exigirle? Si así fuera, qué razón habría entonces para hacer distinciones entre el versificador y el poeta? Unos y otros vendrían a reunirse, á revelarse en un mismo campo; los que han sentido la belleza y comunicádola á los demás, y los que sin tener condición tan indispensable, han vaciado sus pensamientos en cortos renglones con más ó menos ingenio artístico. Nada podría objetarse entonces á los que se inspiran en el naturalismo más grosero, y hallan en él asuntos dignos de contarse. Ya el título altísimo de poeta no vendría a ser patrimonio de clases privilegiadas por la naturaleza, sino herencia común de todos los hombres

No será por demás advertir que las observaciones que preceden se refieren á la poesía llamada por antonomasia lírica, no á la poesía género, donde son admisibles, hasta cierto punto, los filósofos distinguidos.

Cuestiones son éstas que considero de bastante importancia, para nosotros al menos, poco versados en achaques estéticos, y sin embargo con vocación irresistible por el cultivo de las letras. Ciertamente que tales cuestiones ni son nuevas, ni han dejado de tratarse por críticos eminentes; pero tampoco es menos cierto que ni los libros que sobre la materia se han escrito vienen á nuestras manos, ni todos, por desgracia, tienen la posibilidad de adquirirlos. Ojalá que alguna de esas expertas plumas que yo admiro tanto y que por suerte no nos faltan, se tomara el trabajo de iniciarnos algo relativo á este punto de la Filosofía del Arte.

II

No negaré, con todo lo dicho, que el poeta que ha llegado a darle novedad á sus ideas merced á artificiosas combinaciones de ritmo, á la originalidad de imágenes, á la propiedad en el empleo de las palabras que expresen fielmente la realidad objetiva de la naturaleza ó un estado particular del ánimo; no negaré, digo, que quien ha logrado semejante perfección extrínseca en sus concepciones poéticas es un artista que suele llevarse á sí la admiración y hasta la simpatía.

Y aquí era á donde me impacientaba por llegar, tratándose de un poeta como el señor Flórez, verdadero colorista y rimador feliz que ha conseguido hacer de sus versos miniaturas bellísimas que el público se disputa con inusitado entusiasmo. Dígalo si no, el éxito de **Horas**.

Si la habilidad para hacer de la poesía un arte decorativo tuviera un nombre especial conque se designara el género, Julio Flórez, de hoy en adelante, sería el primero entre nosotros de los que á él se dedicarían. Por desgracia se paga demasiado del efecto que sus versos deben producir, y esto lo lleva á veces á decaer en aquellas mismas situaciones donde pensó mantenerse á majestuosa altura. De inclinaciones poéticas semejantes a las de Rubén Darío, el señor Flórez podía llegar á ser tan notable como el literato nicaragüense, si no fuera por cierto descuido lamentable que se nota por sobre todos sus indiscutibles méritos. El autor de **Invernal** tiene una imaginación asombrosa, pero sabe ponerla al servicio de su talento, que es mucho también, y así crea con habilidad suma los ricos joyeles que componen su obra literaria. El señor Flórez, por el contrario, cree ver á la luz de su fantasía cosas muy bellas, le impresionan, y eso le basta para estamparlas con su prístina envoltura, creyendo quizás que al lector le causa emoción parecida a la suya. La musa de Rubén Darío es musa optimista, joven, de formas perfectas si se quiere; la del señor Flórez es hermosa también, pero está anémica, enferma de un hastío desesperante que le quita no poco de graciosa donosura.

En **Horas** (y este es para mí uno de los méritos principales de la obra) la musa del señor Flórez se presenta más bella que otras veces, más sana, si se me permite la expresión; y por eso me complazco con el poeta y le envío mi aplauso sincero.

Cuatro poesías nada más forman el tomito de las **Horas**; mas hay en ellas tanta exuberancia de lozana precisión, de ricos matices y de virgen savia, que á juzgar sólo por ellas, el señor Flórez tendría desde hoy puesto señalado en nuestro Parnaso.

Aurora y Mediodía son para mí lo mejor de las **Horas**, sin que esto quiera decir que las restantes no tengan bellezas de algunos quilates. Deseo admirar al señor Flórez en su facultad sobresaliente esta vez, la expresión pictórica, y por eso escojo la primera parte de su obra.

La tendencia del señor Flórez á la personificación es un recurso atrevido, tanto más digno de admirar cuanto sabe vencer, por lo común, tan difícil escollo retórico. Abusa, es verdad, de su poderosa inventiva, y entonces va hasta escribir cosas que juzgo reñidas con el gusto, aún de los sencillos iniciados en el culto del arte. Yo no sé; pero es lo cierto que hay en el señor Flórez ciertas expresiones que me gustan tratándose de un objeto físico, y otras veces, aun en igualdad semejante, me causan invencible escozor. Así, por ejemplo, cuando en su primera poesía la Aurora, llama á esta "hermosa rubia", creo ver no solo originalidad en la frase, sino esplendente belleza que realza más todavía el feliz atributo propio de hermosuras femeniles. Sin embargo, no digo lo mismo de aquella circunlocución de que se vale para nombrar la noche "La inmensa negra de pupilas claras".

Aquí la musa de Flórez se dejó arrastrar por la mala influencia Hugiana, pervertidora del gusto de los imitadores del gran poeta. Oportuno sea tal vez repetir aquí (no tanto por el señor Flórez, que sí tiene talento, sino por ciertos originalísimos parásitos de la poesía que van cundiendo entre nosotros) lo que escribió en sus dos veces preciosos prólogos al **Víctor Hugo en América** el señor Rivas Groot: "Nadie le imite (á Víctor Hugo), es una redundancia necia; imitar a ese poeta original es una contradicción".

En Ocaso y Noche he leído lo siguiente, en que se habla de la tarde:

Y entonces Dios, enamorado de ella,
Desde su trono azul lleno de galas,
Poco á poco la cubre con sus alas.

Mejor habría sido que el señor Flórez no se hubiera acordado de Dios si se había de escribir tamaña irreverencia. Versos sin gracia, y sin más novedad que el concepto-ripio.

Y del silencio ante el solemne halago
La alba luna, esa anémica sublime,
Que finge amor al soñoliento lago,
Llega y un beso á la expirante imprime.

Gustéense otros la de la anémica sublime, yo seguiré creyendo que más anémica estaba la inspiración del autor de **Horas** cuando escribió eso y aquello de que la luna "finge amor al soñoliento lago"; no porque sea en sí mala la cualidad que se predica de la luna, en el primer caso, sino por el efectísimo desgraciado que produce. Ni tampoco es censurable el tercer verso considerado aisladamente, sino porque es una frase explicativa que con relación á la luna es en absoluto inaceptable.

Luego la noche:

Llena al punto el espacio de crespones
hace vibrar el arpa del mutismo,
Y comienza á llorar exhalaciones
Como gotas de fuego en el abismo.

De esta estrofa sólo creo pasadero el primer verso. El segundo no lo he entendido, quizás porque la paradoja se escapa á mis entendederas, y á los dos últimos no vacilo en calificarlos de desgraciados y de un efecto, perdóneme el señor Flórez, rayano en lo cursi.

Surge Morfeo el dios ebrio de opio
Que al pardo buho del osario alegra
Y el astrónomo apunta el telescopio
A las pupilas de la inmensa negra.

Versos demasiados pedestres, dignos de un principiante. El primero casi ni merece el honor de tal, por la concurrencia de tantas vocales llenas.

El diálogo de Idilio eterno entre el mar y la luna, lejos de embellecer el cuadro sublime ideado por el poeta tiende á afearlo. Será un capricho mio, pero es lo cierto que me desazona eso de humanizar cosas tan admirables como cualquier hijo de vecino. La poesía a veces parece estar en el silencio, ó por lo menos en rumores que nada dicen; y querer interpretar con palabras lo que no es sino para sentido, es una flagrante contradicción. Que ingenios peregrinos como el de nuestra Fallón se complazcan en dar vida á los "informes bustos" de las Rocas para ponerlas á dialogar con un lenguaje típico de abuelas centenarias, es cosa que, aparte de la gracia, despierta en cualquiera una idea grave y solemne, por el recuento de la historia geológica del mundo. Lo contrario podría decirse de la luna y el mar, eternos enamorados que sienten y dicen lo que nosotros los hombres,

con la única diferencia que aquéllos, tales como el señor Flórez se lo imagina, están tocados de un romanticismo empalagoso que sólo en las tentativas de novela que hemos tenido aquí, se encuentra todavía.

Cualquiera diría que me he ensañado con el señor Flórez, ya que no he querido hasta aquí ver el mérito, sino únicamente los defectos de sus versos. No. Intencionalmente, he querido hacer un resumen de lo que en ellos no me agrada (sin entrar por supuesto en el análisis de pecadillos que darían bastante pábulo á la crítica roedora) para poder señalar con más gusto y libertad lo que les hallo de bueno.

Y cierto. Los defectos del señor Flórez —si es que lo son los que llevo apuntados— desaparecen por completo ante las bellezas y primores que se encuentran á cada paso de las **Horas**.

Los que han sentido la hermosura de la naturaleza al despuntar el día, digan si el cuadro que Flórez presenta en la Aurora, no es de un colorido soberbio que deleita el corazón y los sentidos.

Huye la sombra! El pálido horizonte
De ondas de luz purísima se anega,
Y por encima del andino monte
La hermosa rubia a sus dominios llega.
Mece el árbol la copa somnolenta;
Las hojas lucen brilladora escarcha
De la choza el rudo campesino
Como buscando incógnitas regiones.
Suben, en impalpable remolino
Como el humo sutil las oraciones.

Como se transparenta en éstos últimos versos el alma de un creyente! Sólo en **El Cultivo del Maíz** pienso que puede haber algo parecido á esta idílica estrofa.

No conozco en nuestros poetas que han cantado las escenas del campo, nada más descriptivo que lo siguiente:

Yérguese el toro en la feraz llanura
Con el testuz cubierto de rocío
Blanco vapor de su nariz obscura
Brotó y se expande en el ambiente frío.

Trasladar la vida, el movimiento de la naturaleza á las obras humanas, es sin duda una de las cosas más admirables de la inteligencia. Sin embargo, tratándose de un pintor, no parece gran maravilla reproducir en el lienzo lo que se ofrece á su contemplación en el mundo exterior que le rodea. Con el recurso de los colores se pueden obrar, sin mayores inconvenientes, efectos sen-

sibles que deleiten la vista. Lo que sí sorprende es que un poeta, en cuatro versos nada más, trace un paisaje de tanta luz y tanta poesía como este.

Tiemblan los nidos! Las desnudas rocas
Dóranse al esplendor de la alborada,
Y abren las nubes, como azules bocas,
Franjas de cielo en la extensión callada.

Artista nervioso, Flórez sabe imponerse por la atrevida hermosura de sus expresiones y la brillante novedad de sus imágenes.

La flor revienta en explosión de aromas
Hínchase el lago á la primer caricia
Del aura flébil que en los juncos ora,
Y saborea, con sensual delicia,
Los castos besos que le da la aurora.
Parece el bosque, al despuntar el día,
Jaula inmensa de alados trovadores.
Todo se baña en luz en el espacio!
Todo respira amor sobre la tierra!
Asoma el sol en el espacio inmenso
Cual barco de oro en piélagos de espumas.

En **Medio día** es donde Flórez pareció agotar el colorido de su pluma-pincel. El autor de **Estival**, con ser quien es, no tiene en esta poesía toques tan enérgicos ni de más vida que éstos:

Arde la tierra, el ave se guarece
Bajo las verdes y tupidas frondas,
El trigal brilla y ante el sol parece
Sordo huracán de cabelleras blondas.

Es hora de calor; vagos efluvios
De lujuria dan brío á las faenas.
Ansias incomprensibles se desbordan
De los vírgenes senos; flotan mares
De luz en las pupilas...
Bullen las savias; los retoños nuevos
Revientan en las vírgenes montañas;
Se estremecen las aves en sus huevos...
Y sacuden los fetos las entrañas.
Las fieras en sus hórridas guaridas
Los músculos se oprimen temblorosas
Se oyen besos de aromas en las flores
Y rugidos de amor en los cubiles.

Podrá encontrarse en Rubén Darío observación más fina, mayor abundancia en detalles, por ser el asunto de **Estival** más concreto, pero no más poesía, ni más destreza en el arte de la versifi-

cación, ni más colorido, ni más savia que la que desborda en los versos de Flórez. No es eso todo. Tal vez el inmortal cantor de **Evangelina** no hubiera desdeñado las siguientes estrofas de nuestro joven poeta, cuando nos contó la vida de su **Herrero de Aldea**:

Oyese el rudo golpe del martillo
sobre el ascua que cruje y que se queja;
Y en los prados la voz del caramillo
Hace duo al balido de la oveja.

Hunde el gañán la deslumbrante azada
En el surco que el rojo sol caldea,
En tanto que á su frente retostada
De sus cabellos el sudor gotea.

Cómo resumen de la plétora de vida que hay en la segunda parte de las Horas, concluye **Medio Día** con este bellissimo apóstrofe:

Como brillas Oh sol esplendoroso!
No hay una nube que tu rayo quiebre;
Tú la vida difundes Oh coloso!
Pero avanza! ...! Natura tiene fiebre!

Muchas bellezas podría señalar aún en los versos de Flórez; pero el tiempo me falta para tan grata tarea, y las dimensiones de este ligero estudio van tomando por otra parte caracteres alarmantes para los lectores que se fastidian cuando ven algún escrito que pasa de cierto número de páginas.

Una observación final quiero dejar consignada antes de concluir.

Hace tiempo que estoy oyendo hablar de la poesía americana, sin que hasta ahora haya podido darme cuenta exacta de lo que significa la frase. Claro me parece que los moldes poéticos no serán otros que los que hoy existen; y si el americanismo de la poesía está solamente en el asunto, no veo tampoco la riqueza del venero que explotar se desea. Sin embargo, cuando he leído los famosos romances de Rafael Obligado, —**En la ribera**, por ejemplo— he creído adivinar la tendencia que el delicado bardo argentino (sin duda el más inteligente defensor de los nuevos ideales) quiere que se le dé a nuestra poesía. Al leer las **Horas**, mi sospecha ha tomado un poco de más brío, porque realmente he llegado á creer que tanto nuevo hervor, tanta frescura y savia virgen como los que corren por los versos de Flórez no puede tenerlos la poesía de los pueblos caducos.

Vaya de nuevo mi aplauso poeta, y al mismo tiempo mis felicitaciones al señor D. J. J. Pérez, de cuya casa editorial ha salido tan correcta la impresión de las **Horas**.

(Rev. Gris. Año 1º Entrega 10. Bogotá, julio de 1893, p. 330.)

LA PRESENCIA DE PANAMA EN LA FILOSOFIA AMERICANA CONTEMPORANEA

Por Julio César Moreno Davis

Antología de la Filosofía Americana Contemporánea.
Prólogo y selección de Leopoldo Zea. Colección
"Pensamiento de América". Segunda serie — Volu-
men 7. Amic. Editor México, 1968. 237 pp.

I

Uno de los problemas que mayores preocupaciones y discusiones ha producido en el ambiente intelectual latinoamericano sobre todo desde la segunda década del siglo XX, es, sin duda, el de la cuestión de si existe o no un **pensamiento**, y más propiamente, un pensamiento filosófico en América. Aquella preocupación de muchos fue la que condujo a José Gaos a aclarar el asunto, y, para ello, hizo una distinción entre el pensamiento propiamente dicho y el "pensamiento", caracterizado cada cual así: "La palabra pensamiento, aplicado al desprendido en su especial literatura, se emplea, pues, en dos acepciones: en la amplia que significa todo este pensamiento, y en una más restringida, en la que designa exclusivamente la parte de todo el pensamiento que no se ha especializado en filosofía ni en ciencia, y que será bueno escribir en adelante entre comillas".

De acuerdo, pues, con José Gaos América no tiene un **PENSAMIENTO** sino un "pensamiento"; y aquél es el europeo cuyas notas son: su carácter metafísico, científico o sistemático; y éste es aquel que lleva el signo de su propia circunstancia, y se presenta como una preocupación de carácter estético y como una filosofía de la acción, que lleva la impronta de lo pedagógico y lo práctico. De lo pedagógico, porque respondió el interés de los llamados **REFORMADORES** de preparar al hombre americano para el goce de los derechos que la emancipación política le había otorgado, mediante lo que ha denominado Leopoldo Zea la "emancipación mental"; y de lo práctico, porque de lo que se trataba era de utilizar este pensamiento como instrumento modificador de las estructuras materiales.

Andrés Bello, Victoriano Lastarria, José Ma. Luis Mora, Francisco Bilbao, Sarmiento, Juan B. Alberdi, Esteban Echeverría, Juan Montalvo, José de la Luz y Caballero, etc., fueron algunos de los principales gestores de esta acción reformista.

Han pasado muchos lustros, y aún aquella preocupación continúa viva en el espíritu y mente de los latinoamericanos. Nuestras cabezas pensantes siguen buscando en la realidad concreta y en nuestra idiosincrasia la solución a los problemas capitales de América. Y para ello se han sumergido en las mismas raíces del hombre y de la circunstancia americana; lo cual ha dado una tónica muy singular a este pensamiento. “Conocer la propia historia —escribe Zea—, analizar las ideas que justificaron la acción de sus pueblos, describir el modo de ser de los hombres que hacen esta historia, son expresiones de la filosofía que se realiza en América (...) desde hace más de un siglo”. Más la ambición del pensador americano actual va más lejos; pues ahora trata de dar un salto de carácter ecuménico; quiero decir, que el pensamiento filosófico actual aspira a obtener su carta de crédito, de reconocimiento más allá de sus propios límites. En suma, aspira a que se le inscriba en la corriente del movimiento filosófico mundial. Como dice Zea: “dar el salto a lo universal, el salto que propone la filosofía que tiene derecho a tal nombre”: lo cual ha hecho posible la filosofía europea misma al mostrar sus limitaciones, pues con ello ha revelado “las posibilidades de la filosofía en América”.

Samuel Ramos, José Gaos, Leopoldo Zea, Arturo Ardao, Alberto Zum Felde, Guillermo Francovich, José L. Romero, Francisco Romero, Cruz Costa, Medardo Vitier, Augusto Salazar Bondy; Diego Domínguez C., Ricaurte Soler e Isaías García A. (para agregar la contribución panameña), etc., son solo algunos de los más caracterizados contribuyentes a aquella aspiración reflejada en sus notables investigaciones sobre la realidad americana y sus forjadores. La “Antología de la Filosofía Americana Contemporánea” que acaba de editarse con la Selección y Prólogo de Leopoldo Zea, recoge los ensayos que en sentido ya anotado han realizado figuras conspicuas del pensamiento filosófico latinoamericano.

II

Qué ofrece esta Antología? “En concreto —escribe Zea— lo que esta antología pretende ofrecer, es la expresión tanto de la preocupación y la actitud cardinales del pensador latinoamericano, como la expresión de las inflexiones particulares o de los intereses más concretos referidos siempre a la preocupación fundamental”. Y luego agrega: “Para ello, se ha buscado reunir un variado número de filósofos latinoamericanos; desde luego a aquellos que han demostrado inquietud por los temas que aparecen propios de esta América en el sentido que ya hemos definido”. Advierte, sin embargo, que, debido al criterio de selección usado han quedado por fuera los filósofos y pensadores ya tratados anteriormente, o los que serán objeto de antologías especiales en el futuro.

Los que presenta ésta Antología han sido escogidos para representar no a países determinados, sino a ZONAS de América. Esta distinción ha correspondido a Alejandro Korn y Francisco Romero (Argentina); Samuel Ramos (México); Guillermo Francovich (Bolivia); Joao Cruz Costa (Brasil); Arturo Ardao (Uruguay); Félix Schwartzmann (Chile); Francisco Miró Quesada (Perú); Ernesto Maya Vallenilla (Venezuela); y Diego Domínguez Caballero (Panamá).

Al Dr. Domínguez Caballero le ha tocado representar, pues, la zona del Caribe, con su ensayo "Motivo y Sentido de una investigación de lo panameño". (1965).

El Dr. Diego Domínguez Caballero nació en la Ciudad de Panamá en el año de 1915. Su formación intelectual, en donde se alternan lo latino con lo sajón, se inició en rigor, en la Universidad de Panamá, en donde obtuvo la Licenciatura en Filosofía con honores en 1940. Continuó sus estudios de post grado en la Universidad de Chicago, en la cual ganó el "Master of Arts" en 1942, y finalmente, su Doctorado en la Universidad Central de Madrid, en 1951.

Su actividad docente la inicia en la Universidad de Panamá en 1948, y allí centra su preocupación por la estructuración y divulgación de las disciplinas filosóficas. En 1953, ocupa el cargo de Decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Educación, puesto que desempeña hasta 1954, fecha en la cual se hace cargo del "Instituto de Investigaciones Filosóficas", producto de su propia iniciativa.

Resultado de su labor de investigador y estudioso son los siguientes ensayos y obras: "La Universidad de Panamá" (1946); **Los Estudios Filosóficos en la Universidad de Panamá**; "La Enseñanza de la Filosofía en Iberoamérica" (1961); "La Esencia y actitud de lo panameño" (1947); **Introducción de la Filosofía** (1963). Tiene otros estudios inéditos. Ha colaborado con **Revistas** de Filosofía extranjeras de reconocido prestigio, y ha obtenido por ello el honor de figurar entre conspicuas figuras del pensamiento filosófico como lo son García Bacca; Nicolás Abbagnano, Charles Harshorne, Federico Sciacca, y otros. El Dr. Eduardo García Maynes, en su **Breve Historia del Centro de Estudios Filosóficos**, de la Universidad Autónoma de México se refiere a él en tonos elogiosos (**Dianoia**, Año XII, Nº 12). En ésta Revista, el Dr. Domínguez Caballero publicó "Moral y Derecho en el Pensamiento de Hobbes". En la actualidad se halla en prensa un volumen del "Consejo Superior de Universidades Interamericanas", en el cual se incluyen un extenso estudio titulado "Universidad y Humanismo". En preparación tiene un trabajo crítico sobre la "En-

señanza de la Filosofía en las Universidades Latinoamericanas” y otro sobre la “Filosofía de la Educación para la Escuela Panameña”.

Debe anotarse que su actividad docente desplegada en la Universidad, y especialmente en la **Escuela de Filosofía**, en lo que se refiere a la investigación sobre la Filosofía Americana y el pensamiento panameño, influyó decisivamente en la vocación académica y en la preparación cultural y metodológica de un selecto grupo de estudiantes que hoy se destacan por sus trabajos en el ámbito nacional e internacional. Entre ellos cabe destacar al Dr. Ricaurte Soler con sus serios estudios intitulados: **Pensamiento panameño y concepción de la Nacionalidad durante el siglo XIX** (1954), **El Positivismo Argentino** (1959), **Estudios sobre historia de las Ideas en América** (1961) y **Formas ideológicas de la Nación Panameña**; también al Dr. Isaías García A. con sus sesudos trabajos intitulados **Naturaleza y Forma de lo Panameño** (s/f.) y **Andrés Bello** (1964); y el Profesor Moisés Chong M. autor de **Una Historia de la Cultura en América Latina**.

El ensayo que inmediatamente comentamos, “Motivo y sentido de una investigación de lo panameño”, expone las reflexiones juiciosas del autor Domínguez Caballero sobre “lo panameño”. He aquí una síntesis de su pensamiento.

III

Según el ensayista, la búsqueda de “lo panameño” no se da accidentalmente o por simple curiosidad, sino por NECESIDAD. Y ello explica por qué los descubrimientos serán de gran importancia para dilucidar nuestro ser como nación. El punto de partida ha de ser el de internarnos dentro de nosotros mismos con el fin de penetrar en nuestra propia y singular esencialidad. Sólo así podremos saber cuál es “nuestro puesto y actitud”.

Al realizar dicha operación, al mirarnos dentro, lo primero que encontramos es un SENTIMIENTO DE INFERIORIDAD, nacido de la conciencia de nuestra pequeñez como nación —hablando en términos geo-políticos— en contraste con la majestuosidad y adelanto técnico de la potencia ahincada en nuestro suelo. Pero no es solo eso; es también la circunstancia de nuestra historia que dio al Istmo una libertad política fácil, no ganada en los campos de batallas; sin sangre y sin mártires. Diógenes de la Rosa lo expresó claramente diciendo que “Panamá es un país sin martirios y sin mártires”.

Es pues, esa sensación de la “nada” que nos invade la que ha forjado aquél sentimiento. Pero es precisamente aquí donde el autor cree hallar el más firme asidero para superarlo; pues al darse el panameño cuenta de su miseria; intentará vencerla me-

diante una labor de conocimiento de sí-mismo, de su mismidad, que, inevitablemente, le conducirá al ser esencial. Es aquí donde está, pues, nuestra esperanza. Del análisis de la propia circunstancia panameña, esto es, del a-percibimiento de este sentimiento de inferioridad e insuficiencia, de la ambigüedad de nuestra concepción de la soberanía y de la debilidad de nuestro espíritu nacionalista o localista; en suma, de esta autoconciencia de lo necesario para llegar a ser lo que **debe** y **quiere** ser. Será, pues, de “esta lucha agónica por existir donde encontramos la característica más cierta del ser de lo panameño”. Es así, porque “aunque hemos pasado las pruebas más terribles que pueblo alguno haya podido sufrir en la historia, **nada ha logrado convencernos de que no somos**”; pero si bien es cierto que esto sabemos, que poseemos esta vivencia, no lo es menos que “**no sabemos quiénes somos**”; no hemos llegado a explicar de manera categórica nuestro ser. Más, partiendo de ello, y desde “nuestra pequeña plataforma” —el Istmo con sus 75.474 Km², aproximadamente—, nos proponemos “saber de una vez por todas quiénes somos”... Ello precisa penetrar en “lo panameño”. Explicar “lo panameño en su “sentido y manera” —escribe el autor— supone elaborar una “teoría de lo panameño”; esto es, de una explicación racional, que “dirá lo que es o pretende ser “lo panameño”. Dos perspectivas pueden servir para ello, a saber:

A) partir de un FACTUM: éste país —Panamá— en donde unos hombres —los panameños— “luchan y trabajan”.

B) partir de una aclaración del: 1. **pensamiento** sobre lo panameño mismo; 2. sobre el panameño mismo; 3. la **forma** de pensar del panameño; 4. la **cultura** del panameño.

Al ensayista le parece esta última la manera más auténtica de penetrar en “lo panameño”. Y a través de ella, “lo panameño”, se revela, en la periodicidad de nuestra historia, tratando de ENCONTRARSE como un ser auténtico, en primer lugar, en las **expresiones literarias, artísticas y educativas**; y, en segundo lugar, en su afán de **afirmación nacional**.

Pero su FRACASO, su caída, ha estado en el hecho de que el panameño ha caminado a ciegas... No se ha percatado de que para PODER SER es preciso saber QUE es lo que se pretende ser; en una palabra: la ESENCIA de lo panameño.

IV

Cassirer, en su obra **Filosofía de las formas simbólicas**, expresó un concepto **funcional** del hombre según el cual éste es un “animal simbólico” cuya autenticidad real, su ser —sí—mismo se revela en su OBRA, en su capacidad de crear en su apetencia el mundo de la cultura, el mundo de las “formas simbólicas”. Así

surge el mundo del Arte, la Religión y la Ciencia. El Dr. Domínguez Caballero parece haber seguido este cánón al definir la "cultura como una objetivación del espíritu"; e iniciar por su caracterización, la búsqueda anhelada de la esencia de "lo panameño".

Hay en Panamá —dice— una actividad creadora; precaria, sí, pero está AHI. Existe de tal modo, un pensamiento, una literatura, un arte o música **panameña**. Pero, en qué sentido son panameños? Dicho ordinariamente, lo son porque surgen en Panamá. Más este primer sentido no penetra en sí mismo "lo panameño"; hay pues que buscar un segundo sentido, uno más auténtico y es TEMA panameño, porque "PARTICIPA o realiza la ESENCIA panameña". Esta reflexión lleva al autor a otra más juiciosa aún: "... en este sentido, podríamos llegar a afirmar que muchas cosas que se produzcan en Panamá **no son** panameñas. Y otras que se realizan fuera de nuestro cielo son panameñas. **Lo más panameño es la obra de arte**, podría darse en Barcelona o en Florencia: como la poesía de Miró o una escultura de Arboleda. Y lo menos panameño podría surgir en la Zona del Canal que es territorio panameño o ir agazapado en ese sentimentalismo barato de polleras y cutarras que tienden a invadir nuestra literatura y a desfigurar nuestro folklore. Temas panameños pueden ser tratados de manera no panameña y hasta anti-panameña. Lo antipanameño se da, así tiene que ser, en el corazón mismo de nuestra tierra".

La solución y, por tanto, la felicidad nuestra está en tratar de **ser** Panamá. Y para ello es preciso que se evite "la imitación servil de otros modelos, por muy poderosos que sean y por muy atractivos que nos parezcan". Aquello sólo crea complejos y amarguras e impide una vida auténtica.

Pero nuestro pensador no entiende que debemos aislarnos o despreciar lo foráneo, sino más bien "tomar la cultura y experiencia de otros y assimilarlas: hacerlas carne de nuestra carne; hueso de nuestros huesos". De otra forma la cultura será sólo "adorno artificial, cosa muerta, flor de trapo".

Lo que pide el filósofo, pues, es que el panameño siga el consejo de Hegel; assimilar dialécticamente de tal manera que lo asimilado lo llegue a ser de tal forma que se constituya como algo que nos pertenece auténticamente, que sea "carne de nuestra carne".

Pero no basta con esto: Es necesario que nuestros intelectuales que van al exterior a estudiar, cambien su actitud "narcisista" que los conduce a despreciar la tierra y al nacional y a "vivir las más absurda y falsa de las vidas". La actitud debe ser otra: "... regresar a Panamá para ayudarlo, para comprenderlo mejor"; labor que necesita del concurso de los panameños de buena voluntad.

Haciendo suyas las interrogantes formuladas por el mexicano Leopoldo Zea, en el sentido de si hay pueblos CREADORES de cultura o simples IMITADORES o repetidores de aquélla, nuestro pensador procede ahora a interrogarse: A) Panamá ha hecho alguna aportación a la cultura ecuménica? B) Somos meros imitadores de modelos ajenos? C) O bien, nuestra "inferioridad" en este aspecto observa ribetes no sólo universales sino americanos? Son todas estas preguntas bien importantes, pues que de su respuesta depende la esencialidad misma de "lo panameño", nuestra autenticidad: A estas interrogantes el autor añade otra que, a nuestro juicio, permite SALVARNOS del naufragio: Se puede IMPORTAR cultura sin que exista una elaboración propia? En otras palabras: Es posible que haya un pueblo sin cultura? Puede ser factible la asimilación de otra cultura sin que exista previamente un substrato, una base, una experiencia cultural previa? La respuesta es concluyente: No es posible tal fenómeno, pues en "la misma forma de importar cultura hay cierta ELABORACION"; y la nota característica de "lo panameño" en este aspecto es la ELECCION, "las cosas que hemos elegido". Añade a esta nota, como su correlato, la de PRODUCCION que es, a su juicio, la cuestión básica de la dilucidación de "lo panameño". Porque nuestro nacional se ha dado cuenta de que nuestro acto de producir debe llevar el tinte, el signo, el marchamo, de lo panameño. Así lo expresa el autor: "No podemos parir el hijo de otro. Tenemos que hacer saltar a la vida nuestra propia criatura, por muy fea y contrahecha que de momento parezca. Con el correr del tiempo la hallaremos hermosa y la amaremos. Será nuestro hijo y con más valor para nosotros que el más hermoso de los hijos del vecino". Allí es donde radicará nuestra salvación como pueblo.

Se trata ahora, dice el autor, de aclarar cuál es esta MANERA panameña de PRODUCIR. He allí lo **esencial**, y la forma de descubrirla es en la propia y constante actividad creadora, esto es, CREANDO.

En el estudio de lo que nosotros hemos ELEGIDO de la cultura universal, y en la ORIGINALIDAD o la creación panameña, en estos dos factores principalmente se encontrará lo característico de "lo panameño".

El autor sugiere un criterio metodológico para ello: 1. "intentar descubrir la esencia y luego separar, en dos grupos, lo que se aviene o no se aviene con el concepto de lo panameño; 2. "descubrir en lo CONCRETO, los fenómenos y de estos fenómenos adentrarnos en la realidad". Este último es el que le parece mejor.

El método que propone el autor es, sin duda, el FENOMENOLOGICO que partiendo del P&LVOMEVOV (phaenomenom) penetra hasta el EiDoS (la esencia), mediante lo que Hussrel llama "reducción eidética".

Aplicado a la búsqueda de “lo panameño”, la actividad del investigador-fenomenólogo consistiría en poner en “époje” aquello que, aunque inscrito en “lo panameño”, empero, no lo constituye ESENCIALMENTE, sino sólo como elemento accidental y psicológico, y por tanto, alterable, mudable. Por vía de dicha reducción llegaremos a lo inalterable, o lo inmutable, y por eso, a lo que nos define cabalmente en nuestro ser-sí-mismos como personalidad y como nación.

Pero de lo que se trata, advierte el pensador, no es de definir porque en el definir se LIMITA; y lo panameño es DEVENIR, un estarse haciendo. Se trata de MOSTRAR lo que somos, nuestro ser, tomando en consideración dos factores: A) nuestro ser NATURAL; B) nuestro ser CULTURAL. Es decir, mostrar, en primer término, la fisonomía geo-política; y en segundo término, nuestra fisonomía cultural. De la confluencia de ambas tendremos la posesión de “lo panameño”.

Comprendiendo lo que nos falta como pueblo, como nación, podemos llegar a saber lo que debemos ser; y al panameño le falta percatarse, ser consciente de que precisa un gran esfuerzo espiritual para llegar a ser lo que debe ser. Los panameños necesitamos con urgencia saber “cuál es nuestro lugar y nuestra posición.Cuál es nuestro espíritu y nuestra historia”. Hasta no saberlo andaremos de uno a otro lado azorados; cargando complejos; ocupando falsas posiciones. Careciendo de personalidad”. Debemos pues, encontrarnos; pues “el conocimiento de nuestras posibilidades, (traerá) el renacer de nuestra esperanza y nuestra confianza”.

En Panamá, ha comenzado a surgir “cierta conciencia de lo propio, con cierto sentido de lo nacional”, en diferentes campos: la música, las artes plásticas, la novela, la poesía, los ensayos, la economía y la política.

Es la Escuela —la Universidad particularmente— factor esencial en este empeño de autenticidad y nacionalización como actitud. Su tarea es de gran responsabilidad en la forja del ser nacional, única defensa para conjurar posibles asimilaciones llevadas a cabo por pueblos extraños. “Sólo siendo verdaderos y reales panameños podremos aspirar a ser hombres internacionales”, porque “somos hombres con un sello nacional, pero con un poder de comunicación universal”...

V

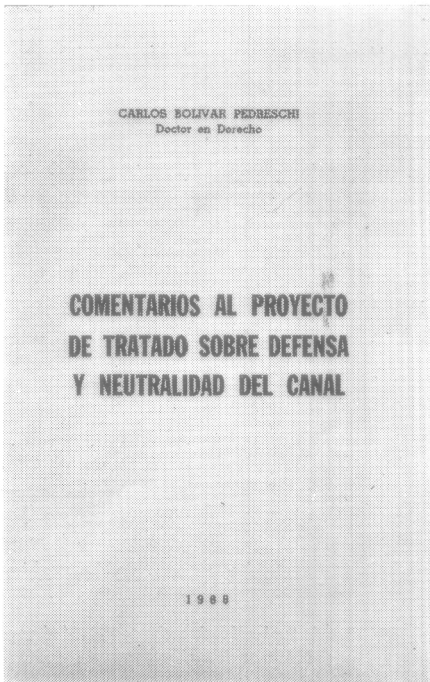
El notable ensayo del Dr. Diego Domínguez Caballero, de profundo y sincero patriotismo, cuyas ideas vitales acabamos de reseñar tiene no sólo perfiles nacionales sino también americanos. Porque la preocupación que ha expresado en su vivencia sobre la

posibilidad y autenticidad de "lo panameño", es el reflejo mismo del espíritu de América. Ha sido la causa de innumerables reflexiones y obras realizadas por otros pensadores latinoamericanos de nuestro tiempo, empeñados en darle al Continente Americano su propia y auténtica personalidad. Puede decirse, entonces, que Panamá a puesto en este empeño su grano de arena.

El hecho de que sea, precisamente, un panameño el escogido para representar en esta Antología al "área caribeña", no sólo es un honor indeclinable para Panamá y los panameños, sino también una forma innegable de reconocimiento a la labor de nuestros pensadores en el plano americano. Con ello queda establecido y avalado cabalmente la existencia de un "pensamiento panameño" —y caribeño—, genuinamente representado en el Maestro Dr. Domínguez Caballero, y, a la vez, se confirma nuevamente el sabio enjuiciamiento popular de que "nadie es profeta en su tierra"...

Panamá, 24 de mayo de 1968.

BIBLIOGRAFIA



Afrontando un tema de grande actualidad el Dr. Carlos Bolívar Pedreschi, distinguido profesional del Derecho que tiene a su haber otros importantes estudios jurídicos, estudia aquí, pormenorizadamente, el texto del Proyecto de Tratado sobre Defensa y Neutralidad del Canal, uno de los documentos producto de las negociaciones llevadas a cabo entre la República de Panamá y el Gobierno de los Estados Unidos de América.

El estudio del Dr. Pedreschi, realizado con mesura y objetividad, concluye manifestándose contrario a la concertación de ese Tratado, en los términos contenidos en el Proyecto. Se trata de una seria opinión entre las muchas formuladas con ocasión de los resultados de las negociaciones aludidas.

JOSE IMBELLONI Y SUS ESTUDIOS SOBRE RELIGIONES AMERICANAS (1)

Por Mercedes Luisa Vidal Fraitts.

El 25 del próximo Diciembre se cumple el primer año del fallecimiento del eminente antropólogo, Dr. José Imbelloni.

Deseamos recordarle con el presente trabajo que, aunque muy sucintamente, trata de sus eruditas realizaciones en lo concerniente al "pensamiento o intuición" de los antiguos pueblos americanos del ciclo protohistórico.

Sabemos que en Etnología las investigaciones de Imbelloni abarcaron cumplidamente todos los temas; y como representante de la escuela histórico-cultural, no sólo brindó aquellos conocimientos, sino que perfecciona su metódica.

En el difícil como poco conocido campo de la historia de las religiones y de la hierología, ha dejado el maestro —entre 1938 a 1945—, una serie de admirables trabajos publicados bajo el título general de "Religiones de América".

Imbelloni se adentra en la investigación de un tema casi inexplorado; más claramente dicho, estudia la naturaleza íntima de las concepciones religiosas de los antiguos pueblos de alta civilización en América y pone al descubierto las sutiles raíces de las peculiares «intuiciones» del mundo. Esta tarea, al decir de Ricardo Orta Nadal, es "nada menos que la de reconstruir cultura protohistórica"; y agrega el distinguido historiador que "esa reconstrucción representaba una empresa gigante porque reclamaba una energía clasificadora y revivificante que podría parecer no sólo audacia sino temeridad, si no fuese en todo momento sustentada por una cultura poderosa y un juicio siempre seguro".

Para alcanzar mayor resultado en las investigaciones, Imbelloni indaga en los períodos iniciales de las civilizaciones clásicas, encontrando rasgos sobresalientes de la edad "semibárbara". Luego constata que algunos «rasgos» del patrimonio mental de esas culturas protohistóricas —que él denomina **Pensamiento Templario**—, no obstante la enorme porción geográfica que los separa, se los encuentra en el Mediterráneo, Egipto, Asia Menor, Extremo Oriente, Asia, México, Centro América, y en la zona de las altas

(1) Se han consultado los trabajos del Dr. José Imbelloni sobre "Religiones de América" y la obra del Dr. Ricardo Orta Nadal: "El Panorama mental de la Protohistoria en José Imbelloni". Rosario, 1968.

culturas andinas, esto es, el área de culturas privilegiadas que el autor llama Ciclo de las Grandes Monarquías o Culturas Complejas o Protohistóricas.

Para reconstruir la vida mental, la cosmovisión propia de ese ciclo y las características comunes que precedieron a las primeras naciones de la historia, nuestro investigador maneja y confronta, exhaustivamente, infinidad de fuentes y descubre que donde mejor se conservan esas formas arcaicas de la **Weltanschauung** o Cosmovisión del Ciclo antedicho, es en América, en los vestigios o remanentes de las antiguas civilizaciones medioamericanas y andinas.

En lo que respecta a las fuentes diremos que el autor utiliza, para elaborar y demostrar conclusiones, un conjunto de documentos cosmogónicos y cosmológicos de Etruria, Súmer, China, India, Grecia y, muy especialmente, la serie clásica de "edades" de Hesíodo, "**Los trabajos y los días**"; también, la oda cosmológica de Empédocles "**Téssara Pánton Rizómata**" (Las 4 raíces de todo lo creado). En América, como fuente guatemalteca, toma el más antiguo libro de este continente, el **Popol-Vuh** o manuscrito de Chichecastanango, escrito en lengua **Quishé**, llamado por los críticos la "biblia de los guatemaltecos". Para Yucatán, el Chilám Balam de Chumayel y el Chilám Balam de Tizimín. Para México, los códices Franciscanos o Fuenleal, el de Gama, el Chimalpopoca, el Códex Vaticanus A, No. 3738. Para el Perú, la sabiduría de los Amautas. Además, obras de cronistas de Indias (Motolinía, Sahagún, Gómara, Mendieta, etc). Manuscritos, Monumentos plásticos, Folklore, etc. Es de acotar que antes de Imbelloni muchos estudiosos habían espigado en el tema. Veytia lo hace por 1760; luego, Boturini, Chavero, Humbolt, Paso y Troncoso, Seler, Thompson, Juan Bautista Vico, W. Lehmann, Krickeberg, etc.

Con interpretaciones novedosas, acotaciones críticas, y sin influencia de lo elaborado, sostiene Imbelloni, con todo éxito, su tesis individual expuesta en la serie de trabajos que arriba citamos; en los que no sólo se comporta como singular etnólogo sino como hábil hierólogo.

Digamos ahora, con palabras del maestro, que la inquietud del espíritu humano ante lo ininteligible, lo inconmensurable y complejo que lo circunda, origina el afán de configurar ese Todo arcano y diseñar su **Weltanschauung** o intuición del mundo. Veamos, entonces, con mayor precisión, en qué consiste el "Pensamiento Templario" o patrimonio mental. Glosemos nuevamente a Imbelloni para decir que "es la formulación muy elaborada, de carácter cíclico, de todos los conocimientos adquiridos por el hombre en el estado de cultura que precedió inmediatamente a la historia que concebía un Universo armonioso, geométrico y finito"; que configuraba "al mundo terrestre a modo de un plato ho-

rizontal partido en 4 partes aparentemente iguales entre sí, pero de sustancias distintas e irreconciliables a causa de la orientación, ya que cada oriente no fué para esos pueblos mera dirección, sino, también, lugar propio de un genio, de una virtud, de un destino, de una actividad, un elemento, un miembro del cuerpo o de una viscera, de una estación del año, un animal cardinal y definidos rigurosamente esos orientes por los 4 colores fundamentales". Encontramos así, la prevalencia de la concepción numérica del espacio y del tiempo regidos por el número 4 como sistematizador, en combinación con el sentido cromático de orientes y los elementos antedichos. En líneas generales digamos que es la representación del espacio y la división del tiempo.

Oportuno es ilustrar con estos dos ejemplos ese "sentido cromático de orientes" que varía según cada pueblo, aunque entre sí cierta analogía. Para el pueblo Maya: **Oeste**, blanco; **Sur**, rojo; **Norte**, negro; **Este**, amarillo. Veamos en Caldea: **Oeste**, amarillo; **Sur**, rojo; **Norte**, azul oscuro; **Este**, marrón.

Es de observar que el número 4 prevalece dentro de las áreas americanas. Imbelloni afianza lo que anunciara Briton, por primera vez, en Filadelfia a fines del pasado siglo: "El número sagrado de los americanos es el 4". Claramente vemos, entonces, que este número rige la geometría, la estereometría del Universo y la ideación de las 4 Edades del Mundo o ciclos vitales sucesivos que articulan el pasado. Es el 4 clasificador y categorizador por excelencia "de un complejo de nociones mánticas, mágicas y protocientíficas que constituyeron el núcleo fundamental del conocimiento humano". A la vez, la energía de esta «mística numérica», 4, no sólo se aplica al espacio horizontal, como dijimos atrás, sino al volumétrico; sea, que a la representación plana horizontal aquellos pueblos agregaban dos planos más: uno, encima del plano terrestre y otro, abajo, esto es, el ciclo y la subtierra, pero igualmente tetrapartidos y simétricos; resultando de esta forma que el punto crucial terrestre —el Centro—, coincide exactamente con el Centro del ciclo y con el Centro inferior, lo que equivale al **Cenit** y al **Nadir**.

Ahora bien, cada uno de los 4 sectores representa un «oriente» y su valencia era determinada por un elemento, un animal cardinal, etc. Por otro lado, cada uno de esos 3 puntos tenía un color propio, constituyendo con los del plano horizontal, los 7 **orientes del espacio**; principio y sostén de la "Mística del número".

Agudamente nos dice Imbelloni que el resorte que permitió a los pueblos cultos de América Media la organización del concepto de tiempo, es un aparato de rigurosa construcción: **la doctrina de las Edades del Mundo**. "Edades" que representan períodos de duración convencional que se suceden uno a otro a partir del origen de la vida en la tierra hasta la destrucción total del

pueblo que las concibe. Así tenemos que el pasado se divide en 4 períodos o ciclos vitales, en correspondencia con la concepción mística del "Pensamiento Templario". Por lo tanto: hay 4 edades en íntima conexión con los 4 puntos cardinales, con el sentido cromático de orientes, etc. Además, hay una 5a. edad que corresponde, debidamente, al Centro, en la división espacial; ésta es la Edad presente que vive el pueblo y terminaría con la destrucción definitiva.

Se observa, nos dice Imbelloni, que cada Edad avanza desde su amanecer "luminoso" hacia el ocaso que se anuncia por medio de un período de oscuridad. Importante número de testimonios reflejan la enorme congoja, el terror colectivo, la desesperación que aqueja a todos los pueblos de Mesoamérica y de los Andes occidentales ante la oscuridad, signo evidente de amenaza y cercana destrucción. Los dioses, entonces, pierden su poder; leyes y costumbres se degeneran; toda la naturaleza se revela contra los hombres quienes, a su vez, van perdiendo su poder vital. Al producirse el exterminio algunos hombres, algunas tribus que han rogado por el retorno del Sol, sobreviven y se incorporan a la nueva Edad. En esta forma explican las culturas del sistema templario, la existencia de las razas. Agreguemos que en esas destrucciones se involucra la idea de culpa y de castigo.

¿Qué produce esos exterminios y cataclismos? El desequilibrio de la armonía del cosmos por el predominio de una de las 4 substancias elementales. Se explica así: «Tierra» cataclismo terremoto; «Aire» cataclismo huracán; «Fuego» cataclismo lluvia de fuego; «Agua» cataclismo diluvio. Para la 5a. Edad, el exterminio siempre es terremoto.

¿Cuál es la duración de cada Edad y de la vida terrestre? Cada pueblo hace cálculos distintos. Por ello muchos autores se dieron a la tarea de computar las cifras consignadas en las fuentes; pero, ni cronistas, ni críticos, ni estudiosos se han puesto de acuerdo para determinar la duración de aquellos períodos. Imbelloni puso gran atención a esta cuestión e hizo aguda crítica a los anteriores estudios y teorías; él analiza los cómputos cronológicos de los documentos de México y los datos consignados por los cronistas y hace su particular interpretación. Basa su teoría en la cronología mítica indígena. A la vez que se afianza sobre el orden de las Edades y Exterminios, al menos en lo que atañe a México.

Por lo demás, averigua que en las culturas anteriores a la Compleja o Protohistórica —en su clasificación: Primarias, Secundarias y Compuestas—, se concibieron sistemas binarios y trinos sobre la concepción del mundo, la divinidad, etc; ideas éstas que sobrevivieron, en una u otra forma, en el "Pensamiento Templario". Digamos que al llegar el blanco a Mesoamérica, el momento religioso presentaba las características del Ciclo Templario.

Si para satisfacer incertidumbres o inquietudes con respecto a lo expuesto descáramos recurrir a una de las fuentes estudiadas por el ilustre investigador, nada mejor que acercarnos a ese claro manantial de la proto-historia americana, el **Popol-Vuh**. En él encontraremos plena y poéticamente narradas las sutiles «intuiciones» y la armoniosa doctrina del “**Pensamiento Templario**”: prevalencia del número 4, sentido cromático de orientes, forma del Universo, elementos, narración genética de la creación, combinación de las 4 Edades y de los 4 exterminios, la 5a. Edad, los dioses, etc.

Para terminar, nos permitimos transcribir el Prólogo y algunos pequeños trozos de aquel Manuscrito ya que al decir de Imbelloni, su relato ensambla plenamente con la **Weltanschauung** del “Pensamiento Templario”.

He aquí el Prólogo:

“ Es este el primer libro, escrito en antiguo tiempo,
“ que refiere los hechos grandiosos que se dieron al
“ formarse los sectores del Cielo y de la Tierra, de
“ fijarse los ángulos del firmamento, de mensurarse
• “ sus octantes, establecerse los puntos cardinales y
“ los vértices de los metámeros del cielo y de la tierra,
“ lo que fué cumplido por voluntad de los **CONSTRUCTORES Y FORJADORES** y las **GESTANTES**
“ y **FECUNDADORES** de la vida, dueños de la existencia de los que respiran y conciben, así como de sus
“ descendientes, hijos e hijas que proceden de aquellos
“ seres, los que anteriormente moraban en el cielo,
“ la tierra, los lagos y el mar”.

El Capítulo I, versículo 1, relata la Creación o Génesis:

“ Esta es la primera relación, que todo estaba en suspenso, sin movimiento y silencioso: todos los sectores del cielo.

“ No había un solo hombre, ni animales,, ni árboles, ni piedras, ni pajonales, ni florestas. Sólo el Cielo existía.

“ No era aún visible la superficie de la Tierra, solamente existía el mar tranquilo y los sectores del firmamento.

“ No existía congregado, ni junto o que se moviera; nada había de pie, y sólo existía la tranquilidad de las aguas y el mar silencioso, y no había cosa alguna fuera del silencio y las tinieblas de la noche.

“ Unicamente relumbran los **CONSTRUCTORES Y PLASMADORES** (Tepeu) y las **GESTANTES Y FECUNDADORES**, cubiertos de un manto como de plumas verdes, y por ello los llaman **GUKUMATZ**, grandes demiurgos.

“ Entonces vino la PALABRA. Llegados TEPEU y GUKUMATZ al medio de las tinieblas de la noche, meditaron, uniendo su voluntad y sabiduría, ante que surgiera el ALBA, sobre la manera de alimentar a los seres que todavía no habían nacido a la vida.—

“ Y como las aguas no se separaban aún, ordenaron: “Que se vacíe el agua y aparezca la superficie de la Tierra como un plato”. “Que aparezca la luz en el cielo, y en la tierra para las siembras. “TIERRA”, ordenaron, y pronto se formó ésta. Comenzaron a salir del agua las montañas, las costas y los valles, ya poblados de bosques de cipreses y de pinos”. Ello llenó de alegría a GUKUMATZ:

¡Bienvenido, o Centro-del Cielo, la obra de los Constructores y Plasmadores va a ser conducida a término!

Olivos, Noviembre de 1968.

BIBLIOGRAFIA



Premiado en un concurso como se indica en la portada, esta nueva obra del Profesor Ernesto J. Castellero R. constituye una buena introducción a la historia de la progresista provincia chiricana, cuna de muy ilustres panameños y escenario del laborioso esfuerzo de sus hijos, que han hecho de su patria chica un legítimo orgullo de la nación panameña.

ASPECTOS ECONOMICOS DE LAS COMUNICACIONES Y SUS RELACIONES CON LA INTEGRACION

Publicamos hoy la Ponencia presentada por el Lic. Gasparino Martínez S. a la consideración de los participantes en el Seminario sobre "El Papel de los Medios de Comunicación en la Integración de la América Latina", documento que se ha conservado inédito y mantiene plena vigencia.

De conformidad con el programa elaborado, nos corresponde referirnos al tema de la interacción existente entre las economías de desarrollo económico superior, con aquellas economías que aún no disfrutaban de un razonable nivel de desarrollo. Al contrario de lo que pudiera suponerse, por tratarse de un complejo asunto, elaboraremos una exposición sencilla, cuyo planteamiento consistirá en probar el valor y el significado de las comunicaciones y de los comunicadores como medio para acelerar el proceso de integración latinoamericana. Sólo nos resta aclarar que en lugar de interacciones, preferimos utilizar el término interrelaciones, por encontrarlo más adecuado al campo de la economía, las cuales creemos que surgen de las necesidades mutuas que deben satisfacer tanto los países ricos como los países pobres; pero que, debido precisamente al hecho de gozar de un gran poder económico, los primeros obtendrán el mayor provecho de esas interrelaciones en detrimento de los países insuficientemente desarrollados.

Los países desarrollados alcanzan esa jerarquía debido a que reúnen toda una serie de condiciones favorables que les permiten explotar sus propios recursos en forma tal de eficiencia que le imprimen a sus economías niveles de bienestar elevados, denominados comúnmente de prosperidad, los que se extienden no solo al ámbito económico sino también al social. Aunque periódicamente estas economías se ven afectadas por factores extraños que crean distorsiones o caídas bruscas en el ritmo de crecimiento y en el nivel de bienestar de que usualmente se disfruta, su adelanto tecnológico, su capacidad de absorción de estas dificultades, sus abundantes recursos materiales y financieros, les permiten recuperar y superar los niveles alcanzados antes de las crisis.

Es sabido que el desarrollo económico conlleva poderío político y militar, pero a éstos no vamos a referirnos en detalle. Queremos establecer, sin embargo, ya entrando al terreno de las interrelaciones, que no obstante el nivel superior de desarrollo alcanzado por cualquier país, nunca se da el caso de que cuente dentro de sus límites físicos con todos, absolutamente todos los recursos naturales o de otra índole que requiere una nación para su supervivencia, menos aún, lógicamente, para su óptimo desarrollo. De modo que se presenta así el primer elemento promotor de las relaciones internacionales: la necesidad de adquirir recursos.

Al mismo tiempo, el hecho de que con la eficiente explotación de los recursos —propios o ajenos— se logre alcanzar altas tasas de desarrollo, es eso precisamente lo que obliga a buscar los medios para mantener el crecimiento ya alcanzado mediante el constante abaratamiento de la producción de los bienes físicos que esas economías lanzan al mercado interno, el cual siempre resultará insuficiente: la necesidad de obtener mercados externos, pues, crea el segundo elemento de vinculación entre las economías.

Por razones obvias, los países desarrollados obtienen el mayor provecho de estas relaciones con respecto a los subdesarrollados. Ahora bien, ambos elementos —escasez de recursos y búsqueda de mercados— están íntimamente vinculados y su existencia entre los Estados Unidos de Norteamérica y la América Latina constituyen un ejemplo evidente de los puntos anteriores. Pero no es único. La historia es tan rica en ejemplos que basta sólo con nombrar algunos sin entrar en detalles, para que se convenza el estudioso de la veracidad de nuestra afirmación. Egipto, Francia con sus colonias en Africa y América; Inglaterra que, además, colonizó el Oriente; Portugal; España; Rusia con sus satélites; todos son casos reales y, como se ve, tanto en el pasado como en el siglo actual, los países que han alcanzado un nivel de desarrollo superior lo hacen a expensas de las economías de países más pobres. Se compran las materias primas a precios irrisorios y se venden los bienes manufacturados a precios muy altos. La desproporción, por conocida, es ocioso intentar explicarla con detenimiento.

Presentada esta especie de definición de conceptos, debemos ahora adentrarnos en el aspecto de las comunicaciones, mirándolas desde dos puntos de vista distintos; el primero, su importancia para el desarrollo interno y, el segundo, su valor en la promoción y agilización de relaciones con el exterior. Para ello, aclaremos el sentido de la comunicación en sí y su valor económico, tal como nosotros lo entendemos.

Como es obvio, no se trata simplemente de la acción de llevar noticias y sus medios más usuales. Se refiere, además al acto de trasladar bienes y personas de un punto a otro del espacio económico y al costo que ello involucra... Decimos "además" porque "la acción de llevar noticias y sus medios más usuales", tiene una importante función económica, según sea el tipo de noticia de que se trate. Por ejemplo de índole financiera; de carácter económico con propósito de dar a conocer hechos concretos sobre una empresa, país o región; de fondo educativo en el campo de la economía, etc.

Entendido así el problema, es útil indicar como continuación lógica, que existe una relación casi axiomática entre el grado de desarrollo económico y calidad de las comunicaciones. Mientras más completo y eficiente es el sistema de comunicaciones en un país, más alto es su nivel de desarrollo económico. Creemos oportuno en este momento confirmar nuestra opinión de que al hablarse de comunicaciones, se incluyen en el término todos los medios inventados por el hombre para ponerse en contacto con el hombre, ya sea físicamente o en forma inmaterial, es decir, verbalmente, por escrito, por medios audiovisuales, etc. Con esto pretendemos dar contenido verdaderamente económico a nuestra ponencia.

A título anecdótico referimos a continuación una experiencia personal adquirida durante un viaje de estudios hecho a los Estados Unidos de Norteamérica. Allí nos percatamos de que se puede llegar a cualquier punto de la Unión por carretera, ferrocarril o avión, o por una combinación de los tres, lo cual da una razón, entre muchas, del grado de desarrollo alcanzado por aquel país. Y aunque los que hayan viajado a Europa saben lo fácil y barato que es trasladarse a cualquiera de los países de ese continente; preferimos mencionar el caso centroamericano, que está más cerca de nosotros y representa intereses más inmediatos y posibilidades más concretas.

En 1950, cuando no existía el Mercado Común y el intercambio de todo tipo era muy reducido, las comunicaciones eran casi inexistentes. El volumen de compras y ventas sólo alcanzaba un monto de 8.3 millones de pesos centroamericanos (unidad monetaria equivalente al dólar). Bastó que los cinco Ministros de Economía, en aquel memorable Cuarto Período de Sesiones de la Comisión Económica, para América Latina (CEPAL) en junio de 1951, acordaran realizar esfuerzos conjuntos para promover su desarrollo y llevaran a la práctica esa decisión, bastó eso, repetimos, para que se movilizaran todos los recursos y todos los esfuerzos hacia el logro de esa meta común, especialmente en el área de las intercomunicaciones.

Los resultados son de todos conocidos, apenas el año pasado el intercambio comercial alcanzó la cifra de 160 millones de pesos centroamericanos. Es decir que sustrajo del comercio extra-regional el 13% del total para mantenerlo dentro de las fronteras centroamericanas. Para países pequeños y subdesarrollados como esos, ese nivel de intercambio representa cifras extraordinarias. Deseamos insistir en que gran parte de esos logros se debieron a la ampliación y perfeccionamiento de los sistemas de comunicaciones. Se construyó mayor número de carreteras nacionales e internacionales, se mejoraron las comunicaciones telefónicas, al igual que el transporte por aire y por tierra. Hubo un mayor intercambio intelectual y profesional y, en fin, trataron de conocerse mejor los unos con los otros. Hoy día, aunque no está totalmente consolidado y le haga falta un largo camino por recorrer, el Mercado Común Centroamericano sirve al resto de América Latina y al mundo en general como ejemplo de lo que se puede lograr cuando existe la decisión y la voluntad para ello.

Queremos volver al tema refiriéndonos a la influencia que tienen los países superdesarrollados, sobre los subdesarrollados, y las causas. Ya dejamos establecido, según creemos, que un país altamente desarrollado desde el punto de vista económico, también goza de un sistema de comunicaciones de elevada calidad y eficiencia y éste está totalmente integrado dentro del límite físico de la nación. Esto es así, porque se requiere trasladar al menor costo y con la mayor rapidez la materia prima a los centros de producción; el producto acabado a los centros de consumo; así como también se requiere movilizar el capital de todos los sectores y áreas hacia los grandes mercados de valores que operan en las grandes capitales.

Pero como no todos los centros de producción ni todos los centros de consumo del producto elaborado, por las razones ya explicadas, están ubicados dentro del territorio del país desarrollado, éste tendrá que extender su sistema de comunicaciones hacia el exterior para alcanzar —en donde estén— esos focos de oferta y de demanda, de producción y de consumo. Tradicionalmente América Latina ha vendido materia prima y comprado manufacturas. De esas relaciones de compras y ventas surge lo que en economía se denomina términos del intercambio, es decir, la relación entre las importaciones y las exportaciones, las cuales, secularmente también, han sido adversas para Latinoamérica.

Como el país desarrollado posee capital, tecnología y medios eficientes de transporte y comunicaciones fácilmente penetra la vulnerable economía del país subdesarrollado, explota en provecho propio los recursos de los países que económicamente coloniza y a través de las empresas que en ellos —los no desarrollados— se establecen, logra crear un poder de notable magni-

tud con el cual ejercer una gran influencia en la vida económica de aquellos, así como en otros órdenes. Asimismo, sucede que los países superdesarrollados tienen exceso de capitales los cuales exportan a los subdesarrollados como complemento de las inversiones tradicionales (agricultura, minería, etc). Para completar el cuadro, los medios de transporte de bienes y personas también pertenecen al país desarrollado. El saldo del panorama descrito, perjudicial para las economías subdesarrolladas, es obvio. De allí, que creamos oportuno pasar a otro punto.

Qué es la integración y qué representa para América Latina.

La integración no es más que el proceso de supresión de obstáculos, físicos e institucionales, entre países cuyos objetivos son la ampliación de sus mercados nacionales y de sus economías en forma tal que les sea permitido alcanzar tasas más altas de desarrollo económico, incrementos sustanciales en los niveles de inversión, producción, consumo, ocupación y consecuentemente, superiores niveles de vida y de prosperidad. Su meta última es que al cabo de un período preestablecido, las transacciones económicas entre los nacionales de los países integrantes del espacio ampliado, se desarrollen como si se tratara de un solo territorio, de un solo país. La anterior definición utilizada en un trabajo de economía elaborado por el autor, rebasa los límites económicos para entrar en los sociales, políticos, culturales, etc.

Una América Latina unida significaría la conjugación de una cantidad de recursos cuya magnitud asombra. Según el Dr. Gustavo Lagos, Director del Instituto para la Integración de América Latina (INTAL) manifiesta, con la unión de las repúblicas latinoamericanas se "...configuraría un mercado de 220 millones de habitantes, con un producto regional bruto cercano a los 80 mil millones de dólares por año y con un volumen anual de comercio exterior de alrededor de 17 mil millones de dólares... tendría una superficie de 20 millones de Km²..." Las cifras que anteceden superan en muchos casos a variables similares correspondientes a algunas de las potencias mundiales y representarían la evolución completa de nuestra América, si fuesen puestas al servicio de la causa de nuestro desarrollo económico. Se desprende pues que los países latinoamericanos, hoy tan separados, constituyen verdaderas islas de desesperanza en un enorme océano de potencialidades.

Esa triste realidad que viven los "Estados Desunidos de Latinoamérica" queda patéticamente descrita por la Comisión Económica de América Latina (CEPAL) en un reciente informe sobre el tema de la integración económica. Decía así en la parte pertinente:

“En los veinte años que van a cumplirse desde la terminación de la guerra el desarrollo latinoamericano ha sido lento, su ritmo inestable y el proceso se ha debilitado en vastas áreas de la región a tales extremos que el ingreso medio por habitante sólo ha crecido en 50 por ciento en tan largo periodo. De una exigua cifra de 280 dólares se ha pasado al modesto nivel actual de 430 dólares por habitante. Si no se modifican las tendencias que refleja tal evolución en esta primera mitad de la década de 1960, los 600 millones de habitantes que tendrá América Latina a fines de este siglo sólo dispondrán de un ingreso medio de unos 650 dólares, y aunque se supera en el futuro el ritmo de crecimiento de los últimos 15 años, este ingreso medio no excedería de 850 dólares por habitante”.

“Esa lentitud del desarrollo, que lleva consigo tan precarias condiciones materiales y culturales de vida para la gran masa de la población latinoamericana, muestra contrastes agudos cuando se considera que ese ingreso medio —al que, de no producirse cambios fundamentales, sólo se podría aspirar para fines de siglo— no representa más de una quinta parte del que se dispone en la actualidad en los Estados Unidos y poco más de la mitad del de la Europa occidental y de la URSS siendo inferior también al de muchos otros países de economía privada y del área socialista. Esas diferencias se ensancharán considerablemente, pues mientras el conjunto de los países latinoamericanos apenas logra, desde 1960, un mejoramiento del 1 por ciento anual, esas otras regiones están creciendo con un dinamismo dos o tres veces mayor, sin contar los casos de extraordinario crecimiento que se dan en el Japón y en algunas de las economías centralmente planificadas. Así, mientras América Latina necesitó 20 años para elevar su ingreso medio por habitante en 50 por ciento, los países de la Comunidad Económica Europea tardaron menos de 10 años en lograr la misma elevación relativa y en menor tiempo la consiguieron esas otras que habían ya cumplido una esforzada etapa de reconstrucción de pos-guerra”.

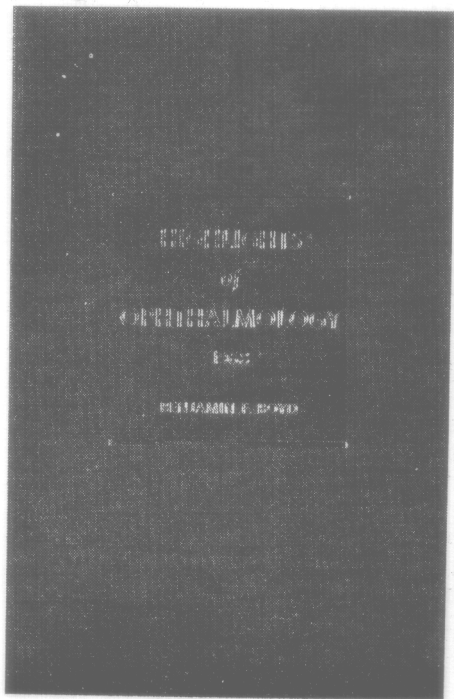
Según creemos, las dos citas que anteceden permiten dar una idea bien definida sobre las perspectivas que tiene nuestra América Latina si no decide dar el paso que la lleve a su unificación total, aunque gradual. Consideramos que es fundamental, para lograr lo anterior, comenzar por tratar de conocernos mejor. Es alarmante el desconocimiento que tenemos de nosotros mismos; el escaso contacto directo que nos da la noticia televisada o escrita, es de todos conocido. Opinamos que mientras no se supere esta situación difícilmente podrá pensarse en un adecuado proceso de integración regional.

Es importante señalar tres hechos a título de recomendaciones:

1. Que tanto desde el punto de vista económico como el cultural, sería muy conveniente procurar la integración nacional de cada país, como medio para acelerar la regional;
2. Que deberá considerarse la necesidad de estructurar los programas educacionales para adaptarlos al proceso integracionista; y
3. Que los medios de comunicación —en todos los niveles— deberán ponerse al servicio del proceso en forma paulatina y gradual.

Panamá, 23 de febrero de 1967

BIBLIOGRAFIA



Desde hace algunos años el Dr. Benjamín Boyd, prominente Oftalmólogo panameño cuya reputación profesional rebasó hace mucho los linderos patrios, viene publicando, con el título de **HIGHLIGHTS OF OPHTHALMOLOGY**, un Anuario que ofrece los últimos progresos alcanzados en la ciencia de esa especialidad. Por la seriedad científica de sus contextos, por la utilidad de sus informaciones, el Anuario que ahora arriba a su octava salida es esperado con verdadero interés en los círculos oftalmólogos del mundo.

Para la ciencia médica panameña la obra y la persona del Dr. Benjamín Boyd son motivo de justo orgullo.

PALABRAS DE S.E. R. MONSEÑOR DANIEL E. NUÑEZ, OBISPO DE DAVID, EL DIA DE LA INAUGURACION DEL HOSPITAL "SAN JOSE", EN LA CIUDAD DE TOLE.

Su Excelencia Reverendísima Mons. Antonio Pinci, Nuncio Apostólico de Su Santidad; Su Excelencia Reverendísima Mons. Tomás A. Clavel M., Arzobispo de Panamá; Sus Excelencias Reverendísimas: Mons. Marcos Gregorio McGrath, C.S.C., Obispo de Santiago de Veraguas; Mons. José María Carrizo V., Obispo de Chitré; Mons. Jesús Serrano, C.M.F., Vicario Apostólico del Darién; Mons. Martín Legarra, Prelado Nullius de Bocas, y Mons. Carlos A. Lewis, S.V.D., Obispo Auxiliar de Panamá.

Su Excelencia Dr. José Renán Esquivel, Ministro de Trabajo, Previsión Social y Salud Pública

Señor Don Manuel de J. García, Gobernador de la Provincia de Chiriquí; Dr. Arnulfo Menéndez, Jefe Regional de Salud Pública; Señor Alcalde del distrito de Tolé, Don Antonio Chacón;

Autoridades Civiles, militares y eclesiásticas;
Señoras y señores:

NUESTRA GRAN PREOCUPACION

Nuestro corazón de Pastor, se siente inundado de gozo al ver hecho feliz realidad uno de nuestros más caros anhelos: el funcionamiento de un Centro dedicado —si no exclusivamente, sí con preferencia— al sector más abandonado de nuestra jurisdicción: la Zona Indígena. Nuestra idea es hacer de este Centro, un Centro Piloto. Estamos viendo la posibilidad de abrir una Escuela Vocacional.

Una de las grandes preocupaciones, desde el día 2 de agosto de 1.964, cuando fuimos consagrados Obispo de la diócesis de David, fue la de lograr solucionar el problema del indio guaymí. Sabemos que hay en la Provincia de Chiriquí unos 20.000 indios guaymíes, localizados en los distritos de: Tolé, Remedios, San Félix y San Lorenzo. La hora de Dios no se hizo esperar. El 2 de abril de 1.967 arribaron a esta población de Tolé, procedentes de Colombia, cuatro Religiosas de la Hermana Laura, especializadas en los problemas de los indios. Fueron ellas las Hermanas: Teresa



Distinguidas personalidades se dieron cita al acto de inauguración del modesto Hospital "San José" de Tolé el día 28 de Noviembre.

Distinguimos en la presente fotografía a Mons. Legaria, Obispo de Bocas del Toro, Mons. Pinci, Nuncio Apostólico, a S.E. Dr. Luis Eduardo Ruiz, Ministro Encargado de Salud Pública, en representación del Gobierno Nacional, y al fondo Mons. McGrath, Obispo de Veraguas.

Al frente de la misión de Tolé se encuentran las Religiosas de la Hermana Laura, colombianas. En la fotografía aparecen arrodilladas: Hnas. Dioselina Meza y Liria Chavarro.

De Pie: Hnas.: Lucila Marín, Marta Carvajal, Mons. Núñez, Mons. Pinci, Nuncio Apostólico, Mons. Legarra, Hna. Teresa de Jesús Martínez, Superiora y la Hna. Olivia Greiff, Enfermera.



de Jesús Martínez, Superiora; Dioselina Meza, Liria Chavarro, y Marta Carvajal; posteriormente llegaron las Hermanas: Olivia de Greiff y Lucila Marín.

COMO CONSEGUIMOS EL SERVICIO DE LAS HERMANAS.

Quien en realidad consiguió dicha Comunidad fue Monseñor Marcos Gregorio McGrath. Venían las Hermanas para la diócesis de Santiago de Veraguas, a trabajar con los guaymíes de aquella región; pero el hecho de encontrarse el Campamento de la Morrison, localizado en territorio de Chiriquí, de la diócesis de David, fue una de las causantes de que esas Religiosas se incorporaran a nuestra diócesis. Monseñor Mc.Grath, con ese espíritu amplio, deseoso de servir a la Iglesia sin mezquindades, cedió gustoso a las Hermanas. No tenemos palabras para agradecer ese gesto tan generoso, al mismo tiempo que "celestial", de nuestro hermano en el episcopado. David, como decimos popularmente, se ganó la lotería, al poder contar con una de las Comunidades Religiosas que más gloria está dando a la Iglesia Latinoamericana en el campo de las misiones.

LA IGLESIA COMPRA EL CAMPAMENTO DE LA MORRISON KNUDSEN.

La Divina Providencia todo lo dispone admirablemente. Llegan las Hermanas y los altos Jefes de la Compañía Morrison Knudsen, a cuyo cargo corrió la construcción del último tramo de carretera Interamericana, se retiran de Tolé, después de haber concluido la obra. Ponen en venta las magníficas instalaciones, cuyo precio verdadero no baja de los 100.000.00 (cien mil) balboas, pero por tratarse de la Iglesia, y sabiendo ellos, especialmente el Ingeniero Jefe: Mr. Robbins, el destino que se le iba a dar, resolvió vendérnoslo en 50.000.00 (Cincuenta mil) balboas al contado. Adquirimos un préstamo hipotecario del Banco Nacional de Panamá, con interés anual del 8%, pagadero en cinco años, por la suma de 35.000.00 (Treinta y cinco mil) balboas. El día 31 de enero de 1.968, terminábamos los trámites de esa operación. Aquí, una vez más, vuelve a demostrarse el espíritu verdadero de Iglesia, gracias a la generosidad de los señores Obispos de Santiago de Veraguas y de Bocas del Toro, quienes renunciando a sus legítimas aspiraciones, acceden a colaborar en la creación de este Centro, desprendiéndose de varias donaciones y dedicándolas a Tolé.

DESTACADA PARTICIPACION DEL SEÑOR NUNCIO.

Destacada participación, en la atención que se le está dispensando actualmente a los guaymíes, ha tenido S.E.R. Monseñor Antonino Pinci, Nuncio Apostólico, quien siempre nos asesoró con sus sabios consejos, nos animó con su celo apostólico y



Mons. Núñez, la Hna. Teresa de Jesús Martínez, Superiora y la Hna. Dioselina Meza con un grupo de guaymíes en el corazón de nuestra sierra. Llano Ñopo, a 25 millas de Tolé.

El Rev. Padre Celestino Martínez, cura párroco de Tolé quien ha sido el alma de la Misión, entre los guaymíes.



consiguió con la Congregación Romana, que se ocupa de las Misiones en todo el mundo, la apreciable suma de 6.000.00 (Seis mil) balboas. De esa suma: 2.000.00 (Dos mil) balboas correspondían a cada una de las jurisdicciones donde hay guaymíes, pero los señores Obispos de Veraguas y Bocas, como dijéramos anteriormente, renunciaron a ellos y los dedicaron a Tolé. Una vez más: la unión hace la fuerza. Y si la Iglesia es fuerte es precisamente porque existe unión entre sus miembros. Fatal el momento en que se resquebraje esa unidad.

LA MADRE MARGARITA OCHOA, SUPERIORA GENERAL DE LAS LAURAS.

Lo esencial en esta obra, es sin duda alguna, el elemento humano. La obra principal en toda esta actividad en pro de los guaymíes, se la debemos a esa santa mujer: Madre Margarita Ochoa, Superiora General de las Hermanas Lauras, quien no dudó un momento en abrir esta misión. Bien ha comprendido la Madre Ochoa, aquella sentencia de Su Santidad Paulo VI: "La Iglesia, cuando toma conciencia de si misma, se torna misionera". Las Lauras trabajan actualmente en las zonas indígenas de: Chiriquí, Bocas del Toro, Veraguas y San Blas.

EL REVERENDO CELESTINO MARTINEZ: UN AUTENTICO MISIONERO.

Las Hermanas Lauras tuvieron la suerte de encontrar a un sacerdote que sintonizara con ellas en las ideas misionales: el Reverendo P. Celestino Martínez. Sólo Dios conoce de las fatigas pasadas por el Revdo. P. Martínez, durante sus dos años al frente de la Parroquia de Tolé. Con equipos como éste pueden hacerse grandes cosas en pro de la causa de Cristo. Al Padre Celestino le cabe la gloria de haber sido el pionero de esta fundación. Solo su dinamismo y tenacidad han podido hacer salir adelante todas estas empresas. El brazo derecho del Padre Celestino ha sido su primo don Adolfo Pérez, quien ha sabido colaborar en todo momento con la causa de la misión. Ultimamente ha venido a reforzar el equipo el Rvdo. Padre Pedro Hernández, quien esperamos logre continuar la labor de los grandes misioneros españoles, que evangelizaron con tanto éxito estas mismas latitudes.

PRESENCIA DEL ESTADO EN NUESTRA OBRA.

Sabemos perfectamente cuales son los campos específicos de acción de la Iglesia; sin embargo, deseamos, en la medida de nuestras posibilidades, ayudar a resolver problemas comunes, que no dejan de tener su aspecto religioso, como meta final, no a las inmediatas. Comprendemos que antes que hacer cristianos, debemos hacer hombres. La religión no destruye la naturaleza, sino que edifica sobre ésta. Hay que empezar por "educar", por humanizar... En una palabra: queremos colaborar con el Estado en la realización de la enorme tarea en favor de los guaymíes. La Iglesia ha brindado los edificios, el equipo del Hospital, las instalaciones todas y sobre todo el personal humano: altamente capacitado y evangélicamente comprometido a servir al prójimo. El Estado, por su parte, ha procedido a los nombramientos del personal y aportará los fondos necesarios para el suministro de medicamentos y alimentos a los que han de ser internados, como

también el mantenimiento del mobiliario y de los edificios. Sin la ayuda del Estado, sería muy poco lo que podría la Iglesia, pues no cuenta con los medios necesarios para hacer frente al funcionamiento de un Centro como éste.

ADQUISICION DEL EQUIPO DEL HOSPITAL.

Gracias a las gestiones de Mons. Mc.Grath, obtuvimos del Dr. Miguel Cabezas, Jefe del Cuerpo Médico de Fort Gulick, sector Atlántico de la Zona del Canal de Panamá, el magnífico equipo para el Hospital, donado por el World Medical Relief, de Detroit, Mich., U.S.A., es decir: por el Departamento de Salud, de las Naciones Unidas, bajo la dirección de la señorita: Irene M. Auberlin. Gracias a ellos, pues, vemos hoy estas instalaciones que tan gran servicio prestarán, y ya han prestado, a los habitantes de esta comunidad de Tolé y de sus alrededores. Lamentamos que no puedan acompañarnos en estos momentos solemnes de la inauguración esos insignes bienhechores, a quienes estamos profundamente agradecidos.

ASPECTO FINANCIERO.

Como dijera un gran Pontífice: "El dinero es un mal señor, pero un gran servidor". Lo necesitamos para cualquier empresa; muchas otras actividades no las desarrollamos precisamente porque carecemos de recursos económicos.

Brevemente vamos a presentar los ingresos y egresos realizados durante un año y seis meses, en esta fundación de la misión de Tolé:

I n g r e s o s :

Hermanas Lauras:	500.00	Abril de 1.967
United States Catholic Conference	7.000.00	Sept. 2, 1.967
Congregación Propagación de Fe:	6.000.00	Sept. 4, 1.967
Cursillistas de Cristiandad, David	500.00	Sept. 12, 1.967
Diócesis Santiago de Veraguas:	3.500.00	Sept. 19, 1.967
Academia Sta. María, Colón:	100.00	Dic. 11, 1.967
Colecta: Atalaya:	500.00	Abril 18, 1.968
Olmedo Kieswetter:	100.00	Mayo 7, 1.968
Viterbo Hidrogo P.:	100.00	" "
Pascual Della Sera R.:	100.00	" "
Carlos Morales:	100.00	" "
José Castro:	100.00	" "
Alvaro Castellón:	100.00	" "
Adveniat (Católicos alemanes)	3.599.73	Julio 9, 1.968

Chiriquí Land Co.:	1.800.00	Julio 9, 1.968
Elvia Lefevre de Wirz:	100.00	Oct. 7, 1.968
United States Catholic Conference: ..	2.500.00	Julio 9, 1.968
United States Catholic Conference ..	<u>2.500.00</u>	Nov. 18, 1.968
TOTAL INGRESOS:	29.199.73	balboas

E g r e s o s :

Compañía Rorrison Knudsen	50.000.00	Enero 31, 1968
Gastos generales: Pensión de Hermanas, hasta agosto 1.968; Reparaciones, ad- quisición de algunos utensilios, viajes y medicinas	<u>7.556.82</u>	
Total Egresos	57.556.82	
RESULTADO: Total Egresos	57.556.82	
Total Ingresos	<u>29.199.73</u>	
SALDO EN CONTRA	28.357.09	balboas. •

EL FUTURO DE ESTA OBRA EN FAVOR DE LOS GUAYMIÉS.

El futuro de esta gran obra en favor de nuestros hermanos los guaymíes dependerá del interés y entusiasmo que ponga cada uno de nosotros: el Obispo, los sacerdotes, las religiosas, las autoridades gubernamentales, los fieles todos de la diócesis. Hemos de poner en práctica los consejos de Su Santidad Paulo VI, cuando en la Encíclica "El Desarrollo de los Pueblos" nos exhorta al espíritu de solidaridad: ayudando los más favorecidos a los menos favorecidos, despertando siempre el espíritu de iniciativa y responsabilidad en los que reciben la ayuda, en tal forma que no se sientan humillados, como recibiendo simples limosnas, sino al contrario que se sientan miembros activos y responsables de su futuro.

PERENNE TESTIMONIO DE CARIDAD

Quiero terminar esta intervención con unas palabras de Su Santidad Paulo VI, pronunciadas en la Audiencia General del miércoles 6 de noviembre de 1.968, dicen así: "...Debemos dar al mundo el testimonio de la caridad propia de la Iglesia, o sea, de la presencia continua y operante de Cristo sobre la tierra, con nuestra sincera solidaridad. Solidaridad de sentimientos, compartiendo el sufrimiento y el dolor del prójimo; solidaridad de servicio, ofreciendo adhesión, trabajo y óbolo a nuevas iniciativas benéficas que hay en la actualidad; solidaridad de espíritu, confortando con gentileza afectuosa y viril a los débiles y a los necesitados".

SAN JOSE PATRONO DE ESTE CENTRO.

Ponemos esta Institución bajo la solícita protección del Patrono Universal de la Iglesia, San José, Padre nutricio de Jesús y Esposo de María, pidiéndole una bendición muy especial para todos los que en una u otra forma han colaborado, colaboran y colaborarán en la existencia de este Centro de Asistencia Social. A todos los que nos han honrado con su presencia: Muchas Gracias.

BIBLIOGRAFIA



Con este nuevo título, veintidos cuentos de factura y contenido muy personales, Moravia Ochoa López confirma su condición de prosista capaz, cuya obra se realiza bajo el plausible signo de una severa autoocrítica. Porque lo que fácilmente advierte el lector es que no se trata del tradicional ruto espontáneo de gentes naturalmente dotadas, sino de una firme voluntad de creación que ha dado ya a nuestras letras un valioso aporte. Los cuentos que ahora nos brinda **EL ESPEJO**, en su mayor parte variaciones sobre el tema del amor tratado por una rica sensibilidad femenina, le aseguran un puesto entre los más felices cultivadores del género en Panamá.

Página de Poesía y Literatura

Lola C. de Tapia

Ay! Señor! Llega la Noche Buena y en el Canal 4 de Televisión una Hermanita de la Caridad, pide regalos para los niños pobres de "Hollywood".

"La Iglesia ha iniciado su propia destrucción", S. S. el Papa Paulo VI. Esta dramática expresión pronunciada hace cinco días —publicada en la Prensa local— ha conmovido al mundo. Son palabras que salen de los labios del Jefe del Estado Católico, el gran Prelado que, después de Juan XXIII, su iniciador, ha intentado una comprensiva transformación en la secular estructura eclesiástica, además de la unidad cristiana que por larguísimo tiempo, se hizo esperar. No aludo solo a la mutación de hábitos entre los religiosos, a los cambios del ritual, al reemplazo por la cruz, de la efigie del Santo a que está dedicado un templo, en la nave principal, al igual que lo practican las sectas anglicanas, a la comunicación de los fieles con el Oficiante, durante las Misas y a que estas se desenvuelvan en el idioma nativo de cada país, sino al del acercamiento directo, al dolor y el hambre de millones de cristianos, para tratar de mitigarlos. Son dolorosas palabras, dichas por el peregrino que ha posado sus pies, de pasos rápidos y ligeros, sobre los territorios más discimiles, desde Tierra Santa, los Estados Unidos, Turquía, hasta Bogotá, una capital de nuestro continente; es que conoce de seguro, ese nuevo catecismo de Holanda, en el cual se suprime un dogma consagrado hace más de un siglo y reafirmado en Concilios recientes: el de la Inmaculada Concepción que, justamente se celebra el 8 de Diciembre y fué escogido por eso, como el "Día de la Madre" en Panamá. Expresan ellas, gran pena, una profunda desilusión. Claro, el Universo entero, esta convulsionado, sacudido por corrientes que amenazan con derribarlo todo. No es la evolución coherente, es la revolución, iniciada por los jóvenes, impacientes por echar al suelo, lo establecido por nuestra actual sociedad, de la cual se mofan, haciendo de sus propias personas, objetos de extravagantes caricaturas; y que captan con sus agudas miradas, lo que nosotros no percibimos. Pero la confusión aumenta e invade los predios de la Iglesia: ahí están los

pobrecitos de una parroquia de Florencia, rebelándose, aderezados con sus flotantes harapos, para reclamar los derechos de un Prelado que supo despertar en ellos la verdadera fe, la que no se consigue con deprimentes limosnas, sino con entera convicción. Sin embargo, si todo va bien en este año de 1968 —que inicio entre nosotros una magnífica reforma estatal— el mundo cristiano celebrará su Pascua Florida en conmemoración del nacimiento de ese gran transformador del pensamiento antiguo: Jesús. Además, no somos iconoclastas ni irreligiosos y es natural que los niños sean los poseedores del derecho a la alegría, a los villancicos, a los pesebres con infantes de pies rosados, con Reyes Magos, en los que apuntan las diferencias raciales y muy en especial, al privilegio de sentir el cariño, el halago de sus padres que les procuran en esa fecha, algo de lo que sus imaginaciones infantiles habían soñado. Ya sus travesuras ingenuas, reprimidas a veces, con dureza y falta de comprensión, les serán absueltas con la presencia de esa Criatura que, en sus cándidos ojos pensativos, vislumbra ya, los martizantes brazos de la cruz.

Se han amontonado muchos siglos de tradición en torno a la festividades del 24 de Diciembre. En algunos países, con figuras vivas, lo mismo que La noche de la Cena y la Pasión y muerte del Señor. Es ahora, sin embargo, cuando los artistas, no los que inmortalizaron esa figura en lienzos, mármoles, madera y bronce, sino los que introducen movimiento, gracia y expresión, especialmente entre nosotros, a las representaciones de las escenas bíblicas, con hombres, mujeres y niños de nuestro medio, aderezadas con indumentarias típicas panameñas y con acompañamiento de la música folklórica, que sale, como un cáldido respiro de nuestra entraña y son también, la coloreada floración de las soterradas raíces de la áspera arvilla panameña.

Hace años, leí un hermoso comentario sobre la película "El Evangelio, según Mateo" de Piero Paolo Pasolini, que no ha llegado, según creo, a exhibirse nunca en Panamá, por razones de censura. Sin embargo, el film recorrió, alegremente, Italia entera, sin que los altos Prelados, amigos del autor, protestaran, no obstante haber escrito aquél, anteriormente, un poema, en el que había una invectiva, contra el Papa Pacelli, Pio XII, con ocasión de su muerte. Es que, según creo, todo se comprende y perdona, en nombre de Jesús.

Que sigan, pues, surgiendo los pesebres, los juguetes y se lancen almendras a guisa de perdigones, que el vino se desborde en las copas, el pavo triunfe, entre salsas exóticas; pero, Oh Señor! que no palpiten de hambre, los flaccidos estómagos de los chiquillos de nuestro "Holywood"!

INVOCACION A LA MADRE, EN LA NOCHE BUENA

Madre! de la torre cercana
resuena la campana.
Bebo su leche, madre y me calmo y me lleno,
como si fuera un seno
que, por mi ansiosa boca,
se fuera deslizado, cayendo gota a gota.
La miel de la campana
es dulce cual la esencia que de tu pecho mana.
Busco tu mano breve
que hacia tí me aproxima, en la leve
presión de su amor y su fuerza,
para sentirte cerca.
Yo quisiera ¡oh madre!, ser también la campana •
y cantarte muy alto en la fresca mañana,
Llévate entre mis brazos, como tú me llevabas
y mecerte, soñando, cuando tú me arrullabas.

Lola C. de Tapia



Para celebrar el día de la Inmaculada Concepción, oficialmente el Día de la Madre, las empleadas de la Lotería Nacional colocaron en la Oficina Central de la Institución esta hermosa imagen de la Virgen.

SUCESOS Y COSAS DE ANTAÑO

CABOS SUELTOS

Por Ernesto J. Castellero R.

LOS CANDIDATOS A LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA Y LOS PARTIDOS POLITICOS QUE LOS APOYARON

Como una contribución al conocimiento de los cambios de administraciones habidos en el país en más de medio siglo de existencia republicana, a través de la sucesión de diecisiete Presidentes Constitucionales —más los respectivos Sustitutos que alcanzaron el Poder—, vamos a ofrecer a nuestros lectores los datos cronológicos de las elecciones, con indicación de los Partidos políticos que en cada período electoral tomaron parte en la escogencia de los Presidentes, y la nomenclatura de los candidatos que se disputaron el Gobierno.

Las personas cuyos nombres van en mayúscula, fueron las que resultaron victoriosas en los comicios.

1908

JOSE DOMINGO DE OBALDIA, candidato de la Coalición Republicana, compuesta de Liberales y Conservadores. Gobernó hasta marzo 1º de 1910. Murió en el Poder.

Ricardo Arias, del Partido Constitucional, igualmente formado por Liberales y Conservadores.

1912

BELISARIO PORRAS, candidato de la Concentración Liberal Porrista. Terminó el período.

Pedro A. Díaz, de la Unión Patriótica, de Liberales y Conservadores.

1916

RAMON M. VALDES, candidato del Partido Liberal (Porrista). Gobernó hasta junio 3 de 1918. Murió en el Poder.

Rodolfo Chiari, del Partido Liberal (Chiarista).

Nota: En 1917 se formó un **Partido de la Juventud**.

1920

BELISARIO PORRAS, candidato del Partido Liberal (Porrista). Terminó el período.

Ciro L. Urriola, del Partido Liberal.

Nota: En 1922 surgió un nuevo Partido: la **Liga Nacional Porrista**.

1924

RODOLFO CHIARI, candidato del Partido Liberal (Chiarista). Terminó el período.

Manuel Quintero V., del Partido Liberal.

1928

FLORENCIO H. AROSEMENA, candidato del Partido Liberal (Chiarista). Gobernó hasta el 2 de enero de 1931. Fue derrocado.

Jorge E. Boyd, de la Concentración Liberal Porrista.

1932

HARMODIO ARIAS MADRID, candidato del Partido Liberal Doctrinario. Terminó el período.

Francisco Arias Paredes, del Partido Renovador.

Nota: Este año formóse la **Concentración Nacional Revolucionaria**.

1936

JUAN DEMOSTENES AROSEMENA, candidato de los Partidos Liberal (Chiarista, Conservador y Nacional Revolucionario). Gobernó hasta el 18 de diciembre de 1939. Murió en el Poder.

Domingo Díaz Arosemena, del Partido Liberal Doctrinario.

Bclisario Porras, del Partido Liberal Unido.

Higinio Araúz, del Partido Socialista.

Nota: En 1935 O. Méndez P. organizó el Partido Liberal Progresivo.

1940

ARNULFO ARIAS, candidato del Partido Nacional Revolucionario. Gobernó hasta el 9 de octubre de 1941. Fue destituido.

Ricardo J. Alfaro, del Frente Popular, compuesto por los Partidos Liberal y Socialista.

1945

Nota: La Constitución de 1941 aprobada bajo el gobierno de Arias, y que extendió el período presidencial a seis años

en lugar de cuatro, fue suspendida por el Presidente Ricardo Adolfo de la Guardia en 1945. en cuyo año se eligió una Convención Constituyente que eligió Presidente de la República a **ENRIQUE A. JIMENÉZ**, contra **Domingo Díaz Arosemena** y **Roberto F. Chiari**.

1948

DOMINGO DIAZ AROSEMENA, candidato de los Partidos Unión Liberal y Doctrinario. Gobernó hasta el 28 de julio de 1949. Murió en el Poder.

Arnulfo Arias, del Partido Revolucionario Auténtico.

José Isaac Fábrega, del Partido Nacional Revolucionario.

Demetrio A. Porras, del Partido Socialista.

Sergio González Ruiz, del Partido Unión Popular.

J. J. Vallarino, del Partido Renovador.

Cristóbal L. Segundo, del Partido del Pueblo (Comunista).

Nota: Al principio el Jurado Nacional determinó que el señor Díaz era el candidato triunfador y entró a gobernar. El 23 de agosto de 1949 falleció éste, y el 24 de noviembre de 1949, un segundo Jurado de Elecciones declaró que el vencedor en los comicios de 1948 había sido **ARNULFO ARIAS**, quien entró a gobernar en esa fecha, hasta el 10 de mayo de 1951, en que fue destituido.

1952

JOSE ANTONIO REMON, candidato de la Coalición Patriótica Nacional, compuesta por los Partidos Liberal, Renovador, Nacional Revolucionario, Unión Popular y Revolucionario Auténtico. Gobernó hasta el 2 de enero de 1955, cuando fue asesinado.

Roberto F. Chiari, de la Alianza Civilista, formada con los Partidos Liberal Nacional, Frente Patriótico, Revolucionario Independiente y votos de los Socialistas.

Pedro Moreno Correa, del Partido Conservador.

1956

ERNESTO DE LA GUARDIA Jr., Candidato de la Coalición Patriótica Nacional. Terminó el período.

Víctor F. Goytía, del Partido Liberal Nacional.

1960

ROBERTO F. CHIARI, Candidato de los Partidos Liberal Nacional, Republicano y Liberación y Tercer Partido. Terminó el período.

Ricardo M. Arias E., del Partido Coalición Patriótica Nacional.

Víctor F. Goytía, de la Alianza Popular Oposicionista, constituida por los Partidos Resistencia Civil, Renovador, Dipal, y Progresista.

Nota: En principio los candidatos fueron siete, Así: **Chiari** (Liberal Nacional), **Arias E.** (Coalición Patriótica), **Goytía** (Resistencia Civil), **Mario Cal** (Renovador Auténtico), **Alfredo Alemán Jr.** (DIPAL), **Gilberto Arias** (Tercer Partido Nacionalista) y **Carlos Sucre** (Progresista), cuyos partidos se coalicionaron para apoyar en los comicios a los tres primeros candidatos.

1964

MARCO A. ROBLES, candidato de la Unión Nacional de Oposición, compuesta por los Partidos Liberal Nacional, Republicano, Laborista Agrario, Movimiento de Liberación Nacional y Nacionalista.

Juan de Arco Galindo, de la Alianza de Oposición, que reunió la Coalición Patriótico, Resistencia Civil Liberal, Partido Renovador, Dipal, Cívico Nacional y Tercer Partido Nacionalista.

José Antonio Molino, del Partido Demócrata Cristiano.

Norberto Navarro, de Acción Revolucionaria.

Florencio Harris, del Partido Socialista.

José de la Rosa Castillo, del Partido Reformista.

Arnulfo Arias, del Partido Panameñista.

Nota: En el debate político de este año intervinieron diecinueve Partidos nacionales reconocidos por el Tribunal Electoral, pero por no haber alcanzado el cuociente legal de 5.000 votantes, el mismo Tribunal declaró eliminados en septiembre de 1964 a los siguientes: Acción Radical, Cívico Nacional, Dipal, Nacionalista, Reformista Nacional, Renovador, Resistencia Civil, Socialista, Istmeño Revolucionario y Coalición Patriótica Nacional. Este Partido, que logró efectivamente 28.872 sufragios, fue rehabilitado por la Corte Suprema de Justicia el 18 de abril de 1967.

1968

ARNULFO ARIAS, candidato de la Unión Nacional, constituida por los Partidos Panameñista, Republicano, Acción Democrática, Tercer Partido Nacionalista y Coalición Patriótica Nacional.

David Samudio, de la Alianza del Pueblo, formada por los Partidos Liberal Nacional, Progresista, Movimiento de Liberación Nacional y Laborista Agrario.

Antonio González Revilla, del Demócrata Cristiano.

XIX

ACLA, UN NOMBRE POLEMICO. SUS DISTINTOS FUNDADORES

En un sitio de la costa istmeña frente a la Isla de Pinos, que tenía un puerto natural con buen fondo, agrupó Vasco Núñez de Balboa en 1513 una población indígena con algunos españoles y los nombró Alcalde y Regidores —dice el cronista Oviedo—, poniéndole el nombre de **Villa de ACLA**. Lope de Olano, que era primo de San Ignacio de Loyola, fue designado primer Alcalde.

En su visita a ACLA del Gobernador Pedrarias, hizo como que fundaba él la ciudad —en 1513 según Rubén D. Carles, o en 1516 según Gasteazoro—, y ordenó al Capitán Gabriel de Roxas que erigiera para su defensa una fuerte, el cual a poco quedó abandonado por temor a los indios. •

La población subsistió hasta 1519, después de ser teatro de uno de los mayores crímenes de la época: la decapitación del Adelantado Balboa, descubridor del Océano Pacífico, y sus compañeros.

Después de este suceso —afirma Oviedo—, los habitantes de ACLA la abandonaron totalmente en 1523 y se trasladaron a Panamá.

De lo dicho se desprende que ACLA no tuvo un decenio de existencia, y que el descubrimiento que según el diario "LA HORA" (Sep. de 1954), hizo el Dr. José M. Cruixent, miembro de la expedición del ex-Rey Leopoldo de Bélgica, de "**Calles empedradas, plazas y patios embaldosados y de un muro de 200 a 400 metros de largo y uno de alto**", no pertenece a tan fugaz ciudad, sino, tal vez, a otra posterior, posiblemente erigida en el mismo sitio o en sus cercanías.

Los historiadores atribuyen indistintamente la fundación de ACLA a Balboa, a Roxas y a Pedrarias.

* * *

La etimología del nombre de ACLA, al igual que el nombre de PANAMA, ha sido objeto de muchas interpretaciones.

Según Nele Cantule, Sábula de la Isla de Ustupo, tenido por los indios Cunas como el mayor sabio de su raza, "**los españoles con Balboa desembarcaron en la Bahía de Caledonia en un río**

llamado por los indios ATLA, nombre que corresponde a un árbol de flores amarillentas que crece en sus orillas. Los españoles, oyendo el nombre del río, creyeron que los naturales decían ACLA, y ese nombre se lo dieron al pueblo fundado por ellos cerca”.

El etnólogo sueco Henry Wassén, a su vez atribuye “el nombre a otro árbol que los indios llaman “AKLISAPPYA TILLAKO-RÖKWAL”, y de allí se deriva AKLA o Acla”.

Nils M. Holmer afirma que “ACL A significa mesa, anaquel, piso alto o tablado en alto (para guardar granos o frutos)”.

Rubén Pérez dice que, “aunque ACL A en Cuna no tiene significación, ACL A es barbacoa o piso alto de una casa. ACL A puede derivarse de ANCALA, que en lengua Cuna quiere decir “mi hueso”.

El Ságuila Estanislao López, a su turno, explica que “ACL A es un árbol chiquito abundante en San Blas, e igualmente el piso alto de una casa; pero que ANI CALA en lengua Cuna quiere decir mis huesos”.

El cronista, Adelantado Pascual de Andagoya, en su *Relación* dice que “en las provincias de Careta y ACL A había antes de la llegada de los españoles dos señores hermanos que se hicieron la guerra, y en el sitio donde más tarde el Gobernador Pedrarias mandó a fundar la población de ACL A, tuvo lugar una gran batalla, quedando allí una gran cantidad de huesos, “porque ACL A, en lengua de aquella tierra quería decir huesos de hombres o canillas de hombres por ser tanta la cantidad de huesos que allí quedaron”.

En nuestra opinión, esta última debió ser la etimología de la tristemente histórica y trágica ciudad que luego desapareció para dar vida con sus habitantes a Panamá, fundada en 1519. Téngase presente que toda posterior significación del nombre dado por los sabios Cunas, no tiene fundamento, ya que el nombre de ACL A no es Cuna. Los indios de esta raza, como lo dijimos en otra ocasión, no ocuparon esa región sino en el siglo XVII, y ACL A se fundó en los comienzos del siglo XVI, desapareciendo a mediados de la misma centuria.

* * *

Aunque el Gobernador Pedrarias al fundar a Panamá en 1519 ordenó a los habitantes de ACL A trasladarse a la nueva ciudad, algunos pocos se resistieron a abandonarla, pero su vida se hizo tan precaria allí, que para 1552, cuenta el Gobernador Sancho de Clavijo, quedaban sólo tres o cuatro españoles, quienes demandaron ser trasladados por temor a los indios y a los negros alzados. ACKA como ciudad desapareció totalmente.

FIN TRAGICO DE LOS ENEMIGOS DE BALBOA

¿Cuál fue el fin de Garabito y sus colaboradores en la infame traición contra Balboa y que condujo a éste a su despiadada muerte en el patíbulo de Acla? Oviedo en el tomo VII del Libro Décimo de su "**Historia General y Natural de las Indias**" se encarga de decirnoslo, aunque someramente, y de sus informaciones extractamos nosotros los datos concernientes a ese espantoso drama que tuvo por escenario nuestra patria, la misma que fue el teatro venturoso del inmortal descubridor del vasto Océano Pacífico.

El ruin **Andrés Garabito**, amigo muy estrecho de Balboa, cuya mancocha Anayansi quiso seducir y ésta le despreció, por celos y en venganza se constituyó en delator de su compañero, escribiendo una carta a Pedrarias en que le decía que Balboa no pensaba contraer matrimonio con su hija, a pesar del compromiso adquirido con él, porque estaba cada día más encariñado con la hija del Cacique Careta. Esto soliviantó más el ánimo del Gobernador, lo cual agregado a las otras denuncias de Garabito de que Balboa planeaba emanciparse de su tutela, tomó pie en ello Pedrarias para llevar hasta el final su preconcebido propósito de ultimar al único hombre que le podía hacer sombra en su ambición de poderío y gloria. Garabito llevó sobre su conciencia el peso de su felonía, y alejándose del Istmo se dirigió a Nicaragua, donde cierto día en que se preparaba para tomar parte en una justa caballeresca, con propósito de galantear a unas damas que presenciaban el torneo, les dijo: "Señoras, tornaos moras"... y cayó muerto inesperadamente. Las gentes atribuyeron este insólito suceso a un palpable castigo del Cielo por su traición.

Francisco Pizarro, también de la íntima amistad del Adelantado, a quien se prestó a tomarlo prisionero para que sufriera el castigo infame que le fue aplicado, se aprovechó de los barcos que Balboa había construido en el Archipiélago de Las Perlas para descubrir el Perú. Señor del vasto Imperio Incaico, colmado de riquezas, honrado con un título de Marqués y con tanto poder reunido en su persona como pocos soberanos de la tierra, el prepotente conquistador Pizarro fue asesinado en 1541 por un minúsculo grupo de conspiradores dirigidos por su ahijado Diego de Almagro El Mozo, nacido de una india panameña. Pizarro murió sin confesión, desgollado en su Palacio de Lima.

El **Lic. Gaspar de Espinosa**, quien instauró el proceso, llegó a figurar entre los grandes conquistadores del nuevo mundo. Fue luego Alcalde de Madrid y Presidente interino de la Audiencia de Santo Domingo. Se distinguió, sin duda, por su excesiva cruel-

dad con los indios de Panamá y por ello el Padre Las Casas le llamó "El espíritu de Pedrarias y el furor de Dios". Pasó por la pena de que los indios de Tierra Firme le asesinaran a su hijo primogénito y él mismo murió en el Perú antes de lo que quisiera, cuando trataba de arreglar la contienda de los Almagro contra los Pizarro, sin disfrutar en paz su cuantiosa fortuna, su grandeza y poderío.

Diego Márquez, que cooperó en el proceso, se hizo después rico, mas su mala suerte no le dejó gozar su riqueza, pues expiró abrasado por la fiebre en Nombre de Dios, representándose en el delirio de la calentura la imagen del Adelantado.

Gaspar de Morales, pariente del Gobernador Pedrarias, testigo, falleció en España, faltándole tiempo para aprovechar la enorme fortuna en perlas que reunió en el Istmo.

Francisco de Peñalosa, de la familia de doña Isabel, esposa del Gobernador, también testigo, sucumbió apuñaleado por la espalda en Cuba, cuando se dirigía a España.

El Bachillero Diego del Corral, quien ayudó a instruir el proceso, que era casado con la dama española doña Juana de Gijón, la abandonó por el amor de una india vulgar y fea hasta la repulsión, de quien tuvo en Panamá unos hijos. Siendo rico acá, se extinguió su vida en Sevilla, en la mayor miseria.

Alonso de la Puente, que cooperó igualmente en el juicio, al llegar a España fue derribado por un caballo y se rompió ambas piernas, quedando lisiado de por vida.

Francisco Benítez, Escribano al servicio del Gobernador, pereció estando acostado en una hamaca en Panamá, fulminado por un rayo sin que hubiese tempestad.

Simón Bernal, falso testigo y delator infame, fue penado por intento de asesinato en la persona del cronista Oviedo, a sufrir que le cortaran la mano derecha y el pie izquierdo.

Hasta la casa donde estuvo preso Balboa, en Acla, perteneciente a Luis Castañeda, resultó, al parecer, víctima del sino fatal que persiguió a los que contribuyeron a la enorme injusticia urdida y llevada a cabo por Pedrarias Dávila, pues un incendio la convirtió en cenizas, sin que ningún otro inmueble sufriera igual siniestro en la población.

Sólo el cruel **Pedrarias Dávila** pareció inmune a la misteriosa maldición que persiguió a los victimarios del descubridor del Océano Pacífico. Bañado en la sangre de sus numerosas víctimas que ajusticiaba sin piedad, vivió en Nicaragua hasta la edad de

90 años temido, odiado y maldecido de todos. Pero el infortunio que respetó su vida, descargó la tragedia sobre sus nietos, los hijos de aquella Doña María de Peñalosa que el Gobernador prometiera por esposa a Vasco Núñez de Balboa antes de hacerlo decapitar en Acla.

Asesinos del Obispo de Nicaragua, Don Antonio de Valdivieso, ambiciosos de fortuna y de poder, vinieron los hermanos Contreras a Panamá, donde perecieron miserable y trágicamente, cubiertos de baldón por sus crímenes y de reprobación por sus profanaciones y maldades sin nombre.

En cuanto a **Doña María de Peñalosa**, como dijimos, estuvo llamada a ser la esposa del Adelantado Núñez de Balboa, y sólo por el ajusticiamiento de éste no llevó a cumplimiento la promesa solemne de consorcio contraído por su padre, el Gobernador Pedrarias, en el Darién ante el Obispo Quevedo, casándose tiempo después en España con Don Rodrigo de Contreras, que sucedió a su suegro Pedrarias en la Gobernación de Nicaragua.

Doña María fue víctima inocente del drama sangriento que representaron en Panamá sus hijos Hernando, de 24 años, y Pedro, de veinte, traidores al Rey, asesinos del Prelado de Nicaragua, y muertos, al final, con el estigma de la deshonra y el fracaso de sus ambiciones proditorias.

La ilustre dama resultó ser una de las mujeres más desventuradas de la época, a quien los Hados nefastos trataron sin piedad. En medio del profundo dolor de madre desamparada se vio acucida ella misma en Granada por un proceso que se inició en Nombre de Dios, de resultas del cual se le arrebataron cuantiosos bienes que poseía en Panamá y el Perú.

Tal fue la repercusión trágica que en la historia tuvo la muerte infamante del joven aventurero jerezano, el inmortal Adelantado Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Océano Pacífico en nuestras costas panameñas.

A Otra Cosa

*Basta ya de agonía. No me importa
la soledad, la angustia ni la nada.
Estoy harto de escombros y de sombras.
Quiero salir al sol. Verle la cara*

*al mundo. Y a la vida que me toca,
quiero salir, al son de una campana
que eche a volar olivos y palomas.
Y ponerme, después, a ver qué pasa*

- *con tanto amor. Abrir una alborada
de paz, en paz con todos los mortales.
Y penetre el amor en las entrañas
del mundo. Y hágase la luz a mares.*

□□□□

*Llamen siempre a las cosas por sus nombres.
Déjense de sollozos y peleen
para que los señores sean hombres.
Tuérzanle el llanto a la melancolía.*

*Avívense la vida. Dense prisa.
Esta es la realidad. Y esta es la hora
de acabar de llorar muestios collados,
campos de soledad. ¡A otra cosa!*

*Basta ya de gemidos. No me importa
la soledad de nadie. Tengo ganas
de ir por el sol. Y al aire de este mundo
abrir, de paz en paz, una esperanza.*

Alejandro Romualdo

ILUSION Y REALIDAD EN TRES NOVELAS DE CARMEN LAFORET

Por Gloria Guardia de Alfaro

Ilusión y realidad: un fenómeno intra-histórico de la literatura española.

Tanto *Nada*, como *La isla y los demonios* y *La insolación* son obras que están irrevocablemente comprometidas a su autora y por ende a los valores eternos de la Península, así como al momento histórico donde la novelista se desenvuelve. Ahora bien, como ya hemos dicho, cuando Carmen Laforet se inicia en la novela, bajo el cóncavo cielo ibérico había caído una generación de hombres y esa caída había suscitado una crisis de nacionalidad. La sensibilidad prebélica que había provocado el derrumbe se hallaba todavía en estado de crisis en 1944, a pesar de los años que habían transcurrido desde aquel 18 de julio de 1936. Y de aquellos años había quedado —más vivo aún y más doliente— el cisma entre las dos concepciones eternamente polares e irreductibles del mundo español: ilusión y realidad.

Porque la crisis visible —la que vemos reaparecer desde los días de la Reconquista, pasando por el derrumbe de la Casa de Austria en 1700, y del Imperio en 1898— la vemos reflejada directamente en las obras de Carmen Laforet: es una crisis de los valores eternos de España; es una pugna entre los conceptos de ilusión y realidad por dominar el panorama animico de la Península. Y esta crisis llegó a su climax —como sucedió en los siglos anteriores— con un hecho histórico determinado; en este caso, el levantamiento de cuatro generales españoles contra aquella imberbe República, traicionada por fascistas y bolcheviques. Y ésta fue, en verdad, una crisis contra la intra-historia de España: contra el individualismo y contra la ilusión de una pléyade de hombres que intentaron —a su debida hora— rescatar el sepulcro de Don Quijote, la esencia de su patria, y apoyarla sobre valores eternos y propios, así como sobre revolucionarios cambios que reclamaba la época. Pero, la historia de aquellos años treinta en la Península —tras el primer momento de euforia y de triunfo de la República— fue una cadena de desilusiones, de derrumbe de quimeras, de desmoronamiento ideológico. Esa República —fruto de las aspiraciones y angustias personales del individuo ibérico y anhelada por aquellos prohombres de la intelectualidad española, Madariaga, Pérez de Ayala, Azaña, Marañón, J. R. Jiménez, Ortega, Machado... falló para caer fatalmente lacerada tanto por el fascismo como por el bolchevismo, dos ideologías ajenas y extranje-

ras a la verdadera problemática e historia del ente español. Y esos intelectuales de entreguerras que sinceramente ansiaron retornar hacia la esencia de su tierra y robustecer su patria tras el derrumbe del 98 y desde una juventud formada por Francisco Giner de los Ríos en las aulas humanistas de la Institución Libre de Enseñanza (1) y luego en universidades francesas, inglesas, suizas, belgas y alemanas, fueron reemplazados por una nueva cosecha de hombres que súbitamente habían abierto los ojos bajo la tutela amarga de la desilusión. Es cuando —como nos dice el crítico alemán, Arnold Hauser:

En conjunto la intelectualidad se coloca de parte de las formas autoritarias de gobierno, pide orden, disciplina, dictadura, y se llena de entusiasmo por una nueva Iglesia, una nueva escolástica y un nuevo bizantinismo. La atracción del fascismo sobre el enervado estrato literario, confundido con el vitalismo de Nietzsche y Bergson, consiste en su ilusión de valores absolutos, sólidos, incuestionables, y en la esperanza de librarse de la responsabilidad que va unida a todo racionalismo e individualidad. Y del comunismo la intelectualidad se promete a sí misma el contacto directo con las amplias masas del pueblo y la redención de su propio aislamiento en la sociedad. (2)

En suma, en un momento dado —el momento que inmediatamente precede y prosigue al brote bélico —las mayorías desecharon los valores intra-históricos de la Península por los que abogaron— a sus respectivas horas— Cervantes, Calderón, Unamuno y la generación de hombres antes mencionados, y fueron en busca de un realismo sin escrúpulos, que se escribiera en letras mayúsculas y que poco o nada tuviera que ver con los sueños y la angustia particular del individuo.

Pero, este súbito brote reaccionario contra la ilusión, el individualismo, y los valores eternos de España, si, aparentemente, pareció triunfante tras la hora de la guerra (en lo referente al fascismo) en verdad, había quedado agujereado, sufriendo —si no en lo aparential— en lo interno, trascendentales mutaciones. Así, ni una ni las otras extranjeras manifestaciones ideológicas subsistieron en su totalidad tras la paz firmada a raíz de la caída de Madrid aquella primavera de 1939. La guerra había suscitado una crisis de nacionalidad: había enfrentado trágicamente las ideologías externas con la interna e impercedera; y aunque una de las fuerzas externas pareció triunfadora, en el sótano del hombre ibé-

(1) Salvador de Madariaga, *España*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1944) pp. 116-124.

(2) Arnold Hauser, *Historia social de la literatura y el arte* (Madrid: Ediciones Guadarrama, 1962), II, p. 396.

rico (de los Camilo José Cela y Carmen Laforet) —siempre fenómenos históricos y nutridos de raíces intra-históricas— había quedado escondida la contraparte —la individualista y soñadora, a la manera de don Quijote y Segismundo— que suscitaba la agonía y la crisis.

No es —como ya dijimos— que queramos analizar la literatura de posguerra únicamente en función del conflicto bélico que se suscitó durante esos años. Pero —y aquí insistiendo quizá demasiado en la reiteración —no podemos analizar la obra de un escritor como Carmen Laforet, que se ha formado intelectual y anímicamente durante esos años de crisis, aislada de las circunstancias inmediatas y de las que precedieron; es decir **ex nihilo**.

De ahí que Carmen Laforet —aunque quizá ella misma no lo diga abiertamente, o aunque tal vez diga que nosotros nos estamos extralimitando en nuestra interpretación de su obra— no pueda menos que sentir en ella y llevar consigo lo acaecido en suelo ibérico. De ahí que cuando escriba no pueda sino situar a sus personajes dentro de esa España de posguerra, para ella visible, y acentuar ese conflicto —eternamente hispano y resuscitado en esa hora crítica— entre ilusión y realidad, a través de la presentación de situaciones de carácter provisional, pero que revelan el cisma interno de todo un pueblo, que es lo que en el fondo importa desenñar... Y si no, a qué esas palabras anteriormente citadas:

Andrea —la protagonista de esta novela— busca entre otros seres en una atmósfera de vida desquiciada por las circunstancias algo a lo que su educación le ha dado derecho de esperar: una verdad en las condiciones, una limpieza en la vida, un ideal que le resuelva el sentido de la existencia. (?)

Y si no, a qué también el brote de esa sensibilidad novelística que rechaza a la novela pura, objetiva, abstracta y aristocratizante, y que ya hemos definido con las palabras de Julián Benda como “una afirmación de la sensibilidad del autor, una cuestión subjetiva, una obra poética” (?)

Ahora bien, este conflicto entre ilusión y realidad que nalizaremos en las obras de Carmen Laforet es un conflicto —como ya hemos sugerido— que va más allá de las fronteras de un tiempo y de unas circunstancias inmediatas. Es un conflicto que yace en la esencia y tradición misma de la Península y que ha salido a floración en los momentos cuando la nacionalidad del pueblo ibérico se ha visto amenazada. He ahí, pues, lo que inmortaliza la obra novelística de Carmen Laforet: el haber recogido y expresado la esencia misma de su patria; un conflicto ideológico eterno, dentro de una visión de circunstancias inmediatas.

Porque en ningún pueblo de Europa se hace sentir más que en España ese hondo e irreconciliable cisma entre ilusión y rea-

lidad. Desde los días de la Reconquista, es la ilusión del mundo caballeresco —aquellas máximas de fe y honor, prestigio de la clase señorial y de la incipiente nacionalidad— lo que mantiene la antorcha iluminada a pesar de las crueles derrotas y de la indiferencia hacia la presencia extranjera que parece abrazar a la mayoría del pueblo ibérico durante varios siglos, hasta que en el panorama histórico hacen su aparición Fernando e Isabel y se unen en la lucha Castilla y Aragón para llevar a cabo la última victoria —la expulsión de los moros de Granada— y la unificación de la Península. Y es también la ilusión en el renacimiento de esa casta de guerreros, forjados en una tradición idealista, lo que arrastra al español de Carlos y Felipe II a las guerras de la conquista de Italia, las victorias sobre Francia, las extensas colonizaciones y el aprovechamiento de los tesoros de América. (3) Pero la realidad, la burda realidad que la razón nos demuestra bajo la faz de una decadencia moral y material, surge, dominadora, ya desde los últimos años del reinado de Felipe II y se acentúa cada vez más durante el de los incapaces Felipe III, Felipe IV, y Carlos II, “el hechizado” y último soberano de la casa de Austria. Por eso la desilusión es más grande al descubrirse que el predominio de los ideales caballerescos y de una España invicta es una ficción. (4) Es entonces cuando el orgulloso e invencible hidalgo español cae de sus altas torres de idealismo para tornarse en el dolorosamente hambriento personaje de aquel episodio de **El Lazarillo de Tormes** (1554), o si no en el pícaro y vagabundo del **Guzmán de Alfarache** de Mateo Alemán (1599-1604), y de **El Buscón** de Francisco de Quevedo. Y estos desamparados de la sociedad son tan solo un anticipo anímico desde donde brotará el personaje máximo de la literatura hispana: Don Quijote de la Mancha.

Así, Miguel de Cervantes Saavedra, el que fuera caballero andante y héroe de Lepanto, recoge su mirada de la realidad hecha de derrotas y de miseria que lo envuelve, y se torna hacia su yo íntimo para darnos una novela que bien podríamos definir como “una afirmación de la sensibilidad del autor, una cuestión subjetiva, una afirmación poética”. Y es así, bajo tales adversas circunstancias que se encarna por primera vez y para siempre esa magnífica figura del hombre ibérico: se ha plasmado la verdadera nacionalidad en la persona del hidalgo Don Quijote de la Mancha. Estamos ante el héroe hispano de todas las épocas, que intenta mantenerse dentro de un idealismo irracional durante un tiempo histórico esencialmente antirromántico:

...Don Quijote —nos dice Arnold Hauser— achaca a encantamiento de la realidad la inconciliabilidad del mundo y de sus ideales y no puede comprender la discre-

(3) *Ibid.*, I, pp. 397-98.

(4) Hauser, *Loc. cit.*

pancia de los órdenes subjetivo y objetivo de las cosas... y por ello le parece que su mundo de sueños es lo único real, y, por el contrario, la realidad, un mundo encantado lleno de demonios. Cervantes conoce la absoluta falta de tensión y polaridad de esta actitud y, por ello, la imposibilidad de mejorarla. Ve que el idealismo de ella es tan inatacable desde la realidad, como la realidad exterior ha de mantenerse intocada por este idealismo, y que, dada la falta de relación entre el héroe y su mundo, toda su acción está condenada a pasar por alto la realidad. (5)

Y luego:

... (Don Quijote) es una acusación contra la realidad dura y desencantada, en la que un idealista no le quedaba más que atrincherarse detrás de su idea fija. (6)

El precedente ha quedado establecido para la historia venidera. Y de la aparición de Don Quijote en adelante, surgirá siempre invicto el espíritu idealista del hidalgo en su reconquista por la intra-historia de España. Así, se da ese fenómeno curioso —que ya mencionábamos en la introducción a este ensayo— que la literatura es apta a florecer en la Península bajo las circunstancias políticas más críticas:

Después de la vigorosa acción —nos dice aquel Unamuno de **En torno al casticismo**— vino el vigor del pensamiento, el rebotar los actos del exterior al espíritu que los había engendrado; el reflejo en el alma castellana de su propia obra, su edad de oro literaria. En aquella literatura se va a buscar el modelo de **casticismo**; es la literatura castellana eminentemente castiza, a la vez que es nuestra literatura clásica. En ella siguen viviendo ideas hoy moribundas, mientras en el fondo intra-histórico del pueblo español viven las fuerzas que encarnaron en aquellas ideas y que pueden encarnar en otras. (7)

Y luego:

Nuestra literatura clásica castiza brotó cuando se había iniciado la decadencia de la casa de Austria, al recogerse la idea castellana, fatigada de luchar y derrotada en parte, al recogerse en sí y conocerse, como nos conocemos todos, por lo que había hecho, en el espejo de sus obras: al volver así del choque con la realidad externa que había rechazado después de recibir señal y afecto de ella. Y, así,

(5) Hauser, *Loc. cit.*

(6) *Ibid.*, p. 399.

(7) Miguel de Unamuno, *Ensayos* (Madrid: Aguilar, 1958). I, p. 57.

la vemos que después de haber intentado en vano ahogar "la barbarie septentrional" y el renacer de otros espíritus, torna así con la austera gravedad de la madurez, se percata de que la vida es sueño, piensa reportarse, por sí despierta un día y se dice:

Soñemos, alma, soñemos
otra vez; pero ha de ser
con atención y consejo
de que hemos de despertar
desde gusto al mejor tiempo. (8)

Y es interesante subrayar el hecho de que en aquel otro momento de derrota geográfica del Imperio, en 1898, el autor de **Del sentimiento trágico de la vida**, que tan bien conoció la grandeza como la debilidad de su patria, alza su grito de agonista para levantar la bandera del hidalgo manchego y lanzarse a la cruzada de ir a rescatar su sepulcro:

...Creo — nos dice Unamuno en **La vida de Don Quijote y Sancho** — que se puede intentar la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro de Don Quijote del poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que lo tienen ocupado. Creo que se puede intentar la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro del **Caballero de la Locura** del poder de los **hidalgos de la Razón**

Y allí donde está el sepulcro, allí está la cuna, allí está el niño. Y allí volverá a surgir la estrella refulgente y sonora, camino del cielo. (9)

Es la misma cruzada por la que abogaron Cela (en **La familia de Pascual Duarte**) y Laforet, cuando en un momento crítico para la nacionalidad de España, hicieron de la novela —el género literario más complejo, como proteico y vital— una expresión subjetiva, un medio para devolver a su patria su esencia... su individualismo... sus valores y sus conflictos eternos.

Nada, La isla y los demonios y La insolación: tres novelas de la posguerra de España concebidas dentro de una tradición literaria intra-histórica.

El éxito de Carmen Laforet como novelista se ha debido, pues —entre otras razones— a su capacidad de situarse dentro de su tiempo y de sus circunstancias, sin despreñar lo que de eterno —lo que de Quijote y Segismundo— lleva en su savia el hombre ibérico. Interesante y hábil conjugación ésta, que a la vez que eterniza lo que de real e inmediato ofrece el tiempo histórico, ac-

(8) *Ibid.*, p. 58.

(9) *Ibid.*, II, pp. 73-74.

tualiza las hondas raíces espirituales —la capacidad de soñar y soñarse— que han caracterizado al español de todos los tiempos.

En las novelas que venimos analizando, **Nada, La isla y los demonios y La insolación**, la realidad —esa realidad que se dedica a presentarnos panoramas externos y situaciones conocidas por una mayoría y que llamamos realidad circunstancial casi en un intento desesperado por asirnos a una situación visual y parcialmente compartida— es el telón de fondo donde Laforet ubica a sus personajes, para luego preñarlos a todos de dudas, angustias, sueños, desencantos, y desarrollarlos dentro del campo de la ilusión. Porque Carmen Laforet no pertenece a esa línea de escritores a la que adscriben Sánchez Ferlosio, Fernández Santos e Ignacio Aldecoa que han hecho de la realidad cotidiana y de la masa colectiva la protagonista de sus obras. No; la mujer-autora podríamos decir que, siguiendo las palabras del célebre Ministro de Cultura del gobierno de Charles de Gaulle, André Malraux, concibe la creación novelística como un rival, no un faccímil de la realidad:

Hay que libertarse de la idea de que el arte es una especie de ornamento de la realidad —le decía Malraux a Guillermo de Torre a raíz de una entrevista para la revista española “Insula”—; por lo contrario, es su rival. Ni el arte ni la cultura son adornos de la ociosidad; son conquistas desesperadas del hombre para erigir frente al mundo externo, un mundo que sólo pertenezca al hombre. (10)

Y es precisamente “ese mundo que sólo pertenece al hombre” —o sea, el mundo interior que se ha forjado no solamente de circunstancias externas sino también de la sensibilidad y originalidad del ente humano— lo que Carmen Laforet ha intentado comunicarnos a través de la concepción de determinadas formas de vida humana, de unos seres de peculiar arquitectura, de un estilo específico, así como a través de la sugestión de una atmósfera determinada y de su especial tratamiento y escogimiento de la realidad misma. (11)

De tal forma, que los personajes de Laforet, a pesar de desenvolverse en un ambiente conocido por muchos, de hablar el lenguaje de las mayorías, y de enfrentarse a situaciones nada o muy poco trascendentales, llevan consigo esa luz inconfundible de la individualidad, que a su vez, es fruto de un mundo interior bien desarrollado, así como de un profundo sentido filosófico de la vida. No importa, por ejemplo, que Andrea, Marta y Martín, los protagonistas de las novelas antes mencionadas, sean unos ado-

(10) Juan Luis Alborg, *Hora actual de la novela española* (Madrid: Taurus Ediciones, S. A., 1958), I, pp. 59-60.

(11) *Ibid.*, p. 64.

lescentes, en el sentido estricto de la palabra. La edad fisiológica no es factor determinante. Porque dentro de esa evidente juventud —bien nos lo prueba Laforet— ya el ser humano es único, novísimo e inédito anímicamente. Y mucho de su singularidad dentro de la raza humana se debe a su posibilidad de soñarse y por ende, de auto-crearse una esencia propia.

Es evidente, pues, que lo que le importa a Carmen Laforet no es tanto captar a manera de fotógrafo esa "realidad" que yace a su alrededor —como lo harán los escritores de la década del cincuenta, Luis Romero, el Camilo José Cela de **La colmena**, Sánchez Ferlosio, Juan García Hortelano, autor de **Tormenta de verano**, primer premio internacional Formentor (1961), y otros— sino presentar el mundo íntimo de un protagonista: la agonía que brota en ese ser del choque de su mundo de sueños e ilusiones con el quehacer de ser un tiempo históricamente desquiciado y talado de cualquier brote de romanticismo. De ahí que la guerra civil, madre de tanta miseria física y espiritual, no aparezca en **Nada** y **La isla y los demonios** en su para, sino en su por qué; de ahí que la guerra en estas novelas aparezca como el motivo que desata un violento río de pasiones que es en el fondo lo que perdura por encima de todo suceder histórico y lo que conduce a los personajes a proyectar ese otro mundo que se ha incubado en sus entrañas; de ahí que la devastada escenografía de **Nada**, hecha toda de una Ciudad Condal hambrienta, haraposa y sangrienta, no nos interese tanto como saber que en ésta se refleja la persona y las condiciones anímicas del novelista y de sus agnistas.

Ahora, si bien Carmen está interesada en la concepción de un protagonista, como ya hemos visto, ese ser realza en la obra no tanto debido a las circunstancias fatales de las que cae momentáneamente preso, sino debido a su capacidad de elevarse por encima de su presente inmediato hacia un mundo preñado de amor y de esperanza.

Cuando Andrea, una muchacha tímida y exageradamente sensible llega a Barcelona de las Islas Canarias para cursar estudios en la Universidad, ese júbilo existencial de ir descubriendo el mundo y descubriéndose que la caracteriza la hace teñir y transformar a su antojo la realidad inmediata que la rodea:

El olor especial, el gran rumor de la gente, las luces siempre tristes —nos dice en las páginas iniciales— tenían para mí un gran encanto, ya que envolvía todas mis impresiones en la maravilla de haber llegado por fin a una ciudad grande, adorada en mis sueños por desconocida. (12)

(12) Carmen Laforet, **Nada** (séptima ed.) (Barcelona: Ediciones Destino, S. L., 1949), p. 11.

...estaba en Barcelona. Había amontonado demasiados sueños sobre este hecho concreto para no parecerme un milagro aquel primer rumor de la ciudad diciéndome tan claro que era una realidad verdadera como mi cuerpo, como el roce áspero de la manta sobre mi mejilla. Me parecía haber soñado cosas malas, pero ahora descansaba en esta alegría. (13)

De estas páginas iniciales en adelante, presenciaremos el proceso progresivamente ascensorial de la construcción —destrucción— y reconstrucción de la ilusión gracias a la alegría innata de Andrea de ser en el mundo; hecho que desnuda cualquier incidente de lo que pudiera ser amargo y destructor y retiene tan sólo lo que ella desea. Así, como el Caballero de la Mancha, Andrea, concibe su propia realidad, si no evadiendo y achacando a encantamiento aquello que no desea aceptar, reconstruyendo a su antojo aquello que desea retener: "Ahora descansaba en esta alegría" —nos dice, y en estas palabras nos revela claramente un proceso mental y psíquico que son productos de una personalidad optimista y positiva.

Los encuentros o choques entre la realidad inmediata que la rodea y su mundo a-priori, nutrido de ilusiones van sucediéndose a medida que el personaje central se va forjando ante nosotros. Y de esta forma seguimos a Andrea, paso a paso, desde su primer despertar en aquel Barcelona sucio y vulgar, inconciliable con ese mundo de sus ideales, que ella presencia desde la casucha de sus parientes situada en la Calle de Aribau, hasta su partida hacia Madrid, una mañana de otoño, cuando los frutos de los árboles mueren para dar paso a una nueva vida. Y observamos cómo Andrea nunca se detiene ante la perspectiva mediocremente desalentadora donde se halla enclavada, sino que con la rapidez mental que caracteriza a una descendiente de Don Quijote, no mora sobre la discrepancia de ese ambiente con el de sus sueños, sino que se traslada a los años felices de esa casa catalana de sus tíos y abuela, o hacia un mundo de idealismo concebido a su antojo, o hacia un pasado interesante, cuando la abuela —la "infeliz viejecilla con sonrisa de bondad"— era joven y todo era jubiloso para ella:

En aquel tiempo el mundo era optimista —nos dice— realizando lo que de positivo existió una vez en ese ambiente de ahora azotado por la guerra — y ellos se querían mucho. Estrenaron este piso de la Calle de Aribau, que entonces empezaba a formarse. Había muchos solares aún, y quizá el olor a tierra trajera a mi abuela remi-

(13) Ibid., p. 21.

niscencias de algún jardín de otros sitios. Me la imaginé con ese mismo traje azul, con el mismo gracioso sombrero, entrando por primera vez en el piso vacío, que olía aún a pintura. "Me gustaría vivir aquí" —pensaría al ver a través de los cristales el descampado—, es casi a las afueras, tan tranquilo! y esta casa es tan limpia, tan nueva..." Porque ellos vinieron a Barcelona con una ilusión opuesta a la que a mí me trajo: el descanso, en un trabajo seguro y metódico. Fue su puerto de refugio la ciudad que a mí se me antojaba como palanca de mi vida." (14)

Interesante proceso el utilizado por Carmen Laforet para transportarnos a aquellos mejores tiempos pasados. La autora aquí se ha valido de los sentidos —olfato, vista— para crear ante nosotros el frescor de un jardín; luego viste a la abuela con el traje azul de la ilusión, y despoja el piso del ruido y de la suciedad que ahora lo caracteriza, logrando, así, transformar esa pocilga en un sitio agradable, limpio, nuevo y por último, entrelaza ese pasado a su presente y, se ubica en el seno de su recién conocida familia y ubica a Barcelona como la palanca, como el centro generador de serenidad de su existencia.

Los meses y las ilusiones van cayendo y renaciendo: otoño invierno, primavera y verano van llegando con nuevas sensaciones — burdas en su primer encuentro, asesinas, quizá, de sueños y de esperanzas. Pero Andrea —Carmen Laforet— sigue con su poesía a cuestas, y cuando se siente envuelta en la tremenda monotonía del ambiente catalán de aquellos años, su imaginación ya sea afiebrada, ya sea agudizada por el hambre que sufre a costa de sus necesidades económicas, se desborda hacia la creación de situaciones fantasmales, que rompen completamente con la lógica secular a la que nos tenía acostumbrados los novelistas "puros" de la década del veinte:

...La fiebre que me iba subiendo me atontaba — nos dice en cierta ocasión. Tenía escalofríos y Angustias me hizo acostar. Mi cama estaba húmeda, los muebles en la luz grisácea más tristes, monstruosos y negros...

Aquella noche tuve un sueño clarísimo en que se repetía una vieja y obsesionante imagen: Gloria apoyada en el hombro de Juan, lloraba... Poco a poco, Juan sufrió curiosas transformaciones. Le vi enorme y oscuro con la fisonomía enigmática del dios Xochipilli. La cara pálida de Gloria empezó a animarse y revivir. Xochipilli sonreía también. Bruscamente su sonrisa me fue conocida: era la blanca y un poco salvaje sonrisa de Román. Era Román el que abrazaba ahora a Gloria y los dos reían. No

(14) *Ibid.*, pp. 21-22.

estaban en la clínica sino en el campo. En un campo con lirios morados y Gloria estaba despeinada por el viento.

Me desperté sin fiebre y confusa, como si realmente hubiera descubierto algún oscuro secreto. (15)

El sueño, en este caso, es la vía que utiliza Carmen para traspasar el ámbito estrecho de la realidad inmediata y poder interpretar con mayor soltura y naturalidad lo que acontece en su interior —o sea ese mundo que sólo pertenece al hombre— como decía Malraux. Además, he aquí un paso más adelante hacia el desarrollo de esa novela que sustituye genialmente la realidad exterior por las vivencias de un mundo interior forjado por la imaginación, memorias, recuerdos y agonías del subconsciente. Más aún, la dependencia del personaje de sus reacciones psíquicas no necesitan ya de traducciones lógicas por parte del autor —como sucedía en el caso de los autores románticos y realistas del decimonono— sino que ahora aparecen con la seguridad de lo que ya ha adquirido ciudadanía literaria:

La inquietud me hacía saltar de la cama — nos dice en otra ocasión... estos luminosos hilos impalpables que vienen del mundo sideral obraban en mí con fuerzas imposibles de precisar, pero reales. (16)

Carmen Laforet en este caso ha logrado crear un ambiente mágico y poético. Ha realizado el concepto barojiano de la novela, haciendo de su creación algo permeable: es decir, susceptible de parentesco y cruce a los otros géneros literarios... a la poesía. Y precisamente, es esta susceptibilidad hacia lo estético —tan característicamente femenino— lo que envuelve y redime la primera obra de Carmen Laforet. Porque a pesar de lo grotesco que se da en esa Barcelona posbélica, Andrea logra rechazar lo goyescamente desquiciado del paisaje exterior, gracias a su inagotable sed de belleza y esperanza y a su deseo de encontrar un mundo que ella añora y presente y que será su mundo íntimo. Podríamos decir que ésta es el ansia de su esencia por plasmarse, por verse libre de la monotonía que amenaza con atraparla. Así, instalada por esta necesidad de hallar una ventana para su espíritu, recurre a su amiga Ena, a la familia de su amiga, próspera y feliz y aiena a los míseros problemas que atormentan a los habitantes de la casa de la Calle de Aribau:

Aún no estaba segura de lo que podría calmar mejor aquella casi angustiada sed de belleza que me había dejado escuchar a la madre de Ena.

(15) *Ibid.*, pp. 56-58.

(16) *Ibid.*, pp. 221-22.

Entonces supe lo que deseaba: quería ver la Catedral envuelta en el encanto y el misterio de la noche. Sin pensarlo más me lancé hacia la oscuridad de las callejas que la rodean. Nada podría calmar y maravillar mi imaginación como aquella ciudad gótica naufragando entre húmedas casas construidas sin estilo en medio de sus venerables sillares, pero a las que los años habían patinado también con un encanto especial, como si se hubieran contagiado de belleza. (17)

La serenidad gótica de la Ciudad Condal, la naturaleza misma, va unida a la condición física y espiritual del personaje de Ena; al descubrimiento de una amistad pura, noble, que defrauda a Andrea algunas veces, pero que surge triunfadora por sobre las cenizas, como el Fénix:

Encontré a Ena esperándome en un descansillo de la escalera. Su mirada era la mirada burlona de los peores momentos.

— Andrea, por qué eres tan trágica, querida? Me herían sus ojos. Levantaba la cabeza y sus labios se curvaban con un desprecio insoportable.

Tuve ganas de pegarle. Luego mi furia se me agolpó en una angustia que me hizo volver la cabeza y echar a correr escaleras abajo, casi matándome, cegada por las lágrimas... (18)

Y luego:

Las cosas que decíamos no me importaban. Me importaba la confortadora sensación de compañía, de consuelo, que estaba sintiendo como un baño de aceite sobre mi alma.

.....

Hablaba incoherencias que a mí me parecían llenas de sentido. Del asfalto vino un olor a polvo mojado. Caían grandes gotas calientes y no nos movíamos. Ena pasó su brazo por mi hombro y oprimió su suave mejilla contra la mía. Parecían desbordadas todas nuestras reservas. (19)

Estamos ante una de las tantas manifestaciones de amor de que nos habla Carmen cuando sugiere que "el motivo y vena de su vocación de novelista se deben a un profundo amor a la vida".

(17) *Ibid.*, pp. 118-19.

(18) *Ibid.*, p. 268.

(19) *Ibid.*, pp. 271-72.

En efecto, es su capacidad de amar, de "llegar a ser algo de sí mismo, para volverse mundo, todo un mundo por amor a otro" lo que la transforma y cambia y llena toda de luz la atmósfera misma de sus obras. Aquí Andrea vierte amor sobre Ena, sobre la madre de Ena, sobre su abuela, sobre Gloria y sobre sus frustrados tíos Juan, Román y Angustias. Y si los juzga, si los analiza, si evade la presencia desagradablemente vulgar de esos seres, es para luego retornar sobre sus mismos pasos y redimirlos de culpa en un gesto de amor doloroso. Porque Carmen Laforet —Andrea en el caso de Nada— es —en esa hora de su vida— una adolescente que busca, llama y reclama el amor en todas sus manifestaciones: el amor filial, la amistad y por último el amor carnal. Así, esta nueva y añorada sensación aparece, primero, a través de las relaciones de su amiga Ena con su novio, Jaime. Allí están en su condición más sana, más idealizada, más ingenua las pasiones humanas. Y Andrea se identifica con los sentimientos de sus amigos, los vive vicariamente para luego quedar momentáneamente herida, defraudada cuando Ena se aleja de Jaime hechizada por la amistad de Román:

Ella y Jaime me habían parecido aquella primavera distintos de todos los seres humanos, como divinizados por un secreto que a mí se me antojaba alto y maravilloso. El amor de ellos me había iluminado el sentido de la existencia, sólo por el hecho de existir. Ahora me consideraba amargamente defraudada. (20)

Se desilusiona, pero no se da por vencida. Sigue inspirándose en esas relaciones y los busca a ambos en su cariño, e intenta reconciliarlos, a pesar de su innata timidez que tantas veces la hace cohibirse ante los que quiere.

Sin embargo, cuando a Andrea llega el primer anhelo de contacto físico con otro ser, cuando llega a ella el contacto mismo, su reacción es violenta, es inocente y amarga. Había concebido el primer beso como una ofrenda de amor y de ahí su decepción ante la brusquedad del hombre al tomarla:

Gerardo súbitamente me atrajo hacia él y me besó en la boca. Sobresaltada le di un empujón, y me subió una oleada de asco por la saliva y el calor de sus labios gordos. Le empujé con todas mis fuerzas y eché a correr. El me siguió. Me encontré un poco temblorosa, tratando de reflexionar. Se me ocurrió pensar que quizás habría tomado mi apretón de manos como una prueba de amor. —Perdóname, Gerardo —le dije con la mayor ingenuidad—, pero, sabes?... es que no te quiero. No estoy enamorada de ti. (21)

(20) *Ibid.*, p. 203.

(21) *Ibid.*, p. 150.

Cuánta sencillez! Cuánto dolor de infancia recientemente perdida hay en esta confesión de la adolescente!

Luego, cuando llega el verano, cuando el brillante sol catalán parece iluminar y hasta trastornar a los ya trastornados habitantes de la casa de la calle de Aribau y a los de la calle de Moncada, donde unos amigos de Andrea se reúnen a conversar en el estudio del pintor Guixols, Pons, un muchachote tierno y tímido como Andrea, la invita a asistir a un baile en su lujosa residencia y a veranear con su familia en la Costa Brava. Durante cinco días — días que no conocen la interrupción de noches en la imaginación sobresaltada de la jovencita — ella se recrea en la invitación y se forja toda índole de ilusiones. Durante cinco días se abstrae de todo lo que la rodea y se entrega al sueño de toda mujer ante el preludio de nacies relaciones amorosas: se contempla en el espejo; rastrea una belleza que ella intimamente ansía y que Pons seguramente ha descubierto en ella, o que ella ansía que él descubra; se tapa los oídos a las palabras socces de sus parientes; se viste esplendorosa de quimeras — con el único vestido de fiestas que posee... Y, así, repleta de una "agradable y ligera expectación" se dirige a la casa del amigo situada al final de la calle Muntaner. Pero, una vez más, la suerte o la realidad — esa realidad que ella ha creído inatacable desde su idealismo y que ha querido pasar por alto — le rompe sus sueños. Y en esta escena, Andrea, más femenina, más tierna, más desolada quizá que en ninguna otra del libro, se siente perdida dentro de la absurdidad de las relaciones humana, y casi como Don Quijote, visualiza la realidad como un mundo encantado lleno de demonios:

.....

Sentí una mezquina e inútil tristeza allí sola. La verdad es que no conocía a nadie y estaba descentrada. Parecía como si un montón de estampas que me hubiera entretenido en colocar en forma de castillo cayeran de un soplo como un juego de niños. Estampas de Pons comprando clavelos para mí, de Pons prometiéndome veraneos ideales, de Pons sacándome de la mano, desde mi casa, hacia la alegría. Mi amigo — que me había suplicado tanto, que me había llegado a conmovier con su cariño— aquella tarde, sin duda, se sentía avergonzado de mí... Quizá lo había estropeado todo la mirada primera que dirigió su madre a mis zapatos... O era quizá culpa mía. Cómo podría entender yo nunca la marcha de las cosas? (22)

No obstante, también como el Hidalgo de la Mancha, inmediatamente después de haber sufrido aquel desencanto, Andrea se yergue, se defiende y cubre su pobreza — sus zapatos vie-

(22) *Ibid.*, p. 229.

jos — con orgullo. Es el orgullo ibérico que vemos aparecer en los protagonistas eternos de la literatura hispánica desde **El Lazarillo**, pasando por **Misericordia** hasta nuestros días. Y es éste uno de los momentos más valientes de la protagonista de **Nada**, cuando rehúsa morar sobre sus tristezas y se vuelca, toda hecha de amor hacia otros, hacia la madre de Ena. Una vez más su carencia total de egoísmo la redime y la protege de las posibles huellas que el desencanto pueda haber dejado en ella:

Cuando estuvimos frente a frente en el café, en el momento de sentarnos, aún era yo la criatura encogida y amargada a quien le han roto un sueño. Luego me fué invadiendo el deseo de oír lo que la madre de Ena, de un momento a otro, iba a decirme. Me olvidé de mí y al fin encontré la paz. (23)

Andrea va encontrando una paz que bien podríamos definir como un estado de armonía anímica con sus circunstancias, a medida que ese año que ha traído consigo tantas emociones dispares, va llegando a su fin. Porque no opinamos que la protagonista —como muchos críticos han querido insistir— no se lleva nada de esa dantesca morada de la calle de Aribau. Entonces, a qué esas palabras que leemos ya casi para concluir el libro y que nos insinúan una reflexión postrera — ya vista desde la altura o la distancia objetiva de un tiempo transcurrido:

Me marchaba ahora sin haber conocido nada de lo que confusamente esperaba: la vida en su plenitud, la alegría, el interés profundo, el amor. De la casa de la calle de Aribau no me llevaba nada. **Al menos, así creía yo entonces.** (?) (24)

Ese año de sorda violencia, de desencanto, de sentimientos no llevados a su plenitud, han marcado inexorablemente la esencia de Andrea. De ahí que cuando Román se suicida con la navaja de afeitar una mañana, Andrea — sin haberse contagiado de la neurastenia de los demás habitantes de esa casa de Aribau a pesar de su contacto continuo con ellos — recibe la noticia con esa dosis de amor y de paz que ha ido acrecentándose en ella durante su estancia en ese valle de lágrimas. Andrea no juzga a Román en su suicidio, no le acusa, simplemente acata esta última acción dislocada de toda lógica de su pariente con esa serenidad ya tan característica de ella y tan desconocida por todos aquellos que conviven con ella.

El año catalán de Andrea finaliza cuando Ena la llama y le ofrece una posición en Madrid y un sitio y ternura en su hogar.

(23) *Ibid.*, p. 237.

(24) *Ibid.*, p. 308.

Otro viaje, otra salida por los devastados campos españoles, otro sueño viene a cerrar el ciclo iniciado aquella noche de invierno de 1939, cuando arribara toda cubierta de ilusiones por plasmar. Y, así, Andrea siempre optimista, siempre capaz de soñar y soñarse como buena hija de España, siente renacer y hace renacer con ella la esperanza:

Encontraba idiota — nos dice ya para despedirse— sentir otra vez aquella ansiosa expectación que un año antes, en el pueblo, me hacía saltar de la cama cada media hora, temiendo perder el tren de las seis, y no podía evitarla. No tenía ahora las mismas ilusiones, pero aquella partida me emocionaba como una liberación. (25)

Ya decíamos anteriormente que existe un determinado sentido de continuidad y paralelismo tanto en la trama como en los personajes de **Nada** y **La isla y los demonios**. Porque la segunda novela corresponde casi exactamente al momento que precede la llegada de Andrea a Barcelona. Sólo que en **La isla y los demonios**, Marta Camino se marcha con sus parientes peninsulares hacia Madrid, y la protagonista de **Nada** arriba a la Ciudad Condal. De ahí que hayan detalles — como aquél de los pesados libros con que Andrea llega a Barcelona y con los que Marta Camino sale de la isla de Gran Canaria — que nos hagan pensar que quizá en un principio ambas novelas fueran una sola... Esto es tan sólo una suposición; pero una suposición que así como hoy surge en nosotros, ha surgido en otros desde el momento mismo de la aparición de la segunda obra.

Ahora bien, en **La isla y los demonios** los planos donde se ubican los conceptos de ilusión y realidad conocen mayores variantes que en **Nada**. Porque aunque es verdad que la ilusión es siempre la misma — es patrimonio de la individualidad y habita, como tal, dentro de la esencia del hombre particular — ésta es capaz de variar de acuerdo con las relaciones íntimas del hombre que la concibe. De ahí que Carmen Laforet ponga tanto empeño en la construcción multiforme, destellante y detallada de sus protagonistas para que estos recojan la luz de todos los ambientes y la reflejen, a su vez, de acuerdo con esa idiosincracia propia de su individualidad y calidad inédita, que es la que determina su capacidad de soñar y soñarse; de ahí que los personajes de Carmen Laforet, aunque se desenvuelven en un plano de la realidad conocida por todos, lleven consigo ese inconfundible mundo propio, fruto de su acusada naturaleza de quimeras.

Otra nota de originalidad que introduce Carmen en esta segunda novela es su presentación más subrayada de una realidad dual: la realidad que Marta Camino concibe —gracias a su ca-

(25) Laforet, *Loc. cit.*

pacidad de germinar ilusiones— como un concepto inmutable y a-priori (casi un “universal” platónico) y que, en verdad, es una realidad forjada por su esperanza; y la otra realidad: aquélla donde ella y los demás seres se despliegan y que es la que destruye sus ensueños, la que le sale al encuentro y la que casi “por encantamiento” torna sus ideales en algo vacío y prosaico.

Como la primera novela, **La isla y los demonios** abre con un viaje: la llegada de los parientes peninsulares de la familia Camino a la isla de Gran Canaria unos meses antes de que termine la Guerra Civil. Evidentemente, los viajes —llegadas o partidas— tiene una especial significación para Carmen Laforet. Casi podríamos decir que la vida misma se le antoja como un paréntesis dentro de dos travesías — nacimiento y muerte, los dos éxtasis de la temporalidad humana — y que cuando se sumerge en el proceso de creación le resulta difícil recoger el relato desde un punto cualquiera — como lo haría hoy un escritor de la “novela cavidad” o de la “novela agujero” y ayer un Proust, un Joyce y hasta el mismo Baroja. Porque si bien recordamos, don Pío en su ya citado prólogo a **La nave de los locos**, admitía que la novela debía ser “ilimitada — sin principio ni fin determinado”. No obstante, en el caso de Laforet, a pesar de seguir en muchos aspectos al célebre novelista del 98, ella recoge en sus primeras novelas, aún ciertas brizas de Pérez Galdós y ubica a sus personajes dentro de un fijo marco de tiempo y espacio; es decir, dentro de un lugar real y un tiempo histórico definido que en este caso es el tiempo mismo del autor.

La llegada de los peninsulares es el factor que desata la acción física y espiritual de la obra. Marta Camino cifra sus ilusiones, desencadena su naturaleza inquieta y soñadora sobre estos seres que ella se imagina superiores, maravillosos y hasta mágicos por venir de un “más allá” que ella, casi inconscientemente, desea conocer y conquistar. Estamos ante el mismo caso de Andrea a su llegada a Barcelona, quien llega hasta a evadir la realidad misma en un anhelo por preservar esa otra ciudad fantástica sobre la cual ha amontonado demasiados sueños:

Marta sentía que estaba flotando en una especie de niebla de dicha — nos dice Carmen refiriéndose a la primera reacción de la protagonista ante la llegada de los parientes —

Casi no podía oír las conversaciones de los otros porque aquella dicha la ensordecía. La ciudad desfilaba, se abría al paso del parabrisas.

“Cómo será una ciudad que no se ha visto nunca?”. pensó Marta. Trató de imaginarse que ella misma era una viajera recién llegada. Le pareció, sólo de pensarlo que

el cielo se hacía más profundamente azul, las nubes blancas más inquietantes, los jardines más floridos. (26)

Como buena adolescente que tiene mucho de romántico en su naturaleza, Marta trueca la realidad monótona en algo maravilloso y evade las palabras de su hermano mayor, José y de su cuñada Pino — unos positivistas que más bien parecen brotar de la pluma de Auguste Comte o de la Condesa de Pardo Bazán y que podríamos calificar como los antihéroes de la obra — quienes aluden a los recién llegados parientes “empleando siempre un tono burlón y un poco rencoroso” (27) como unos bohemios y desordenados que poco o nada pueden contribuir a su ya bien organizada existencia.

Presas de esos ideales imprecisos que ella desea realizar, Marta Camino teme caer víctima del ambiente aburrido y vulgar de la Isla, y de ahí que acoja con tanto júbilo y acumuladas esperanzas la llegada de esos seres que, según ella, eran:

...amigos de las gentes más interesantes y geniales del mundo. El mismo Daniel, a pesar de su sorprendente aspecto a un tiempo atilado e insignificante, era director de orquesta y compositor: un músico extraordinario. En cuanto a Matilde... era una poetisa célebre. (28)

Indiscutiblemente, gracias a su desembocada imaginación, la pobre vida de Marta se ha enriquecido. Ha dado ese deseado viraje hacia la fantasía pura; fantasía que la rapta de lo que ella concibe como realidad: esa situación estática y árida que a veces llega a identificar con su cuñada, Pino y con su hermano, José.

Pino era la realidad — nos dice. Algo muy sólido que barría el miedo a la noche y a los insectos del jardín. (29)
Y luego:

José era un tipo aburrido, era un hombre vulgar. (30)

Desde la llegada de los peninsulares una nueva realidad la desliga completamente de aquello que la rodea. Y ella se dedica a alimentarse de la presencia misma de los visitantes. No pide mucho: vive en soledad, los observa desde una lejanía prudente, casi teme rozar su presencia con la de otros, sospechando quizá que los recién llegados romperán el embeleso de la que volun-

(26) Carmen Laforet, *La isla y los demonios* (tercera ed.) (Barcelona: Ediciones Destino, S. L. 1954), p. 21.

(27) *Ibid.*, p. 29.

(28) *Ibid.*, p. 28.

(29) *Ibid.*, p. 36.

(30) *Ibid.*, p. 40.

tariamente ha caído presa. También desde la llegada de los peninsulares, ella se recrea pensando en sus cuadernos, en sus papeles, que recogen toda su romántica agonía, así como sus fantasías:

Desde que supo la llegada de los forasteros, estas leyendas habían tomado cuerpo en ella —nos confiesa—. Inventaba cosas de la isla mezclando en los relatos a su propia persona con los demonios y los dioses guanches, y esto lo hacía como una especie de ofrenda a los que iban a llegar, para los que Gran Canaria era un país desconocido y sin descubrir. Ultimamente estas cosas que ella escribía se convirtieron en una gran ilusión para Marta. Le gustaban. Pensaba que por hacerlas quizá fuera digna de aquellos artistas de aquellos creadores de belleza que eran sus tíos. (31)

Podríamos decir que toda la primera parte del libro que se desarrolla con subrayada lentitud, corresponde al detallado análisis que hace la narradora-observadora de la personalidad de Marta Camino desde ese momento inicial cuando con la llegada de Honesta, Daniel, Matilde y el pintor Pablo, todo se convierte para Marta en un “extraño lugar de ensueño donde las figuras adoptan una calidad fantástica”. En esta parte del libro, se lleva a cabo un examen de conciencia de la vida pasada de Marta Camino, y se descubre que hasta entonces ella ha vivido fuera del ambiente mismo de su casa; separada de la presencia de su madre “loca” cuya presencia inerte es como una muerte constantemente acechante a la que ella ha llegado a acostumbrarse; y desligada de la Guerra Civil, esa tragedia que envuelve a todos sus contemporáneos... Y así, la narradora-observadora se deleita en detenerse cada instante en las sensaciones de la protagonista, en posarse sobre ellas y analizarlas hasta el agotamiento. Y, sin lugar a dudas, el proceso debe ser así, pues se trata de la concepción de una adolescente — de una recién nacida a la vida — de un ser anímicamente menos desarrollado que el personaje de Andrea. Carmen Laforet también sabiamente comprende que debido a la edad fisiológica de Marta Camino, ésta se halla más consciente de cada una de sus recién descubiertas sensaciones; que, llegado el momento, ella se cree la única dueña de “ese secreto” que le ha descubierto la vida. Es cuando la luz de sus emociones interiores la ciegan y la incapacitan para ensanchar el ámbito de sus intereses:

...llegaron tres personas de fuera — nos dice Carmen — que sí le importaban, porque las había creado en su propia fantasía y las cosas que veía la asombraban y a veces la herían... (32)

(31) *Ibid.*, p. 33.

(32) *Ibid.*, p. 66.

Sin embargo, el primer choque de sus ilusiones con esa otra realidad que se halla fuera de su dominio o tutela se precipita sobre Marta rápidamente. Es cuando ella le intenta enseñar a Matilde sus escritos y la otra la rechaza, irritada:

—Mira, te voy a decir por qué no quiero leer tus cosas — le dice Matilde a Marta —. No sé si tienes talento o no. Lo más probable será que no lo tengas; pero, al fin y al cabo, es lo mismo. . . Me repugna verte todo el día sin hacer nada más que pensar en ti misma. De la mañana a la noche estás pensando en ti. No te das cuenta de que hay un cataclismo muy grande en tu país, que muchachos jóvenes que valen infinitamente más que tú, mueren cada día. Muchos de mis mejores amigos han muerto, otros están pasando hambre, otros abocados al destierro. Quieres que me extasie delante de una adolescencia llena de problemas falsos y literarios? Me repugna. Nunca piensas en la guerra, verdad?

La ha insultado, la ha herido en su amor propio, pero Marta Camino como Andrea, no se da por vencida. Reconoce su egoísmo y con ese su ya incipiente amor hacia todo lo creado, vuelca sus intereses hacia los que la rodean. Comprende que todo esto se halla envuelto dentro del proceso de crecer y madurar: "Sus pensamientos los concretó en la frase que se repetía siempre: "esto es crecer, estoy creciendo". (34) Y, así, poco a poco, va aceptando con resignación el hecho de que "Todos los días, desde que llegaron los parientes, había traído como una promesa frustrada. Pero había traído una promesa — nos dice ya mucho más resignada..." Esta era la verdad". (35)

En la segunda parte del libro, o sea cuando se efectúa la mudanza de los parientes de la casa de las afueras a la residencia de la ciudad, se desarrolla la personalidad de Pablo, el pintor; un personaje que se nos presenta algo diluido en los primeros capítulos del libro, pero que ya ha dejado preveer su magia, su encanto sobre los demás habitantes del libro. En él o sobre él, Marta Camino deja caer todos sus ensueños. En Pablo concentra sus esperanzas y llega hasta dejarse obsesionar por él. El hecho sólo de verle la hace feliz:

Una mañana, la mañana del veintiseis de enero, se despertó sabiendo que le encontraría. Se sorprendió a sí misma cantando al vestirse. Por aquellos días sentía la felicidad y la sangre oprimirla siempre... Un gato elec-

(33) *Ibid.*, p. 70.

(34) *Ibid.*, p. 74.

(35) *Ibid.*, p. 89.

trizado por aquella vitalidad suya la siguió a grandes saltos. Marta se detuvo al fin con una silenciosa risa y vió a su alrededor el dorado mundo, las azules montañas que oprimían el mar. Hubiera querido seguir carrera arriba hasta la cumbre de Bandama en aquel momento; cruzó los brazos detrás de su cabeza, y sintió lo que deben sentir los árboles en primavera, sólo una fuerza divina, una dicha sin pensamiento de florecer. (36)

Marta vive en un estado de "insolación" anímica: Pablo le incita al amor, a la admiración, al concepto más puro de la amistad. Y, así, a medida que los días van cayendo, ella va identificando esa sensación, en un principio indescifrable, que le inspira el pintor, con la naturaleza misma; con todo lo creado:

Marta volvió a sentir aquella sensación aguda de lo hermoso que era poder estar así viviendo suelta en aquel hermoso mundo sin hacer nada. Era más hermoso aún porque tenía la seguridad de que poder hacerlo era casi un milagro que sólo llenaría una parte muy corta de su vida. Tenía ganas de encontrar a Pablo y de contarle aquellas cosas, ya que a él le gustaba hablar de cosas así. (37) •

La relación con Pablo parece agudizarle los sentidos, su capacidad de análisis, su necesidad de encontrar una verdad absoluta. Marta se halla en la búsqueda de esa realidad que ella ha concebido como algo abstracto, inmutable, a-priori. Y en su rastro de conceptos universales, Carmen Laforet —Marta Camino— siempre más inclinada hacia una visión subjetiva y particular de la existencia, parece por momentos optar por la búsqueda de un concepto platónico del mundo. Y como aquel conocido personaje de "La República" (Libro VII) que después de conocer la luz, regresa a la caverna donde una vez habitara conforme, y lo ciegan las tinieblas, así, Marta desdeña las sombras, creyendo haber encontrado una verdad inquebrantable: "Está pidiendo realidad. No quiere sombras" (38) — nos dice empleando un vocabulario puramente socrático. Para luego reflexionar y comprender que esa realidad que en un principio no alcanza a visualizar por haber habitado tanto tiempo en las sombras, sólo la descubrirá ella a través del conocimiento del amor y de la realización de la absurdidad de sus relaciones con Pablo. Una vez más, Carmen se aleja de toda filosofía tradicional, para darnos su propia visión del mundo; una visión extraordinariamente propia y femenina de la vida:

(36) *Ibid.*, p. 124.

(37) *Ibid.*, p. 130.

(38) *Ibid.*, p. 131.

Realidad, realidad, besos en la noche, besos... Realidad, Marta Camino, qué esperas de este hombre, de este amigo? No te va a dar nada. No lo amas. Nunca te abrazará, nunca te dará hijos. Te hace soñar en otros países, te hace soñar en la pureza de la vida y del arte. Pero, qué es eso? La vida para una mujer es amor y realidad. Amor, realidad, palpitación de la sangre. Tu boca ancha es triste y respira voluptuosidad aunque tus ojos sean puros. Tienes dentro de ti la semilla de muchos hijos que han de nacer; eres una tierra nueva y salvaje y debes esperar como la tierra, quieta, el momento de dar plantas. (39)

Pero, como en el caso de Andrea, Marta Camino se resiste a acabar con sus sueños bruscamente. Sigue envolviéndose en ellos, apoyando su cosmovisión en aquello que le pueda brindar su imaginación adolescentemente desenfrenada. Así, cuando Pablo aquella noche de la caída de Barcelona a mano de los Nacionales se emborracha; cuando esa otra realidad concreta, destructora de ensueños le presenta a un ser débil; cuando Marta le ve vomitar, ebrio, y llorar por una esposa que lo ha abandonado por otro, no le desprecia sino que se deja inspirar por la debilidad de Pablo, y se lanza hacia panoramas todavía más imaginarios, rompiendo con los ya débiles lazos que la unían al orden cotidiano de la vida en la Isla:

Marta vivía tan despistada aquellos días — nos dice la narradora-observadora — que al llegar a la luz del comedor de su casa de campo, con las mejillas enrojecidas por el aire de invierno, se sorprendía siempre al encontrarse con José y Pino, tan reales, llenos de pequeños problemas y discusiones domésticas, se sorprendía de ella misma hablando de sus clases y de que quería ir a estudiar a Madrid cuando la guerra llegase a su fin. (40)

El proceso de enajenamiento hacia todo lo que la rodea que no sea Pablo, se va desarrollando a medida que los días van pasando. Así llega el momento cuando excluye a sus amigas de la infancia de su nuevo mundo de ilusiones; y si no las rechaza, se separa de ellas por sentirse superior en muchos aspectos, gracias a su sensibilidad que la ha hecho conocedora en una mayor gama de experiencias. Deja de asistir al colegio, pasando sus ratos de ocio en la playa donde se encuentra con Sixto, el chico joven, candoroso, que recientemente ha retornado de la guerra y que se ha sentido atraído físicamente por ella. Y juntos, cuando la primavera despierta en el cuerpo de ambos la necesidad de

(39) *Ibid.*, p. 132.

(40) *Ibid.*, p. 148.

compañía, de calor inmediato, van descubriendo lo que es la hermandad de dos cuerpos jóvenes en el mar y bajo la inmensidad generosa del cielo canario:

Cuando la barca estuvo muy lejos, Sixto dejó los remos en el fondo y se acercó a Marta... El día estaba tan claro, el agua tan limpia, que podían verse a varios metros arenas y rocas... Luego, vio la sombra del muchacho en el agua hermosa, verde y brillante como una joya, que parecía devolver el calor del sol. Sixto, a su lado, le pasó el brazo por los hombros; ella levantó la cabeza, y sin saberlo, y sin pensarlo, le ofreció sus labios. Se besaron mucho, muchísimas veces, con una limpia e inocente voluptuosidad. Cuando la barca, abandonada a la corriente, les fue acercando a la playa los dos tuvieron un sobresalto. Sixto remó de nuevo mar adentro. Sixto estaba más confuso que Marta pensando que pudieran haberlos visto desde la arena. (41)

Este beso, no obstante, este primer contacto físico llega a Marta Camino desprovisto de toda malicia, y de manera espontánea. No es la misma reacción — y la autora se esfuerza en subrayarlo — que hubiera brotado en la adolescente de haber vivido una experiencia similar con el pintor. También es interesante recordar y comparar esta escena con aquel primer beso de Andrea: el contraste es marcado. Sin embargo, esta realidad — la realidad que constituye la primera experiencia sexual de una adolescente — Marta no la considera trascendente. Ha llegado a ella y ha pasado, sin dejar huellas. Porque para Marta, es difícil diferenciar entre sus relaciones con Sixto y su amistad con Anita: Ambas relaciones caen dentro de la misma categoría. Es lo que ha quedado de su infancia en la Isla y que ha sido súbitamente reemplazado por la presencia de Pablo y de sus parientes peninsulares. Aquellos días de niñez se han ido, quedando en el subsuelo de su vida y lo único que ahora le preocupa es marcharse de ahí, alejarse cuanto antes y, establecerse, libremente, en la capital española, lejos de José, de Pino y de los convencionalismos sociales de las Canarias. Y en estas ansias de liberación, Marta cree establecer su superioridad. Independiente ya de los suyos, planea su viaje, vende sus escasas posesiones y compra un boleto de barco. La recién adquirida independencia mental, a su vez, le da alas para planear su encuentro con Pablo, después de que el otro ha rechazado insistentemente su acecho. Va en su búsqueda y una vez que lo encuentra se siente exaltada y feliz:

Nunca nadie comprendería el encanto de esta aventura contándola con las limitadas palabras que tenemos para expresarnos. Qué podría decir? "Así ha sido el más hermo-

(41) *Ibid.*, pp. 164-65.

so día de mi vida: no comí y me fuí en un coche polvoriento a buscar a mi familia a un sitio donde no estaba. Encontré a una persona a quien quiero mucho que estuvo riéndome de la manera más agria. Dormí en un cuarto horrible lleno de pulgas, y cuando no lo pude resistir más salí a bañarme al mar yo sola, desnuda, en la noche.”

Y, sin embargo, ésta era la felicidad. Profunda, plena, verdadera. Cada uno tiene una manera distinta de sentir la felicidad, y ella la sentía así.

Le parecía que jamás había oído contar a nadie que una muchacha de su edad hubiera tenido tal plenitud de dicha como la que ella sentía entre las aguas del mar del Sur, esta noche, sin merecerla. (42)

Es una exaltación y una felicidad adolescente, cándida, en su marcado individualismo romántico. Se abraza a la naturaleza y en la naturaleza refugia sus recién conocidas emociones. Podríamos decir, que esta escena nos revela más que ninguna otra el cambio que se ha operado en la personalidad de Marta Camino desde la llegada de sus parientes a la Isla: Ya no es la chiquilla atemorizada y tímida de otros días; sus ilusiones — su enajenamiento total de la realidad y su búsqueda de una realidad universal que ella se forja en su ilusión — transforman a la chica en un ser más dueño de sí misma, capaz ya de desafiar la ira y la realidad prosaica que para ella representan José y Pino.

Pero coincide esta última entrega de Marta a su mundo de ensueños con el fallecimiento de Teresa — la loca Teresa — esa madre, para ella desconocida, pero cuya presencia la ha perseguido inconscientemente desde pequeña. Y esta última muerte, — porque Teresa ha vivido sumida en una muerte permanente desde hace varios años — se apodera de Marta Camino bajo la luz mortecina de la luna y acaba de manera violenta con las ilusiones infantiles de la protagonista. Es cuando Marta sale expulsada del paraíso de sus sueños; cuando su inocencia perece y los personajes se despojan de la máscara que la chica ha creado para ellos para dar a floración ese otro rostro prosaico que Marta ha rehusado verles hasta ahora:

Vió una sombra más oscura que las otras, en el lugar donde estaba el banco de cemento. Parecía la sombra de un solo ser. Luego distinguió claramente: Hones estaba sentada en las rodillas de Pablo.

Lo que ellos hacían le hizo perder de un golpe todas sus ideas sobre el pudor y la decencia. No sufría nada al ver aquello. Se sintió presa de una curiosidad sin pensa-

(42) *Ibid.*, p. 216.

miento alguno. Una curiosidad más hirviente y más sucia que nada de lo que había podido hacer en su vida. Aquello arrastraba a sus besos con Sixto hasta el mundo donde viven las cosas bellas y puras; los glorificaba, los hacía inocentes... Aquello la mareaba como puede marear la vista de la sangre saliendo de una herida. (43)

Y luego:

Más tarde, empezó a sufrir... no de celos, ni de envidia, porque su cuerpo era demasiado joven y su amor por Pablo demasiado espiritual, demasiado lleno de idealismo para eso. Empezó a sufrir de asco. Empezó a sentirse tan enferma, que tuvo ganas de vomitar. Tenía un zumbido en los oídos que la aislaba de los ruidos de afuera. Ni siquiera sintió los pasos de ellos dos haciendo crujir el picón al alejarse. (44)

Interesante paralelismo el concebido por la autora: Esa muerte que se manifiesta en el cuerpo de Teresa, representa el derrumbe de todo un mundo de quimeras. Al desaparecer físicamente la madre de Marta — que es su infancia y es sus ensueños y es su arraigo a esas tierras canarias — desaparece también su inocencia. Es el fin de la edad de la pureza. De ahí, pues, el derrumbe que vemos suscitarse momentáneamente en Marta. Porque todavía infantil en sus reacciones, se cree en un principio incapaz a recobrar la felicidad de antes: "Nunca volvería a ser la criatura ciega y feliz de antes, después de haber sido mordida por los demonios" (45) — nos dice. Pero, como ha sucedido ya anteriormente, pronto descubre que esto también se halla dentro del proceso de crecer. Y, de esta forma, Marta va descubriendo que en ella siempre volverán a sembrarse y volverán a retoñar nuevas ilusiones. Su familia aprueba que se marche a Madrid, y una vez más se abren a ella, nuevos y generosos horizontes:

Madrid era el principio de una meta. Pero después — pensó Marta detrás de su sonrisa —, hay carreteras, otras ciudades, fronteras que se pueden atravesar... El mundo es inmenso. Está esperando ojos que lo miren, piernas que lo crucen. Si había una persona destinada a correr por el mundo, esa era ella. Hubiera podido ser acogida, detenida por el amor... Pero hay personas, hay personas a las que el amor no quiere detener ni aprisionar. Ella estaba libre delante de su juventud. Para sus pies eran los caminos. Así pensaba. (46)

(43) *Ibid.*, p. 295.

(44) Laforet, *Loc. cit.*

(45) Carmen Laforet, *La isla y los demonios*, p. 298.

(46) *Ibid.*, p. 305.

Una vez más, como en el caso de Andrea, el personaje central de esta segunda obra de Carmen Laforet ha quedado redimida gracias a ese credo de amor hacia todo lo creado que caracteriza a la autora. Y si bien, Marta Camino quema sus escritos — “Aquello era, verdaderamente, convertir en cenizas su adolescencia.” — es para renacer desde esos residuos espirituales hacia nuevas esperanzas. Una vez más, estamos ante un imperativo de amor que lleva una cosmovisión optimista a la nueva novela española y que la eleva por encima de ese panorama ciego de pasiones — de demonios — que dominó a la Península durante los años que prosiguieron a la crisis bélica.

Como decíamos en páginas anteriores, **La insolación** representa el intento más ambicioso de Carmen Laforet dentro del género novelesco que cultiva. Esta obra, a la vez de llevar la huella inconfundible de la voz propia de la autora, lleva a cabo un viraje de casi ciento ochenta grados dentro de la modalidad de novelar a la que nos tenía acostumbrada la escritora catalana. Es verdad que en **La insolación** se hallan todavía esos rastros de sentimentalidad, de la necesidad de ficción, trama e intriga que denotan el hecho de que el producto es de signo tradicionalmente femenino; pero aquí también se encuentra esa nueva tendencia hacia la implicación ideológica y simbólica que nos lleva a considerar la lectura de ésta como un ejercicio de índole intelectual.

Porque en **La insolación**, Carmen Laforet recoge abiertamente las brisas ideológicas de Baroja que se reflejan en la nueva novela americana de Hemingway, Dos Pasos y Faulkner, (47) así como amolda esta ideología a su personalísima experiencia, estilo, cosmovisión y textura novelesca. Aquí tenemos una mezcla de la novela histórica que representa la realidad en función de lo documental, como se da en las novelas cíclicas de Gironella y en las del griego Nikos Kazantzakis, cuyo propósito es ligar al hombre contemporáneo a su pasado; y de la novela simbolista-mítica, mejor representada por Kafka, Faulkner, Proust y Joyce y que se apoya insistentemente en los símbolos y en la creación de mitos y en su afán de romper con la realidad inmediata, sin llegar a desligarse — en lo aparential — de la realidad misma.

Interesante conjunción la de Laforet, que a su vez la sitúa en una posición aparte de aquellos autores que se identifican con una sola etiquetación, sin permitir el intercruce o la flexibilidad dentro del género literario que cultivan. Porque Carmen, ante todo, es hispánica, descendiente de la línea inortodoxa que se extiende desde Lope hasta Baroja. Ella no teme inyectar a sus obras de ciertos añejos ingredientes románticos — tal como la nota folletinesca en el relato —; pero tampoco vacila en introducir dejos

(47) Laforet, *La insolación*, (Barcelona: Editorial Planeta, 1963), p. 6.

faulknerianos y hasta kafkianos, demostrando que puede ser permeable — sin caer en el mimetismo — a los procedimientos desrealizados o semiderrealizadores que se hacen leer en España ya para la década del cincuenta y que desembocan en la creación de ambientes y personajes míticos o muy próximos a éstos.

Por eso, el tratamiento mismo de ilusión y realidad merece un enfoque diferente en esta primera novela de la trilogía, **Tres pasos fuera del tiempo**. En *La insolación* se da esa extraña tendencia — muy de William Faulkner — de buscar y de eludir simultáneamente la realidad. Porque así como ya vimos en varias escenas de las novelas anteriormente analizadas, Laforet en esta obra se sumerge en la realidad para luego desfigurarla violenta, poética y simbólicamente.

El relato, en lo aparential, no acusa mayores secretos. Estamos, como ya decíamos, ante el adolescente, Martín Soto, huérfano de madre que ha vivido al lado de sus abuelos maternos en Alicante y que durante el verano de sus catorce años se reúne con su progenitor quien lo lleva a veranear con él y su nueva mujer a Beniteca donde conoce y cae bajo el influjo mágico de la extraña familia Corsi. Estas vacaciones junto a su padre, su madrastra y los Corsi se repiten durante tres veranos consecutivos. Ahora bien, para el lector apresurado, la presente novela así como las otras de Carmen Laforet, podría considerarse como el prototipo de la novela naturalista, poblada — incluso — de expresiones y escenas crudas:

—Coño, no eres ura niña para besuqueos! Si quieres bésame la mano como yo hacía con mi padre. Los hombres no dan otros besos, es una porcada.

Y desde entonces Martín a cada instante se sentía más hombre.

.....

—Coño, Adela, por qué no me mandaste un recado con Benito?

—No está Benito.....

—Coño, Adela, mujer. (48)

Y más tarde:

Con la tranquilidad le vino a Martín un cansancio de plomo. Se echaron los dos chicos juntos, en la cama, aunque Martín murmuró que sólo descansaría un momento y los dos se durmieron.

(48) *Ibid.*, p. 25.

No le despertó a Martín ni el llanto de las niñas en el piso de abajo, ni los pasos, ni el tropezar contra muebles. Despertó con la sombra de Eugenio y de las dos mujeres encima de su cama.

Carlos despertó también. Más rápido de reflejos que su amigo dio un salto instantáneamente y agarró, al pasar, sus ropas. Cuando Adela y Ramona chillaron ya había pasado Carlos entre ellas, desnudo como Adán y con las ropas en la mano corriendo hacia el palo de la luz en su huida.

Martín no pudo verlo. Sólo tuvo conciencia, durante un segundo, de su despertar. Ni siquiera notó el dolor del primer puñetazo que Eugenio descargó en su cabeza. Sólo un crujido como si se le partieran dentro del cráneo miles de bombillas iluminadas y luego una oscuridad total. Poco a poco volvió el dolor y el ahogo y un gemido que al pronto no reconoció como suyo, sino que le pareció el gemido de las paredes que le rodeaban. Y al fin el pensamiento. (49)

No obstante, otros lectores reconocerán inmediatamente que tras esos personajes, si se quiere vulgares, de Eugenio y Adela Soto, tras los peculiarísimos hermanos Corsi, tras la folletinesca Frufnú, y tras el Señor Corsi y el poeta Oswaldo se halla la presencia de símbolos y mitos que se apoyan en la realidad de unas experiencias históricas e incluso entrelazadas a la vida de Laforet — tales como son la alusión que se hace a la Guerra Civil, a la Segunda Guerra Mundial, a la División Azul que Franco envió a Rusia durante la Segunda Guerra, al hambre que azotó a todos los peninsulares durante la década del cuarenta — y en la ilusión de un paisaje mítico:

... en **La insolación** — nos dice en una nota preliminar — se ha inventado asimismo nombres y lugares geográficos. Las referencias a Murcia y Alicante son arbitrarias y estos nombres podrían sustituirse perfectamente por otros de nuestras costas más soleadas. (50)

No es de sorprendernos que Carmen Laforet se nos presente en esta última novela que venimos analizando como una nueva acuñadora de mitos. Pero en este caso no estamos ante la forjadora de criaturas míticas como lo fueron Tirso, Cervantes y Fernando de Rojas, cuyos Don Juan, Don Quijote y La Celestina han reencarnado a través de los siglos y de las diversas literaturas europeas. No; Carmen Laforet en **La insolación**, como Kafka en **La metamorfosis** y Faulkner en **The Sound and the Fury**, y Camus en **La peste**, crea criaturas míticas más bien debido al simbolismo de las situa-

(49) *Ibid.*, pp. 253-54.

(50) *Ibid.*, p. 10.

ciones que maneja. O sea, ha trasladado lo mítico desde el personaje a la situación. Aquí la situación — la España de la década del cuarenta todavía en estado de “insolación” después de la guerra fratricida, y los grupos sociales que hábil o torpe o egoístamente se juegan la historia de la Península como si se tratase de un torneo de ajedrez — actúa y determina la creación misma de los personajes que por ende se revisten de un tremendo simbolismo. De ahí que Carmen Laforet evada la geografía realista y se preocupe tanto por crear una geografía literaria: el pueblo de Benitoca, las referencias arbitrarias a Murcia y Alicante, la finca de los ingleses donde habitan los Corsi, la Calle del Cisne donde viven Carlos y Anita cuando se hallan en Madrid... De ahí las versiones, si se quiere pirandellianas que nos dan Frufrú, Anita y Carlos de la madre de los chicos Corsi, quien por su calidad de progenitora es inaceptable como tal, si interpretamos a Carlos Corsi como símbolo de la nobleza y a Anita como símbolo del Poder que todos ambicionan:

Acababa de llegar de España — nos dice Frufrú refiriéndose a la madre de los Corsi — y perdió a su padre... Ella tenía muchas ambiciones, quería ser bailarina de verdad, pero mientras tanto hacía un número en la compañía* y gustaba mucho, sabía moverse muy bien y mover aquella falda de volantes que tenía... (51)

Y luego:

Aunque a Carlos le guste pensar que mamá fué una bailarina — nos dice Anita — tú sabes muy bien que mamá era hija de un conde español y de una princesa rusa. Tú sabes muy bien que todo eso del circo son tonterías, pero Martín puede creérselo porque es muy tonto... (52)

Y más tarde:

Anita le explicaba que su padre — el señor Corsi — había raptado a su madre de un convento de Sevilla donde la madre de Anita — que no se llamaba Mari Pepa como pretendía Frufrú, sino Mariana — se estaba educando. Mariana era rubia como la abuela de Anita, que había sido una princesa rusa. Frufrú — según Anita — era una doncella de Mariana que entraba y salía del convento a voluntad y había ayudado a preparar la fuga sirviendo de cartero a los enamorados. (53)

En suma, todo parece revestido de metáforas, de contradicciones — tal como la edad fisiológica de Martín, Carlos y Anita y

(51) *Ibid.*, p. 164.

(52) *Ibid.*, p. 165.

(53) *Ibid.*, p. 167.

sus actauaciones y reacciones que parecen ser de chicos muchísimo menores de lo que son; la referencia al sueldo de Eugenio (de teniente, p. 17; de capitán, p. 39); de repeticiones — tal como la constante alusión que se hace al solar que vende la abuela durante el segundo invierno, o segundo intermedio del libro—, a insignificantes alusiones —tal como la muerte de los dos perros de la familia Soto — que remiten un mensaje intuído pero no mentado. Todo nos da la sensación de estar ante un simbolismo plurivalente, es decir caracterizado por la multiplicidad de posibles interpretaciones. Y muy especialmente esto nos siembra la duda de que quizá los símbolos que creemos ver en todas las escenas carezcan en verdad de sentido y que no haya nada tras de ellos.

Esta duda es lógica en una época como la nuestra que ha perdido por completo la fe en la razón y en la religión y que por ende tiene que desembocar en la aceptación — en la literatura — de un simbolismo plurivalente, que poco o nada tiene que ver con el simbolismo unívoco de la Edad Media. (En aquellos días, el símbolo de La Rosa se interpretaba como La Dama, y así los demás símbolos tenían únicamente un significado).

• Pero, este simbolismo plurivalente que nos sale al encuentro en **La insolación** no es fruto de nuestra época, sino que tiene sus raíces literarias en **Don Quijote** (porque todo o casi todo en la novela viene a ser un conjunto de variaciones sobre **Don Quijote**, como dice el crítico norteamericano Lionell Trilling en su obra **The Liberal Imagination**, 1950) y filosóficas en el **Discours de la Methode** de Descartes. El novelista y dramaturgo español y el pensador francés secularizan y humanizan la cultura y, así, contribuyen a romper con el rígido orden aristotélico-tomista que dominaba el pensamiento europeo; dan ímpetu al proceso ascensional de la conquista del hombre de sí mismo y de sus propias capacidades; e introducen la ambigüedad y la duda como piedra angular de su cosmovisión. No obstante, ni durante el neoclasicismo dieciochesco, ni durante el naturalismo del decimonono de Dickens y Balzac, donde todo o casi todo está resuelto o explicado, hay apenas posibilidad de equívoco. Pero, para finales del siglo XIX, en víspera de la Gran Guerra y tras una serie de desilusiones, surgen en el ya nublado panorama europeo, Kierkegaard y Nietzsche, quienes con sus escritos siembran una buena cosecha de discípulos, tales como los españoles Unamuno y Ortega, y los franceses Sartre, Camus y Marcel, cuya incertidumbre ante las circunstancias les conduce hacia la elaboración de una doctrina existencial-agónica que ha dejado sentir su influencia en nuestra época.

Sin embargo, ya decíamos en páginas anteriores, que ese simbolismo plurivalente que encontramos en **La insolación** es únicamente uno de los planos donde Carmen Laforet hace aparecer el dualismo — ilusión y realidad — que como buena hispánica ella

funde y combina, dando como resultado una obra hecha de temas y actitudes antitéticas, pero resuelta en armonía.

El protagonista de **La insolación**, Martín Soto, sigue siendo, ante todo — aunque menos acentuadamente que en el caso de Andrea y Marta Camino — el eco espiritual de su creadora. En él encontramos la misma capacidad de soñar y soñarse que vimos en las protagonistas de **Nada** y **La isla** y los **demonios** y esta aptitud es, a su vez, lo que le permite a Martín trocar la realidad burda de sus circunstancias inmediatas — ya sea junto a su padre y madrastra en Benitca, ya sea junto a sus abuelos maternos en Alicante — en algo fantástico y teñido de ilusiones. Porque es Martín quien torna esos veranos — quizás vulgares y hasta desabridos para otros — en algo maravilloso y mágico. Y es precisamente esa alta dosificación de ilusión lo que hace caer a Martín bajo el dominio o “insolación” — como tan bien lo califica Laforet — de sus amigos, Carlos y Anita Corsi. No obstante — y esto es preciso que lo subrayemos — en el caso de Martín Soto, él no es el forjador de sus circunstancias, sino que va a remolque de todo lo creado o iniciado por sus abuelos, por su padre y sobre todo por los hermanos Corsi; mientras que en las novelas anteriormente analizadas, ambas, Andrea y Marta, dirigen la acción y pasión de la trama. De tal forma, que el súbito cambio de Martín al cabo del tercer verano pasado en Benitca, nos parece inadmisiblemente dentro de su personalidad casi carente de iniciativa. No estamos preparados para este brusco viraje de él, cuando una mañana — tendido en la arena junto a Carlos Corsi — le confiesa a su amigo que ha descubierto su verdadero destino en la vida:

—Yo, ayer de pronto, lo ví todo muy claro. Tenía ganas de hablar contigo. Tú y yo no hemos hablado nunca en serio, Carlos. Hasta ahora, chico, mi único confidente ha sido un extraño. Mis mejores conversaciones las he tenido con un amigo de mis abuelos. Un hombre inteligente, desde luego, pero un viejo al fin y al cabo. Ayer me di cuenta de lo que era mi verdadero destino en la vida. Me di cuenta de la fuerza que puede tener un hombre para crear. Sé que no me explico bien. En realidad un hombre es una especie de insecto entre la corteza de un mundo perdido entre otros mundos. Y sin embargo, dentro de mí yo siento el universo entero.

Carlos se sentó también en la arena y le miró extrañado.

—Oye, te has vuelto loco?

Mientras Carlos se sacudía la arena de las manos, Martín apreció la perfección de la cara de su amigo y su ceño fruncido.

—Estoy hablando en serio, Carlos. Ya te dije que nunca te he hablado en serio.

.....

—Chico, no comprendo. Por qué diablos has escogido este momento para hablarme en serio? Sabes lo que parecías antes? Pues un cura masticando sus latinos. (54)

La reacción brusca, casi grosera, de Carlos; su absoluta incomprensión de lo que Martín quiere hacerle partícipe, trueca al Corsi — quien hasta ese momento ha encarnado todo un universo de fantasías para Martín — en un símbolo de ese materialismo o realismo que él desea evadir. Una sola escena ha sido suficiente para convencer a Martín Soto de las limitaciones de sus amigos Corsi. Y si bien, de esa escena en adelante, Martín no deja de acompañar a sus amigos en sus correrías, ya no existe la misma unión sellada con ciega admiración de los veranos anteriores. Y es precisamente en esta desilusión, cuando el personaje de Martín se nos revela como un ser humano cargado de sensibilidad y de aguda inteligencia; es cuando nos interesa por lo que de humano hay en él, no tanto por la interpretación mítica-simbólica que hasta ese momento le atribuíamos.

Ahora bien, si la escena antes descrita nos descubre el linaje humano de Martín, la última escena — el retorno al hogar de sus abuelos maternos después de haber sido injustamente golpeado, calumniado y abochornado por su padre — nos revela esa inconfundible calidad laforetiana, capaz de inyectar ilusiones hasta en el más atormentado de los hombres:

...estaba solo y el mundo en masa era enemigo suyo. Había un mundo alrededor que no entendía el deslumbramiento del verano ni de la amistad. Ni siquiera los Corsi entendían la amistad. Nadie.

Las ventanas de don Narciso el médico estaban entornadas. Tuvo que reconocer, a pesar de su obcecación, que detrás de aquellas ventanas alentaba la amistad. Algo muy diferente de lo que él había sentido por los Corsi, pero que era amistad. Don Narciso y los abuelos eran amigos. Ningún peligro en aquel sentimiento que unía a los viejos y que era algo seguro y firme a través de los años. A él, Martín, le habían criado entre viejos de sentimientos firmes y seguros. (55)

(54) 54) *Ibid.*, p. 305.

(54) *Ibid.*, p. 363.